Diego Carcedo

LOS DOS CÓNSULES

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRIMERA PARTE
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII

XXIV
XXV
SEGUNDA PARTE
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
Epílogo
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

El periodista Diego Carcedo, premio Espasa de Ensayo por Entre Bestias y Héroes, ahonda en la heroica peripecia de dos diplomáticos, el español Eduardo Propper de Callejón y el portugués Aristides de Sousa Mendes, ambos cónsules en Burdeos durante la II Guerra Mundial.

Este libro es una auténtica encrucijada en la que se dan cita el ritmo de una interesante novela, la mejor divulgación histórica y una necesaria investigación periodística. De la mano de un periodista español anónimo, al que su periódico de Madrid envía como corresponsal a Burdeos a principios del verano de 1940, el lector se sumerge en una ciudad tomada por miles de personas huyendo caóticamente del avance nazi.

En esa turbamulta, los judíos encontraron dos inesperados aliados en los cónsules de España y Portugal quienes, anteponiendo sus principios a los dictados de sus respectivos gobiernos, el de Franco en Madrid y el de Salazar en Lisboa, se dedicaron incansablemente a facilitar la huida de miles de judíos. En ese momento, su actuación les acarreó duras consecuencias personales. La posteridad, sin embargo, honra su memoria.

Los dos cónsules

Diego Carcedo

A todos los que sufrieron y sufren el racismo,
la discriminación social, la persecución ideológica,
la represión del fanatismo y el odio a la libertad
de expresar sus opiniones.

Podrán golpearme, romperme los huesos, matarme... tendrán mi cadáver, pero no mi obediencia.

MAHATMA GANDHI

PRIMERA PARTE

I

Estaba quedándome dormido con los codos apoyados a los lados de la máquina de escribir cuando las campanitas del teletipo anunciando una noticia importante me devolvieron a la realidad de la redacción vacía. Me había tocado estar de guardia en el periódico y la edición estaba cerrada y a punto de comenzar a imprimirse.

Cuando levanté la cabeza, medio somnoliento, contemplé una vez más las fotografías de Franco con uniforme de campaña y José Antonio con camisa azul que presidían la redacción. Serían las dos de la madrugada y el calor estival de ese 14 de junio de 1940 empezaba a agobiar.

La luz era escasa en el cuarto donde estaban los teletipos y de entrada tuve que abrir mucho los ojos para leer el *scoop* que anticipaba la agencia Efe. Entre admiraciones pude leer que los tanques de la Wehrmacht estaban entrando en París. El repiqueteo de la máquina cesó unos instantes, como para dejar tiempo a digerir la noticia, y enseguida la repetía con algún detalle complementario que me cuesta recordar. Habrá que cambiar la primera página, pensé instintivamente.

Arranqué la copia y camino del despacho del director mil lucubraciones se me agolpaban en la cabeza. Soy nieto de francesa y había sido educado con un sentimiento, poco frecuente a la sazón, de admiración hacia Francia. Aún estaba muy reciente el final de la Guerra Civil y el recuerdo de los bombardeos de la Legión Cóndor sobre Guernica volvieron a sobrecogerme.

Cuando me acerqué al despacho del director escuché carcajadas y golpes en la mesa. La secretaria cogió el papel que le tendí y, sin mirarlo, me advirtió que el momento no era bueno para interrumpir: los jefes y unos amigos estaban jugando una

partida de póker. «Ful de reyes», fue lo único que escuché durante la breve espera en la secretaría con la puerta entreabierta. Luego se hizo un silencio sepulcral mientras el director leía con énfasis la noticia.

—¡*Heil* Hitler! ¡Con dos cojones! —se escuchó en medio de la euforia que despertaron sus palabras—. Ya era hora de que los «franchutes» se enteren.

Y enseguida comenzó el tintineo de los vasos brindando por el nuevo éxito del III Reich. En medio del jolgorio que llegaba hasta los pasillos, pensé en entrar y preguntar qué debía hacer con aquella noticia. Me sacó de la duda el redactor jefe en mangas de camisa.

—Baja corriendo al taller y dile al regente que pare la rotativa. Y que nadie se marche, que hoy toca trasnochar. Tú espera en la redacción porque hay que cambiar la portada. Mejor dicho, pasa por el archivo y busca fotografías de París. Una en la que se vea la Torre Eiffel, que esa la conocen todos, antes de que los tanques del Führer la conviertan en chatarra.

Cuando regresé a la redacción, el propio director estaba en el cuarto de los teletipos leyendo con avidez los detalles que iban saliendo. Al verme acercarme, exclamó:

—¡Esto es sensacional! Bélgica, Luxemburgo, Noruega, Holanda... Faltaba Francia. ¡Europa entera será nacionalsocialista!

—¡Qué grande es este hombre! —apostilló el redactor jefe, quien acababa de acercarse con una copia del titular en gruesos caracteres que abriría la primera página—. Vamos a llegar muy tarde a los quioscos —lamentó—, pero que se jodan. ¡La «alegría» que van a llevarse los rojos huidos a Francia cuando los vean!

—¡Que se jodan! —remató el director sin levantar la vista del teletipo—. Las SS ya darán cuenta de ellos.

Volví a mi escritorio cabizbajo, reflexionando sobre cuanto había visto y escuchado. Enseguida comenzaron a subir los linotipistas y cajistas que compartían la misma alegría que los superiores, y alguien sacó una botella de cazalla que tenía escondida para beber a morro y brindar entre eructos.

De fondo empezó a escucharse el zumbido de la rotativa y,

unos minutos más tarde, un aprendiz con un mandilón marrón apareció con varios ejemplares del diario debajo del brazo. Todos los que pululábamos por allí nos abalanzamos a coger uno. El director le echó un primer vistazo y le indicó con un gesto al redactor jefe que le acompañase al despacho.

Realmente no me atrevía a preguntar si podía marcharme ya. Al día siguiente tenía que madrugar para reunirme con el fotógrafo y entrevistar a un matrimonio del barrio de Vallecas que acababa de tener su decimoséptimo hijo e iba a ser recibido en El Pardo por el Generalísimo para felicitarlos.

Seguí leyendo con desgana el ejemplar del periódico recién impreso, que se abría con un gran titular a toda página: «Las tropas alemanas entran en París». Debajo, junto a una fotografía del Arco del Triunfo, el subtítulo a cuatro columnas anticipaba: «Ha empezado la persecución del enemigo hasta su aniquilación total». Y en la quinta, de salida, una efigie de Franco ilustraba el editorial: «Vibración de la nueva España». En el centro de la portada, un recuadro destacaba una nota oficiosa anunciando: «El Gobierno español garantiza la neutralidad de la zona y la ciudad de Tánger». Pasé la página y cuando quise darme cuenta tenía las manos pringadas de tinta. Camino del lavabo me salió al paso la secretaria para decirme que el director quería hablar conmigo.

—No te demores. No sabe esperar. Ya le conoces.

El director estaba repantigado en su butaca hablando por teléfono. Cuando me asomé a la puerta me paró con la mano abierta. Debía de tener a alguien importante al otro lado de la línea. Apenas tuve tiempo de escuchar la despedida: «A tus órdenes siempre, camarada. Espero seguir dándote buenas noticias».

Cuando me indicó que me acercase, el redactor jefe entró impulsivamente con una copia del teletipo en la mano.

—París estaba desierto —comentó con voz de triunfo—. Miles de personas colapsan las salidas. ¡Huyen como conejos!

—Hay que desengañarse —respondió el director—. Los franceses son cobardes por naturaleza. ¿Recuerdas lo que pasó en Madrid el Dos de Mayo? Ahora se van a enterar.

—¡Que se jodan! —apostilló el redactor jefe de nuevo—. Ya se

encargará la Gestapo de ajustarles las cuentas.

El director asentía en silencio, echó una ojeada a los papeles que le entregó el redactor jefe, recogió las cartas de la baraja que aún estaban desparramadas por la mesa y las guardó en el cajón.

—¿Tú sabes hablar francés? —me preguntó mirándome por vez primera a la cara.

La pregunta me cogió de sorpresa y estuve a punto de contestarle que me había enseñado mi abuela de pequeño. Iba a decirle con orgullo que mi ascendencia materna era francesa, pero recordé la opinión que tenían de los franceses y me contuve.

—Sí. Lo hablo desde pequeño. Lo que no hago muy bien es escribirlo. Cometo muchas faltas de sintaxis y ortografía.

—Eso no importa. Te vas a ir a Burdeos, que es donde está ahora la noticia humana, y nos cuentas desde allí lo que ocurre. ¿Te atreves?

—Sí, sí —respondí con voz temblorosa.

—Pues mañana pasa por administración para que te den dinero para los gastos, que tendrás que justificar al regreso, y coge el primer tren que vaya para allá. ¿Has estado en Burdeos alguna vez?

—No. Solo en Marsella y París.

—Es una buena ciudad. Lo mejor son sus vinos, nada que ver con nuestros riojas, pero no están mal. ¿A ti te gusta el vino?

—No mucho —dudé.

—Pues vaya periodista de los cojones si no te gusta el vino. Allí a lo mejor lo descubres. Así que ¡hala!, sin perder tiempo, que el tiempo en este oficio es oro. Esperamos una crónica pasado mañana por la noche. Y ya sabes, vas a encontrar a muchos judíos mendigando que escapan de los nazis. Son mala gente, así que cuando escribas, a los judíos ni agua.

Hizo una breve pausa y añadió:

—La secretaria te va a preparar una credencial. Muéstrala a las autoridades alemanas cuando te la pidan. Y preséntate en el consulado de España. Es lo primero que tienes que hacer. Que te registren por si te ocurre algo, y que el cónsul te oriente. Es nuestra autoridad allí y debes escuchar sus observaciones o

recomendaciones.

Temprano por la mañana pasé por administración y me entregaron un sobre con billetes. Un empleado estampó un sello con el yugo y las flechas sobre el carné que había rellenado la secretaria. Cuando ya salía, me crucé con el administrador, una persona mal encarada y de actitudes atrabiliarias. Me espetó:

—¿Qué vas a hacer en Burdeos? Acabo de escuchar en el parte que está rebosando de refugiados. Estará todo muy caro, así que tú ya sabes, a una pensión barata y nada de comilonas ni francachelas, que a los periodistas se os da muy bien despilfarrar. Y trae recibos de todo, sin recibos no podrás justificar ningún gasto.

II

Los acontecimientos en Europa no daban tregua. Desde que los alemanes cruzaron la frontera Oder-Neisse con Polonia, la *blitzkrieg* (guerra relámpago), lanzada por las fuerzas del III Reich, arrasaba por todo el continente. Ya controlaban el centro y ahora estaban revelándose imparables en el norte y el oeste. El rey Leopoldo III hacía semanas que había anunciado la rendición de Bélgica, y mientras la Wehrmacht pisoteaba con sus blindados la soberanía de sus vecinos, la Luftwaffe lanzaba continuos bombardeos sobre las principales ciudades británicas, incluida Londres.

El 10 de junio de 1940, Benito Mussolini proclamaba que la Italia fascista se unía a los nazis y declaraba la guerra a Francia y Gran Bretaña. Ese mismo día, el dictador español, viendo unirse a las dos potencias que le habían ayudado a ganar la Guerra Civil que le llevó al poder, anunció que España cambiaba su declarada neutralidad por el estatus de país no beligerante.

El recuerdo dramático de la Primera Guerra Mundial estaba muy reciente aún en Europa. La llegada de Hitler al poder en Alemania y sus deseos de revancha habían causado inquietud entre sus vecinos. Todos los esfuerzos diplomáticos por frenar la amenaza nazi habían fracasado. La ambición del Führer era imparable en el intento de incorporar nuevos territorios al Reich y de llevar a cabo en todos ellos la represión y limpieza étnica contra los judíos que ya estaba ejerciendo de manera implacable en Alemania. Se desencadenaba la huida masiva de millones de personas.

Francia era el principal objetivo de Hitler. A finales de mayo de 1940, sus tropas atacaron y destruyeron la ciudad de Boulogne. La matanza desencadenó el pánico. El éxodo hacia el sur se multiplicó cuando los franceses, sobre todo los parisinos, se

percataron del peligro. En París los blindados nazis entraron por la Porte de Clignancourt y el ejército galo se derrumbó de manera vergonzante. Los alemanes enseguida colocaron la cruz gamada en el Arco del Triunfo y se enseñorearon de la capital. París había sido declarada «ciudad abierta» y unas horas después el Gobierno, con el primer ministro, Paul Reynaud, al frente, se trasladó precipitadamente a Burdeos, la misma ciudad que ya había acogido durante la Gran Guerra al Gabinete, igualmente bajo el acoso alemán.

Junto al Consejo de Ministros, también se trasladaron a Burdeos el Senado y la Cámara de Representantes, que siguieron ejerciendo sus funciones hasta la dimisión de Reynaud y, con el voto en contra de sesenta senadores, se hizo cargo de la situación el mariscal Philippe Pétain, héroe de la batalla de Verdún en la Primera Guerra Mundial y recién regresado de Madrid, donde había estado destinado como embajador.

Pétain asumió las funciones de jefe del Estado, según su versión para intentar evitar la catástrofe que hubiese supuesto mantener la resistencia con un ejército desarbolado y humillado. Luego se avendría a ejercer una misión que acabaría abocándole a la pena de muerte y al desprestigio para la historia. Burdeos se convirtió por aquellos días en el centro del interés internacional y en la capital del miedo que inspiraba el horror nazi.

III

El convoy procedente de Madrid entró en la estación de Saint-Jean con más de hora y media de retraso. Los andenes estaban abarrotados. Solo siete personas habíamos hecho el viaje en el compartimento sin apenas haber cruzado unas palabras. Dos individuos de aspecto sospechoso enseguida habían llamado mi atención. Vestían traje y corbata y no me quitaban la vista de encima. Hablaban entre ellos en voz muy baja y cuando el tren cruzó un paso a nivel se levantaron a mirar por la ventanilla la fila de vehículos militares formada en la carretera enarbolando banderas con la cruz gamada.

Solo cuando el tren se detuvo, uno de ellos se acercó a preguntarme qué me traía a Burdeos. Apenas le respondí que era periodista. Me pidió la documentación. Estaba muy nervioso y no tuve valor para preguntarle quién era. La examinó con atención por delante y por detrás, me miró de arriba abajo, me devolvió el carné que me había expedido el periódico y me advirtió: «No se confunda con lo que escriba. Evite relacionarse con los rojos que encontrará por todas partes. Puede costarle algún problema».

El otro sujeto me hizo a un lado de un codazo y los dos descendieron con rapidez y se perdieron en cuestión de segundos entre la multitud que se agolpaba ante las puertas de los vagones para subir a bordo. Intentaban huir sin preocuparse siquiera de adónde. Había personas de todas las edades, familias que arropaban a ancianos y niños. Todos reflejaban angustia y ansiedad. Hablaban a gritos en idiomas ininteligibles. Algunas mujeres lloraban, levantaban los brazos reclamando auxilio, forcejeaban unos con otros por puestos en las colas, y los gritos de desesperación retumbaban entre las grandes marquesinas del siglo XIX que recordaban los tiempos mejores en que se había construido

tan monumental edificio.

Cuando conseguí descender al andén, algunas personas me agarraron por los brazos implorando ayuda. Tardé bastante en encontrar la salida. Intentaba mantener bien asida la maleta con los enseres básicos y de proteger con el codo la cartera que llevaba en el bolsillo derecho del pantalón. Buscaba con la vista a algún ferroviario con uniforme azul y su gorra de plato o algún gendarme con el clásico quepis, pero solo divisé dos guardias nazis de verde gris con la cruz gamada en el brazo izquierdo y en el frontal de la gorra de campaña.

Alrededor de la estación observé con satisfacción que había pensiones y hoteles modestos donde podría alojarme. Entré en el primero, y después de hacer cola casi veinte minutos, el recepcionista me contestó con voz malhumorada que estaba completo. Traté de preguntar algo más, pero se encogió de hombros y me señaló con el brazo lo que había alrededor. Alguien que estaba a mi lado murmuró a su acompañante: «Está todo copado. Vamos a tener que volver a la plaza y dormir a la intemperie».

En la segunda pensión que entré, una mujer de mediana edad apenas levantó los ojos del libro de registros y me espetó:

—No admitimos judíos.

—No soy judío —repliqué dándome la vuelta indignado, con el propósito firme de no quedarme si me ofrecía alojamiento.

Tras un tercer intento sin éxito, caminé hacia el centro. Apenas había tráfico por la calzada, pero las aceras recordaban a las abigarradas procesiones de Semana Santa en Andalucía. En la *rue* Pilori había un hotel escondido tras uno de los laterales del Café Splendide, que se hallaba abierto. Aunque sospechaba que sería muy caro el alojamiento, me acerqué al hotelito y la respuesta fue la misma: «Completo».

Empezaba a desesperarme. No me importaba dormir al raso. El tiempo era bueno. Lo malo sería cómo iba a arreglarme para escribir la crónica y, aún peor, encontrar un teléfono para poderla dictar a la redacción. Todavía no conocía nada sobre la situación política, pero describiendo el dramático ambiente que había visto

en las calles podría salvar la primera crónica.

El portero del hotel, un hombre de mediana edad, menudo y ataviado con un uniforme marrón que delataba la mayor estatura de su anterior usuario, me saludó con un «*bonjour*». Era la primera persona amable con la que me había encontrado. Aproveché y le pregunté:

—¿Sabe cuál es la dirección del consulado de España?

—No está lejos, pero creo que está cerrado. Los funcionarios salieron corriendo sin molestarse en apagar la luz. Cuando bombardeaban en España los fascistas no tenían tanto miedo a los nazis.

Una pareja de refugiados con un niño y maletas pesadas en la mano aguardaba mientras hablábamos. Un empleado del hotel salió a decirle algo al portero y el hombre que estaba esperando se acercó a preguntarme algo en un idioma que no entendía.

—Lo siento, no comprendo su idioma. Soy español.

—*Slijah. Dank* —respondió en yidis con una sonrisa resignada.

El portero se volvió hacia mí e hizo el gesto con la mano de que esperara. Despachó negando con la cabeza a los forasteros que hubiese habitaciones libres y entró apresurado al hotel. Desde el otro lado de la cristalera me repitió la señal de no moverme del sitio. Me acerqué a la puerta entreabierta y le vi hablar en voz discreta con la recepcionista, la misma señora de mediana edad que momentos antes me había atendido de manera bastante despectiva.

Pasados unos minutos, salió y me dijo:

—Ya veo que es español…

Murmuró un «venga» en voz baja, me cogió del brazo y me arrastró al interior.

—Bueno —dijo la recepcionista—, ya le dije que estamos llenos, pero como es usted amigo de Guillermo —y señaló al portero— puedo ofrecerle un cuarto. Habitualmente no lo alquilamos. Es muy pequeño y está reservado para algún empleado que tiene que pernoctar en el hotel. No puedo ofrecerle otra cosa.

Acepté sin dudarlo, recogí la llave y comencé a seguir las indicaciones para llegar.

—Tiene que pagar una semana por adelantado —me frenó la recepcionista.

La habitación, un cuartucho en realidad, estaba al fondo de la primera planta caminando por un pasillo a oscuras; no tenía ventana al exterior y olía mal, muy mal. Un camastro, una mesilla de noche desvencijada y una percha colgada de la pared era todo el mobiliario. La luz de la única bombilla que pendía del techo apenas permitía leer. Los servicios estaban en el pasillo a la derecha. En un cartel escrito a mano se advertía de la necesidad de hacer cola para acceder al retrete o la bañera. Cuando estaba intentando orientarme, salió un hombre medio desnudo chorreando y resoplando contra el agua helada de la ducha.

Guillermo me recibió en la calle con una sonrisa.

—¿Todo bien? Por lo menos podrá dormir bajo techo. Ya verá esta noche la cantidad de gente que tiene que dormir a la intemperie. Y rezando por que no llueva, porque el tiempo está cambiando y esto es como en mi tierra, que llueve un día sí y otro también.

—¿De dónde es usted? —le pregunté después de darle las gracias por su gestión.

—Español —respondió en voz apenas audible—. Asturiano, ¿no se nota? La gente me oye hablar en francés y no se imagina que soy extranjero. Eso me ha salvado. Yo soy exiliado de la guerra. Soy republicano. Escapé hace tres años del bombardeo fascista de Gijón, donde estaba el Consejo Soberano de Asturias y León que presidía Belarmino Tomás. ¿No se acuerda? Pero cuando empezó a bombardear el Cervera, tuvimos que salir corriendo. Yo llegué a estas costas en un pesquero después de tres días de navegar entre las olas del Cantábrico.

—Y ¿no ha vuelto a España?

—Yo, no. Algunos compañeros pasaron al frente de Cataluña y combatieron allí hasta el final de la guerra, cuando tuvieron que volver a Francia. Yo tuve la suerte de hablar el francés y encontré trabajo en este hotel. El sueldo es mísero, pero con las propinas me voy apañando. Si regreso a España, me cortan la cabeza. Esperemos que Franco se vaya pronto a tomar por el culo.

Las oficinas del consulado estaban entreabiertas. De la verja de la entrada colgaba un cartel advirtiendo que estaba cerrado. En lo alto se erguía el mástil desnudo de la bandera. Me asomé al interior y en los despachos se veían montañas de legajos al lado de los anaqueles vacíos. Las dos mujeres que se hallaban en el interior me informaron de que habían sido contratadas para hacer una limpieza general.

—Parece que va a venir alguien de la embajada en París a hacerse cargo. Nosotras estamos esperando a que llegue para cobrar.

No sabían más detalles. Una de ellas, con una escoba en las manos, comentó a su compañera ignorándome:

—Ahora con los alemanes volverán a abrir. Lo triste es la suerte de los exiliados españoles. ¡Pobre gente! Están asustados. Saben lo que les espera.

Fuera, seis o siete personas me abordaron, víctimas de la ansiedad.

—¿Van a abrir las oficinas? Estamos esperando para solicitar un visado.

En las aceras no se podía dar un paso. Los comercios estaban cerrados. Apenas algún bar continuaba ofreciendo servicio ya con las existencias medio agotadas. La radio informaba que eran millones las personas que intentaban escapar por las carreteras del sur a causa del pánico que se había adueñado de París. El éxodo empezaba de hecho en Noruega, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, países que ya se hallaban en poder del Reich.

Cuando regresé al hotel para intentar escribir una crónica contando lo que había visto y escuchado por las calles en esas primeras horas, Guillermo me abordó ansioso:

—¿Abrieron el consulado? Viene un funcionario de la embajada en París siguiendo al Gobierno en su huida. Lo ha dicho la radio, la nuestra, la de la República. Es la única que informa de lo que pasa en España. Sin censura. Las emisoras francesas solo se ocupan de su situación. Están perdidas. Una de las primeras cosas que hará la Resistencia es montar una en onda corta para contrarrestar la propaganda nazi.

Mientras hablábamos observé a un hombre que nos miraba con atención, pasó dos veces sin rumbo fijo a nuestro lado y acerté a ver que cruzó con Guillermo una mirada interrogante. Guillermo se encogió de hombros.

—Voy a tomar algo y aprovecho para escribir la crónica. Tendré que buscar un teléfono para enviarla a Madrid. Aquí en el hotel no me permitirán, me temo.

—No. Vaya a la Esplanade des Quinconces. Allí hay una centralita. Lo que ocurre es que tendrá que hacer horas de cola. Muchos vienen con lo puesto, pero para llamar por teléfono algo les queda. No sé si le atenderán, y cuidado con lo que cuenta porque los alemanes controlan las comunicaciones y estarán escuchando.

El cercano Café Splendide estaba muy concurrido. Busqué una mesa para sentarme a escribir, pero estaban todas ocupadas. Cuando salí de nuevo al exterior acerté a ver a aquel individuo que unos instantes antes me miraba descaradamente recogiendo de manera disimulada un trozo de papel que Guillermo, vuelto de espaldas, le entregaba. Lo guardó y se alejó a buen paso.

Las escenas en la placita que había enfrente eran patéticas. Las familias con criaturas en los brazos, ancianos que apenas conseguían sostenerse en pie y mujeres embarazadas intentaban arrebujarse para pasar inadvertidos para dos gendarmes que patrullaban entre la multitud. Costaba abrirse paso en aquel tumulto. Un señor corpulento con traje negro y barba roja me cogió del brazo y me susurró al oído:

—Son franceses —dijo señalando a los gendarmes—, pero están entregados a la Gestapo. Camina usted muy descuidado. Cuando sospechen que es judío probablemente le detengan y le envíen a alguno de los campos de internamiento que están construyendo en el norte para recluirnos.

—No soy judío. Soy periodista español —le respondí—. Estoy aquí para informar de todo esto que está pasando.

—¡Ah! Español. Nosotros, mi mujer y un hijo de catorce años, estamos intentando pasar a España. Somos sefardíes, descendemos de españoles. Hemos estado en el consulado para solicitar un

visado, pero lo encontramos cerrado. ¿Podrá usted ayudarnos?

—El problema es que no veo cómo...

—Estoy en contacto con una organización secreta de exiliados españoles que te llevan hasta la frontera por la montaña. Luego te dejan allí a tu suerte. Le estamos dando vueltas. Mientras tanto, me he puesto en contacto con el consulado de Portugal. Nuestra idea es salir de aquí antes de que nos maten e intentar llegar a un puerto de la Península Ibérica para embarcarnos a los Estados Unidos, o a donde sea. El cónsul estaba enfermo, nos dijeron. Y el canciller, un tal Seabra, un portugués muy antipático, nos advirtió muy agriamente que no pueden dar visados, y de todas formas el visado portugués no sirve si no se tiene otro que permita transitar por España. Al parecer, el cónsul es una persona muy humana y tiene protegida en su casa a la familia del rabino Hayyim Kruger. Es desesperante ver cómo los nazis nos bombardean a todos. Hitler quiere exterminar a los judíos y nadie hace nada para evitarlo.

Escuchándole se me iluminó la cabeza. Quizás en el consulado de Portugal, un país con un régimen similar al de Franco, podría encontrar algún contacto para conseguir información sobre lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde está el consulado de Portugal? —pregunté.

Ante la proximidad de los gendarmes, que intentaban dejar libre la calzada, apenas se limitó a señalar con la mano una dirección. «*Shalom*», le escuché decir, al tiempo que se adentraba a codazos en el grueso de los refugiados. «*Shalom*», respondí inconscientemente.

IV

Las carreteras, los caminos y los senderos que sortean la orografía de Aquitania, región de la que Burdeos es capital, con sus lagos, sus bosques y sus viñedos en plena floración, estaban invadidos por una corriente humana que desgarraba la imaginación. Las cifras que aportaba el escuálido diario local, apenas una página por las dos caras, no podían ser más reveladoras del drama que se estaba viviendo ante el terror que producía la invasión nazi. Dos millones de belgas, setenta mil luxemburgueses, cincuenta mil holandeses y seis millones de franceses deambulaban sin otro rumbo que huir de un enemigo implacable hacia el sur. Sus objetivos eran dos países teóricamente neutrales: España y Portugal, cuyos regímenes apenas disimulaban sus simpatías por el III Reich, al que tenían por modelo político.

Los alemanes avanzaban a la vez que construían campos de concentración donde eran recluidos especialmente los ciudadanos de religión judía, cuyo exterminio formaba parte de su programa de gobierno. Decenas de miles de prisioneros, en buena parte hebreos, esperaban ya un futuro desolador. La presencia de los soldados con su marcialidad atorrante y la cruz gamada en sus uniformes provocaba pánico a su alrededor.

Los trenes estaban abarrotados, lo mismo que algunas embarcaciones que se arriesgaban a enfrentarse al Atlántico sin posibilidad alguna de llegar a un puerto seguro. El horizonte de las islas británicas estaba cerrado por la negativa de los ingleses a acoger refugiados del continente. Un trasatlántico con centenares de pasajeros había sido obligado a regresar al puerto de la Luna, en Burdeos.

Una multitud que se movía lentamente en camiones, coches, motocicletas, desvencijados carros de caballos y a pie, mal calzados

y con la resistencia al límite, iba atravesando las ciudades y pueblos de las Landas saturados ya de forasteros. Las familias tiraban como podían de los ancianos, niños y minusválidos. Decenas de muertos iban quedando en las cunetas por agotamiento o heridas incurables.

Las escuadrillas de aviones Junkers de los invasores incrementaban el pánico con sus vuelos rasantes y bombardeos esporádicos sobre las columnas de evacuados. La caridad de los habitantes de aquellas comarcas había llegado al límite de sus posibilidades facilitando comida a tantos hambrientos. Los lagos que existen en la región aliviaban la sed del agotamiento.

En Burdeos, conforme se iban saturando las plazas y calles, la actividad comercial y laboral se iba paralizando. Escaseaban los productos básicos y las tiendas se iban cerrando. En medio de tanta gente que sufría la mayor de las adversidades, la delincuencia que siempre propicia la confusión atemorizaba con robos y asaltos.

La incertidumbre y la desesperación se acrecentaban con el hambre, la fatiga y los músculos maltrechos tras pasar las noches al raso bajo los soportales o en las riberas del Ródano. Algunas organizaciones de auxilio que se habían creado apresuradamente no daban abasto para atender tantas necesidades. Lo más angustioso era la falta de atención médica y hospitalaria. Se veía a ancianos y minusválidos tirados en el suelo en espera de que algún familiar o persona caritativa les proporcionase un vaso de agua, y era frecuente que apareciera algún cadáver en la calle que los viandantes sorteaban al caminar. Los servicios municipales estaban paralizados y los guardias urbanos permanecían impasibles a la espera ya de órdenes alemanas, que empezaban a llegar anticipadas y se cumplían por los deseos de sumarse al vencedor.

El alcalde de la ciudad, Adrien Marquet, estaba en el frente colaboracionista, que seguía conquistando adeptos, y el jefe de la policía local, Pierre Poinsol, se había puesto abiertamente al servicio de la Gestapo. El número de militares y policías nazis aumentaba, aunque apenas intervenían en las reyertas que surgían en las colas. La tensión y la desesperación causaban conflictos frecuentes.

Más de un centenar de niños se habían desligado de sus mayores, que se desesperaban buscándolos. Era habitual ver a alguno deambulando entre la multitud, lloroso, implorando una ayuda que nadie se paraba a brindarle. Algunos judíos ortodoxos paseaban alrededor de la sinagoga recitando sus oraciones en voz baja, pero sin arriesgarse a entrar conscientes de que sería desafiar la pena de muerte.

Los bombardeos que la Luftwaffe estaba realizando sobre Londres y otras ciudades británicas eran seguidos a través de la BBC. Las emisoras francesas ofrecían una información incompleta y sesgada. La falta de noticias fiables provocaba todo tipo de especulaciones, siempre inquietantes, que circulaban por las plazas y espacios públicos. Los transeúntes se acercaban a escuchar, intervenían de vez en cuando, siempre con cautela, y se alejaban más desorientados que antes. Corrían historias de accidentes en las carreteras atiborradas, de suicidios desesperados y de muertos hallados cada mañana en los soportales donde se habían refugiado a dormir.

Uno de los rumores más insistentes aseguraba que varios submarinos de la armada italiana patrullaban por la costa y que los alemanes estaban acondicionando los viejos campos de internamiento donde habían sido acogidos los republicanos españoles huidos del franquismo tras la caída del frente catalán. El propósito era convertirlos en campos de concentración y trabajo para recluir a los prisioneros que iban capturando.

Algunos refugiados caminaban por las riberas del Ródano hacia la costa con la esperanza de poder evadirse por mar. Los comentarios aseguraban que los nazis llegaban con el proyecto de construir un muro que impidiese acercarse al Atlántico. Contarían para hacerlo con el trabajo forzado de los prisioneros, entre los que se mencionaban a los miles de refugiados españoles.

El tiempo apacible era una suerte en medio de tantos males. Durante el día soleado, el ir y venir de la gente sin rumbo mantenía viva la ciudad. Pero al caer la tarde, con el comienzo de la oscuridad cargada de malos presagios, la ciudad antes alegre se iba apagando en un silencio sepulcral del que apenas se

escuchaban los ronquidos de los que dormitaban tendidos en el asfalto y los lamentos de tantos millares de personas que no conseguían conciliar el sueño ni librarse despiertos de las peores pesadillas.

V

Como todas las mañanas, el cónsul de Portugal, Aristides de Sousa Mendes, se asomó a la ventana principal de su residencia, en el número 14 de la calle Quai Luis XVIII, a izar la bandera. Contemplaba el torrente humano que avanzaba atropelladamente por las carreteras que llegaban a la ciudad cuando un avión de combate descendió en picado y bombardeó sádicamente a aquella masa de inocentes. Cerró horrorizado los ojos y cuando reaccionó para observar la calle, donde la cola de personas que esperaban por un visado para huir de aquel infierno doblaba la esquina y se perdía en la histórica plaza des Grands Hommes, se le nubló la vista y cayó desmayado.

La víspera había recibido una áspera respuesta del secretario del Ministerio de Negocios Extranjeros recordándole el contenido de la circular catorce, que prohibía conceder visados sin autorización expresa a refugiados de la guerra. El texto del escrito deslizaba que la limitación de sus funciones se extendía de manera especial a los judíos que escapaban de la persecución de los nazis en los países ocupados por el Reich. Aquella noche no había conseguido dormir corroído por la indignación y el dolor. En el salón de la casa pernoctaban desde hacía tres días el rabino de larga barba y sombrero Hayyim Kruger, su mujer y sus tres hijos. Para ellos había solicitado la autorización para extenderles un visado que se les denegaba.

Cuando Angelina Ribeiro, «Gigi», su mujer, escuchó el golpe, corrió y encontró a su marido desvanecido, tendido boca abajo en el piso, con los ojos cerrados y la boca cubierta de espuma. Entre ella y sus hijos José António y Pedro Nuno intentaron levantarle. Pero fue inútil: su cuerpo parecía inerte, no hablaba y respiraba con dificultad. Lo trasladaron a la cama e intentaron

infructuosamente llamar a un médico que, en medio de la confusión general, no conseguían localizar. Tardó hora y media en recuperar la conciencia, pero solo a medias.

Se negaba a hablar e hizo gestos con la mano de que le dejasen solo. Cuando de vez en cuando entraban a visitarle, se volvía en la cama y se tapaba los oídos con la sábana para no escuchar las recomendaciones que le hacían los familiares. Gigi, una mujer de una sensibilidad extraordinaria, rezaba continuamente entre sollozos e imploraba un nuevo milagro a la Virgen de Fátima, de quien era especialmente devota.

—No se conceden visados —gritó enfurecido el canciller Seabra al ver que me adelantaba a la fila para abordarle.

—Perdone, no vengo en busca de un visado. Soy español, soy periodista —le respondí.

—¿Español? Ustedes han cerrado el consulado. Han hecho lo que deberíamos hacer nosotros para evitarnos estos problemas. Franco hace bien las cosas. Lo malo es que nos mandó para acá a esa panda de comunistas que joden por ahí que no paran.

Iba a responderle que estaba buscando información sobre la situación que se estaba viviendo cuando se asomó por detrás un joven alto, pulcramente vestido y con cara de preocupación.

—¡Ah! ¿Es usted el español que llamó a mi padre hace un rato? Soy Pedro Nuno de Sousa, el hijo del cónsul. Fui yo el que cogí el teléfono. Es que mi padre está enfermo.

—No, yo no he llamado. Ignoro quién ha sido…

—Me dijo su nombre, pero no me acuerdo. Creo que Eduardo… no sé qué más. Acababa de llegar de París. Viene acompañando al Gobierno en su retirada. Quería presentarse y hablar con mi padre. Volverá a llamar.

—Será el nuevo cónsul —interrumpió Seabra—. Ya me extrañaba a mí que un país fronterizo como España se estuviera escabullendo.

—Es una pena. Mi padre se habría alegrado mucho de hablar con usted —añadió el hijo del cónsul—. Nos encanta España, a

toda la familia.

—¿Cómo se encuentra su padre? —pregunté.

—Regular. Yo creo que está agotado y deprimido. Es muy sensible y esto que está pasando le angustia. Siente la responsabilidad de ayudar a esta gente y eso es imposible. —Hizo una breve pausa y añadió—: Tengo que dejarles. Voy a la universidad y temo llegar tarde. Estoy terminando Derecho y estamos en época de exámenes. A ver cómo me encuentro aquello. Algunos profesores y compañeros han huido a las montañas o están escondidos.

De regreso al hotel, pasé de nuevo frente al consulado español, que continuaba con las puertas cerradas. En el interior se veía una luz mortecina y en la entrada, el cartel medio caído que advertía de que no había servicios. Apenas seis o siete personas, todas de edad avanzada, merodeaban alrededor del inmueble haciendo comentarios en voz baja. En uno de los laterales se amontonaba la basura que habían abandonado las encargadas de la limpieza. Entre muebles desvencijados se veían legajos y restos de escritorios. Una anciana, que debió de intuir que era español, se acercó y en un castellano que apenas entendí me preguntó:

—¿Es usted judío también?

No tuve valor para negarlo.

—Somos sefardíes. Huimos de los Sudetes creyendo que en Francia estaríamos seguros. Confiábamos en que España nos acogería. Somos españoles de origen. Pero ya ve, aquí nadie te atiende. Nos echaron de la casa donde nos alojábamos cuando descubrieron que somos judíos. «Nos comprometen», fue la razón que nos dieron para ponernos en la calle. Y el dinero, aparte de lo difícil que es cambiarlo, se nos acaba.

Una columna de blindados cruzó cerca en dirección a la Esplanade des Quinconces. Varios coches negros se estaban concentrando en las inmediaciones del Ayuntamiento. Unos gendarmes impedían que la gente se acercase. Estaban llegando los miembros del Gobierno que escapaban del París ocupado. Empezaban a verse uniformes alemanes entre la gente, pero sobre todo resaltaban los gritos y las muestras de euforia de los

colaboracionistas locales.

Las líneas telefónicas estaban saturadas y enviar una crónica a la redacción suponía pasarse hora y media en una cola en la que coincidíamos refugiados, militares y corresponsales. Todos nos mirábamos con desconfianza y actitud hostil. Las telefonistas estaban tan agobiadas como malhumoradas. Conectaban y desconectaban los cables de manera mecánica mientras discutían entre ellas ante el paso de las horas sin relevo.

Guillermo, el portero del hotel, me recibió con una sonrisa.

—¿Sabe que ya hay nuevo cónsul? Parece que ha venido de París a hacerle la pelota a los alemanes. A Franco la suerte de los refugiados le importa un carajo.

—¿Quién es? El consulado seguía vacío hace un rato.

—¿Quién va a ser? Un policía para vigilar a los exiliados españoles. Ahora nos va a llegar la hora a nosotros. Ya sabe, nunca me hable en español.

El hombre, de aspecto francés, arrojó al suelo la colilla que estaba apurando para atender a un huésped que le pidió llevar a su habitación una caja de botellas de vino. «Estamos en la tierra de los mejores caldos. Si vienen a detenernos, por lo menos que nos encuentren borrachos», comentó con una sonrisa al tiempo que le tendía unas monedas como propina. Cuando se apartó, Guillermo me contó casi en un susurro:

—Esta mañana se presentaron dos individuos en casa de la gobernanta del hotel a buscar a un matrimonio de judíos con un hijo de siete años que tenía alojados de extranjis. A empujones los metieron en un coche negro y se los llevaron sin ninguna explicación.

—¿De la Gestapo? —pregunté.

—No lo creo. Hablaban francés entre ellos. Seguro que eran de esos lameculos que son más nazis que Hitler. Ella está asustada.

—¿También la secuestraron?

—No. A ella, no. No le dijeron ni una palabra. Y a ellos tampoco. Los empujaron, cerraron de un portazo y hasta ahora... Ya estarán camino de algún campo de concentración por ahí arriba. Como los hoteles los tienen controlados, deben de estar

buscando casa por casa. Hay mucha gente caritativa que tiene escondidos a algunos.

—Esta mañana —cambié de conversación— estuve en el consulado de Portugal y las colas para conseguir un visado eran de centenares de metros. Y sin esperanza, porque el cónsul está enfermo. Hablé con su hijo.

—¿Don Aristides de Sousa? —preguntó rápido—. ¿Qué le ocurre? No será nada grave, porque es un hombre fuerte. Buena persona, desde luego. Viene mucho al Splendide a tomar café.

Tras una breve pausa en que se le vio dudar, prosiguió:

—Está tirándose a la pianista. Llevan un tiempo liados.

—Ah, ¿sí?

—Está muy buena. Pero tiene una mala leche de la hostia. Ya le montó algún escándalo delante de los clientes. Venía a tocar algunas tardes, pero ahora no está la cosa para música. Ahora solo viene de vez en cuando. Los sábados o domingos.

—Toca bien. La escuché anoche un rato. ¿Cómo se llama?

—Andrée, Andrée Cibial. Él le saca muchos años, pero a ella se la ve muy enamorada. Le persigue hasta en la sombra. Y él se deja, ¿quién no?

Estaba empezando a oscurecer. Las mortecinas luces del café se iban encendiendo con pereza eléctrica. Apenas quedaban clientes en el interior. Los refugiados que iban y venían de un lado para otro, perdidos en la confusión reinante, se asomaban de vez en cuando a las puertas del hotel con la frustración en la mirada de no poder alojarse, dormir en una cama y asearse en un baño.

Una escuadrilla de cazas Stukas cruzaron en vuelo rasante listos para bombardear en picado. Los viandantes corrieron a refugiarse contra las paredes. Algunas mujeres gritaban apretujando a los niños, que miraban con asombro la estela luminosa que dejaban en el cielo. El peligro apenas duró unos segundos, los suficientes para que cundiese el pánico entre aquellos desgraciados una vez más.

Guillermo ni se inmutó. Parecía que el miedo no iba con él. Contemplaba la estampida con una serenidad pasmosa. Entré al cuartucho en que tenía la suerte de alojarme a recoger un lápiz

para tomar notas y cuando salí de nuevo me hizo una seña con la mano para que me acercase, dio un pequeño rodeo y, medio de espaldas, me tendió un papel enrollado.

—Hace un momento pasó un hombre distribuyéndolo a escondidas —me dijo como explicación. Pero con el nerviosismo de hablar y mirar al tiempo de un lado a otro, pude observar que llevaba un mazo en el bolsillo de la casaca del uniforme.

Era un panfleto encabezado por la hoz y el martillo impartiendo instrucciones para enfrentarse al enemigo nazi que se estaba adueñando de la ciudad. «Lucha y vencerás», creo recordar que era el mensaje final del texto en francés y español.

VI

Durante la mañana siguiente, las plazas y calles céntricas se fueron llenando de coches oficiales. Los gendarmes no conseguían frenar el ajetreo que creaba la llegada de la práctica totalidad de las personalidades políticas que en teoría seguían gobernando. Ante la ocupación de los blindados nazis, que ya controlaban París en un radio de cien kilómetros, el presidente de la República, Albert Lebrun, había ordenado al Gobierno abandonar la capital y retirarse a Burdeos. Un comunicado oficial, que evitaba dar detalles, afirmaba que los ministerios se estaban trasladando a provincias.

La tensión que se vivía era indescriptible. Además de los ministros, senadores, diputados y múltiples altos cargos, la avalancha de refugiados seguía creciendo. Los sobrevuelos de la aviación germana provocaban estampidas que dejaban aplastados en el suelo a muertos y heridos que los saturados hospitales no podían atender. Los gestos humanitarios de algunos vecinos adquirían a veces carácter heroico. Los partes del cuartel alemán que se difundían desde Berlín se jactaban de que sus fuerzas estaban haciéndose con el control de las principales industrias del país.

La angustia sobre la suerte que esperaba a tantos cientos de miles de personas se acentuaba ante el hambre y la sed. Algunas deambulaban en la búsqueda de un vaso de agua remansada en los estanques. La mayor parte de los restaurantes, bares y tiendas de comestibles habían cerrado sus puertas por miedo y falta de existencias. No funcionaban los transportes públicos y moverse en aquel ajetreo resultaba atosigante. La babel de idiomas que se escuchaban sembraba aún mayor confusión. No había noticias fiables de lo que estaba ocurriendo y los rumores contradictorios se

entremezclaban en las conversaciones y discusiones que provocaba la desesperación.

Los más nerviosos eran los miembros del Gobierno y sus conductores, que habían recorrido los quinientos kilómetros desde París intentando sortear a las masas de refugiados que llenaban las rutas principales, buscando atajos por caminos de campo, sin poder dormir ni quitarse la preocupación que les depararía su suerte. Los bombardeos cada vez más frecuentes acrecentaban el pavor.

Algunos ministros se alojaron en el hotel Majestic, y apenas se tomaron un par de horas para descansar y asearse. A primeras horas de la tarde celebraron una reunión de emergencia en la que el acaloramiento de las discusiones alcanzó momentos de gran violencia. Lograr un acuerdo sobre la actitud a adoptar se reveló como imposible. Una parte propugnaba resistir heroicamente y otra, asumir la realidad y disolverse en un sálvese quien pueda. Era conocido el enfrentamiento del presidente Lebrun, partidario de encargar al pronazi Pierre Laval negociar una paz separada, y el primer ministro, Reynaud, que confiaba en la intervención norteamericana, que había pedido al presidente Roosevelt para resistir.

Mientras tanto, en las calles se multiplicaban los alemanes, inconfundibles con sus uniformes, esvásticas y banderas del III Reich. Muchos se apartaban asustados por su proximidad, pero otros no ocultaban la satisfacción por su presencia y adoptaban actitudes de verdadera indignidad, convertidos de repente en colaboracionistas espontáneos que les aplaudían e intentaban obsequiarles ofreciéndoles incluso bocadillos y copas del excelente vino de la región.

En otras ciudades se estaban produciendo incidentes graves. La gendarmería se negaba a actuar en defensa del orden y las autoridades recurrieron a la intervención de las fuerzas senegalesas y marroquíes. Los partes diarios que difundía el Ejército continuaban dando una imagen optimista sobre los diferentes frentes, pero nadie lo creía. Las informaciones procedentes de Londres y Ginebra eran más realistas: todas las defensas francesas se estaban derrumbando.

Las noticias difundidas por la BBC calculaban en doscientas mil las personas que ya habían sido detenidas en la desbandada. Las prisiones y acuartelamientos que estaba improvisando la Gestapo en Burdeos estaban atiborrados. En su mayor parte eran judíos o sospechosos de serlo. Corrían rumores de que muchos estaban siendo deportados en autobuses hacia los campos de concentración.

La tensión que se estaba produciendo en la calle empezaba a provocar reyertas entre los diferentes grupos que compartían el drama y el caos. Una pelea en una tienda entre clientes que pretendían adquirir los mismos productos había dejado un muerto y una mujer herida. Algunas incipientes organizaciones humanitarias intentaban ayudar a los más desvalidos, a ancianos y niños. Recoger a los centenares de menores perdidos, hambrientos y llorosos en busca de sus mayores, era el empeño más urgente de los grupos religiosos y civiles movilizados por la angustiosa situación. Algunos de los niños se resistían a ser llevados a colegios e iglesias, donde se les proporcionaba comida. Lloraban, pataleaban y clamaban por reunirse con sus padres.

El pesimismo se había impuesto entre los franceses, que seguían el desarrollo de los acontecimientos militares y políticos con expectación. La reunión del Consejo de Ministros se prolongó en la madrugada, y mientras, según informaciones difundidas por la agencia Reuter, el derrumbe de las tropas se generalizaba a lo largo y ancho del país. Nadie parecía esperar nada de un Gobierno desmoralizado, dividido y, en la práctica, ya sin poderes. Los rumores que se filtraban del entorno de la reunión apuntaban cada vez con mayor insistencia al protagonismo que estaba teniendo el mariscal Pétain. Su aureola despertaba la única esperanza que la gente tenía puesta en que aquella pesadilla terminase.

VII

Eduardo Propper de Callejón, primer secretario de la Embajada de España en Francia, contemplaba desde los ventanales del castillo de Royaumont, residencia de sus suegros —de la familia Rothshild —, el desolador aspecto que mostraba la ciudad, silenciosa, casi desierta, exhumando una imagen de tristeza y abandono por todas las esquinas.

Elena, su hija, entró asustada, le tiró de la mano y le dijo entre suspiros:

—Mamá está llorando, mamá está llorando.

Eduardo salió disparado hasta el estudio que su mujer, Hélène Fould-Springer, excelente pintora, tenía instalado enfrente de la Torre Eiffel, en la que ondeaba una bandera del Reich. Cuando el marido y la niña entraron, la hallaron con los pinceles en la mano sollozando desconsoladamente en la semioscuridad. La niña la abrazó y restregó sus lágrimas con las suyas unos instantes.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó él estrechando a las dos con sus brazos—. Tranquila, he hecho izar aquí una bandera española de la embajada que nos protegerá. Algo tendrá de bueno representar a un Gobierno pronazi.

Hélène levantó un poco la frente y sin soltar la mano de su marido, con la otra acarició el pelo de la niña.

—¿Cómo tienes las persianas bajadas? ¿Estás pintando la oscuridad? —preguntó él.

Ella esbozó un nuevo sollozo, levantó la vista y respondió moviendo la cabeza con desánimo.

—¡Qué va! Las bajé para no estar viendo esa esvástica, robándonos el sol. ¿Hay alguna noticia? —quiso saber.

—Nada, más de lo mismo. Los tanques alemanes ya están desplegados por los barrios y las tropas continúan en desbandada

por todo el país. Una vergüenza para el que se creía el mejor ejército de Europa. En fin... Los italianos han desplegado sus submarinos en la costa atlántica.

Al abandonar el estudio de su mujer, contempló unos instantes las obras de arte que la familia exhibía en pasillos y salones. Recordó instintivamente el riesgo que corrían ante la rapiña nazi. Una de las primeras cosas que hacían los pretorianos de Hitler en los territorios que iban ocupando era incautarse de las obras de arte, con la disculpa de crear el mejor museo del mundo en Linz, Austria, su ciudad austriaca de nacimiento.

Las embajadas extranjeras estaban empezando a evacuar a los funcionarios, algunas habían cerrado las puertas y los rumores anticipaban que el Gobierno se trasladaría a otras ciudades, algo que ya estaban haciendo todas las altas personalidades del Estado. Solamente el cardenal Shuhard, arzobispo de París, había manifestado que él no abandonaría mientras quedase algún fiel en la capital.

El teléfono, que funcionaba con dificultades e interferencias, sacó a Propper de Callejón de sus lucubraciones. Era el embajador, José Félix de Lequerica. Acababa de reunirse con el ministro del Interior, Georges Mandel, y delataba en la voz los nervios propios del momento.

—Eduardo —le espetó—, tienes que partir ahora mismo para Burdeos. Compréndelo, no pierdas tiempo, es muy urgente.

Lequerica, buena persona según cuantos le trataban, era abiertamente proalemán y a Propper de Callejón, aunque guardaba diplomáticamente sus opiniones, la ideología nacionalsocialista, la fobia contra los judíos, que le afectaba directamente (su padre, Max Propper, era un banquero judío de Bohemia y sus suegros también eran judíos), la parafernalia nazi y el personaje estrambótico que le parecía Hitler le repelían. Pero a pesar de las diferencias, las relaciones entre el primero y el segundo de la legación eran cordiales.

—Pero... ¿a Burdeos? ¿Dónde parece que se va a instalar el Gobierno?

Apenas pudo objetar algo. El embajador le cortó en seco:

—Necesitamos estar cerca. Vamos a mediar en lo que sea posible. Ahora se impone parar la guerra. Ya veremos a dónde trasladamos la legación. Hablaré con el general alemán que ejerce de facto la alcaldía de la ciudad.

Todos los problemas se le agolparon en la cabeza de pronto. Tenía a su lado al pastor alemán que compartía los afectos familiares con Bijou, el caniche de la hija, y lo acariciaba mientras escuchaba y pensaba. Era consciente de los problemas que le acechaban y, al mismo tiempo, asumía su responsabilidad en momentos tan difíciles. Un diplomático no puede estar solo para asistir a cócteles y cuidar del protocolo.

—Lo que digas, embajador.

—Y es urgente —continuaba Lequerica—. Ya te digo, necesitamos estar cerca de los acontecimientos y mantenernos informados. Daré instrucciones para que tu mujer tenga protección. Puedes mantener la bandera mientras ella permanezca en la casa.

Hélène entró en la sala y, al ver la cara de su marido, intuyó que algo estaba fraguándose. Llegó a tiempo para escuchar las últimas palabras del embajador, que parecía con prisas para colgar el teléfono.

—Mantenme al tanto de tus planes. Llama cuando llegues.

Aún con el auricular en la oreja, ella le cogió de la otra mano, le miró fijamente a los ojos y exclamó:

—¡Ni te lo plantees...! Donde vayas tú, voy yo. Y más si hay peligro.

—Tranquila, mujer. Ahora lo hablamos. No es necesario. Serán pocos días. Además, no podemos dejar a la niña con la...

—¡Noooo! Vamos los tres. Estos nazis nos matarán, pero no romperán la familia.

Estaba comenzando el verano y los primeros calores facilitaron la preparación del equipaje: ropa ligera y zapatos cómodos para un viaje que se anticipaba muy duro.

—Burdeos es una gran ciudad. Allí podremos comprar lo que haga falta —advirtió el diplomático ante el afán de su mujer por llenar a presión las maletas. Mientras, la pequeña Elena jugaba en la habitación contigua con las muñecas y peluches desparramados

por el suelo, ajena a la difícil experiencia que la esperaba. Cuando los padres la cogieron en brazos para subirla al coche oficial, como si saliese de un sueño, la niña reclamó a Bijou, su caniche blanco, que correteaba por la casa y alegraba con su presencia el ambiente de preocupación que inquietaba a sus ocupantes.

—Mañana venimos a buscarlo, Elenita. Ahora es mejor que se quede. Es la hora de la comida para él.

Pero la pequeña Elena no escuchó las razones que argumentaba su madre. Comenzó a gritar y patalear, y cuando vio que la puerta se cerraba sin su mascota, se puso a llorar desconsoladamente. Solo cuando su padre caminó hacia la elegante vivienda familiar y regresó con el perrito en los brazos, sus ojos se iluminaron de alegría y las lágrimas dejaron de deslizarse como un torrente por las mejillas.

El viaje fue una tortura. El banderín que le confería al automóvil carácter oficial apenas facilitaba progresar entre las masas de personas que avanzaban a pie, en bicicleta, en carros tirados por caballos y en vehículos renqueantes por el peso de los pasajeros que se apiñaban en el interior y por los enseres que llenaban los maleteros. Martín, el conductor, era hábil y prudente, pero también consciente de la urgencia que los ocupantes tenían por llegar.

Los días ya eran largos y la noche tardó en caer. El cielo estaba estrellado y muchos refugiados se iban quedando en busca de cobijo en los pueblos de la ruta; otros permanecían recostados o tumbados en las cunetas vencidos por el agotamiento. Elenita se durmió, pero de vez en cuando se sobresaltaba y abrazaba a Bijou con pasión de hermana.

La preocupación del chófer se anticipó a las dificultades que encontrarían para repostar. Eduardo era consciente de que debía llegar despejado e intentaba de vez en cuando dar una cabezada sin éxito. Tanto él como su mujer miraban por las ventanillas lo que iban dejando atrás. Era emocionante ver cómo algunos se apartaban para facilitar el paso al coche, que en la mayor parte del trayecto no conseguía pasar de los veinte kilómetros por hora.

Hélène había tomado la precaución de meter en una bolsa

unos sándwiches de paté y queso con los que salvaron el almuerzo. Ya en la noche, la niña pidió su merienda y poder bajarse a orinar. El coche se adentró en algunos poblados en busca de un lugar para tomar algo y hacer las necesidades fisiológicas fuera de la vista de la multitud que les rodeaba. En una pequeña ciudad cuyo nombre no conocían, las calles, sumidas en la oscuridad, también estaban atiborradas. Divisaron una lucecita en las afueras del casco urbano que iluminaba la palabra «hotel». Era un pequeño alojamiento. Las puertas estaban cerradas, pero llamaron con fuerza y una señora mayor entreabrió para decirles:

—Estamos llenos. No puedo ofrecerles nada…

Hélène y la niña, que llevaban horas necesitando entrar a un baño, le pidieron que les permitiese entrar para poder hacer pis en la intimidad. Sus súplicas enternecieron a la mujer y las hizo pasar, momento que Eduardo y el conductor aprovecharon para refugiarse tras una esquina y desahogarse también. Cuando Hélène se iba a despedir de la patrona de la casa, esta, conmovida, le entregó una bolsa con unos mendrugos de pan y un trozo de queso de la tierra.

—Hemos tenido un día terrible —le explicó—. No puede imaginarse cuánta gente pasó en busca de alojamiento y algo de comida. Les ofrecí lo poco que pude. Esto es lo que han dejado en la mesa mi marido y mis hijos. He revisado en la despensa y no queda nada. Que Dios les acompañe y tengan suerte más adelante —le deseó.

El pan estaba duro como una piedra. Probaron a dar unos mordiscos y enseguida desistieron.

—El queso a mí no me gusta —rechazó Hélène. La niña se había vuelto a dormir, de modo que el trozo de queso se lo repartieron el diplomático y el conductor.

Ya entrada la madrugada, cuando empezaba a vencerles el agotamiento, se escuchó una explosión y entonces estalló el nerviosismo entre los refugiados, que comenzaron a correr campo a través; gritaban con las manos en la cabeza, se dejaban caer de rodillas mirando al cielo y seguramente implorando la ayuda divina. Era evidente que muchos eran judíos encabezados por un

grupo que portaba la Torá, que habrían recuperado de su sinagoga y protegían mejor que a ellos mismos.

Curiosamente, el pánico dispersó a los refugiados y permitió circular a mayor velocidad y ganar tiempo. Unos minutos más tarde, cuando llegaron al escenario de la explosión, vieron a tres personas muertas en la calzada y una motocicleta destrozada unos metros más adelante. Hélène se tapó los ojos mientras Eduardo descendía y preguntaba si quedaba algún herido para evacuarlo. Los testigos, que se mostraban desolados, respondieron que no era necesario. Tres heridos habían sido recogidos por un camión de transporte de ganado y se proponía desviarse por una carretera de piedras para acercarlos a la localidad que estaba del otro lado de la colina que se divisaba en el horizonte.

Cuatro o cinco hombres discutían sobre las causas. No había alemanes a la vista, pero algunos sospechaban que se hallaban infiltrados; otros aseguraban que habían sido colaboracionistas locales, pero un experto en mecánica aseguraba que la explosión había sido causada por un depósito que la moto llevaba agregado como reserva de combustible. El motorista era uno de los fallecidos.

Bijou, que había permanecido callado todo el tiempo, comenzó a revolverse y sus ladridos despertaron a Elenita, que lo arropó contra su pecho y rompió a llorar. La madre intentaba consolarla sin éxito. Empezaban a aparecer las primeras luces de la mañana por el este y los rayos del sol naciente se reflejaron unos instantes en el agua; no supieron si ya era el mar o el estuario del Garona.

Eduardo se mantenía silencioso y pensativo. Miraba por la ventanilla y de vez en cuando se volvía para intentar calmar a la niña. «Mira el mar, Elena... ¿Lo ves? Ya estamos llegando». Luego volvía a encerrarse en sus reflexiones. No podía alejar de la mente tres preocupaciones. La primera, la angustia que le producía el sufrimiento de aquella masa humana a la que tanto le gustaría poder ayudar de alguna forma. No podía olvidar, además, que ellos también corrían peligro por su ascendencia judía. Los dos se habían convertido al cristianismo, estaban bautizados y se habían

casado por la Iglesia, pero sabía que el racismo nazi no valoraba las religiones, sino las trazas de sangre. La tercera preocupación eran las dificultades que preveía para encontrar un alojamiento en Burdeos. Aunque tenían una familia amiga que los acogería si fuese necesario.

—Si te parece, Hélène, os dejo en casa de nuestros amigos y todavía no bajamos el equipaje. Yo intento buscar un hotel y vuelvo a recogeros para instalarnos.

Enfrascado en estas lucubraciones no reparó en una columna de varias decenas de hombres que caminaban como en formación militar custodiados por varios soldados. Fue Hélène la que con voz exaltada le llamó la atención.

—Mira, Eduardo: prisioneros. Seguro que los llevan a un campo de concentración. ¡Qué horror! —exclamó.

Él observó un rato, ordenó al conductor que redujese la velocidad, prácticamente que detuviese el auto, para fijarse. Había algo extraño en aquella escena. Los detenidos caminaban mirando al suelo y apenas hablaban entre ellos. Cuando alguno descubrió el banderín del coche, dijo algo en voz alta y todos se quedaron mirando. El diplomático enseguida se percató de que eran exiliados españoles reclutados por la fuerza para trabajar en la construcción de las instalaciones portuarias de los submarinos italianos que Mussolini se había apresurado a enviar para defender la costa atlántica de un posible ataque británico.

Pasadas las ocho y media de la mañana, ya en las afueras de Burdeos, Martín, el chófer, que conocía algo la ciudad, instintivamente se dirigió a la sede del consulado, donde creyó que le prestarían asistencia. Había estado allí en otras ocasiones y recordaba a algunos de los antiguos empleados. Estaba cerrada. Propper de Callejón observó sin descender que alguien había hecho limpieza recientemente y enseguida pensó que iba a ser ocupado por intrusos alemanes.

Se dirigieron a la casa de sus amigos, Michael y Colette, que les recibirían encantados mientras encontraban un hotel.

Para llegar a la zona residencial de la ciudad, atravesaron las calles y callejuelas abarrotadas del centro. El diplomático encargó

al conductor que, después de descansar, regresara al consulado y, si continuaba vacío, colocara un cartel en la puerta avisando a los empleados locales que volvieran a sus puestos al día siguiente.

—Voy a reabrirlo —afirmó.

Los amigos los recibieron con los brazos abiertos, pero Eduardo apenas se bajó para saludarles y prometer que volvería pronto. Tenía prisa por encontrar alojamiento y moverse en busca de contactos e información de lo que estaba ocurriendo. El automóvil tuvo que dar muchas vueltas para acercarse al hotel Majestic, en la *rue* de Condé, cerca del Grand Theatre, un suntuoso edificio del siglo XVIII cargado de historia, donde había pensado alquilar una *suite* para los tres.

Era prácticamente imposible aproximarse. Toda la zona estaba acordonada. El hotel estaba ocupado por los miembros del Gobierno lo mismo que todos los edificios oficiales del área. El representante de la Embajada española se apeó e intentó introducirse en el área restringida. Necesitaba establecer contacto con los representantes del Ministerio de Exteriores, y después de muchos intentos fallidos encontró a un funcionario más abierto que le puso al tanto en pocas palabras de la situación:

—Se está intentando encontrar una salida y lo primero es parar la guerra. Pero los alemanes solo quieren anexionar Francia al Reich, como han hecho con los demás países que han venido ocupando. Están llegando continuamente, tomando posiciones estratégicas y, de hecho, ya controlan la situación. El problema es esta gente... —El funcionario miró a su alrededor y señaló con el brazo extendido hacia la multitud que se agolpaba expectante en torno a las vallas que cerraban el espacio restringido—. Vea el panorama. ¿Qué se puede hacer en estas circunstancias? Lo primero sería encontrar ayuda para esta gente. Pero ni siquiera están funcionando las organizaciones benéficas.

Se mostraba nervioso y con prisas. Propper de Callejón aún forzó la conversación con una pregunta más:

—¿Hay una oficina del ministerio para atender a las representaciones extranjeras?

El hombre se encogió de hombros, respiró hondo e hizo

ademán de recordar.

—No lo sé, la verdad. En estas circunstancias es difícil distinguir entre representantes, espías, periodistas... Los consulados de los países ocupados están clausurados. Y otros... Apenas está el británico, que permanece abierto, pero no atiende a nadie; el italiano, cuya protección ha sido reforzada estos últimos días, y... —se quedó pensando unos instantes—, sí, y el portugués.

—Ahora mismo, ¿qué está pasando con el Gobierno? —preguntó el español, ya como despedida.

—Volverán a reunirse a las cuatro. Anoche estuvieron hasta la madrugada. No se ponen de acuerdo. El fracaso de nuestras fuerzas armadas nos avergüenza a todos. Hitler sabía que se derrumbarían de un soplido.

Propper de Callejón regresó a la casa de sus amigos agotado y abatido. No había encontrado hotel, ni siquiera había podido buscarlo. Tendría que informar enseguida a la Embajada de su llegada y de cuanto había visto y averiguado, pero se sentía sin fuerzas. Su mujer estaba recostada en el salón de la casa. Los anfitriones habían fracasado en el intento de que se tumbase en una cama a descansar y durmiese. La niña, que era el objeto de la atención de todos, permanecía aletargada sin separarse de Bijou, que, después de comer, había dejado de revolverse y ladrar. Cuando vio entrar su padre dio un salto y corrió a abrazarle.

—Papá —le espetó—, mis muñecas no han venido. No tengo con quien jugar.

Eduardo se despojó de la chaqueta y la corbata, se dio un baño rápido, desdeñó la oferta para que durmiese un rato y se encerró en el despacho de su amigo a hablar por teléfono. La línea se cortaba con frecuencia y algunas conversaciones se le quedaban a medias. Muchos teléfonos no contestaban. La última llamada fue al consulado de Portugal. Le atendió el hijo del cónsul, Pedro Nuno...

—Mi padre está enfermo. Lleva día y medio mal. Nos tiene preocupados. El médico que hemos conseguido encontrar dice que es la tensión a la que está sometido. En cuanto pueda, se pondrá en contacto con usted.

VIII

Ya había enviado dos crónicas contando lo poco que conseguía averiguar. Las había salvado con pocos datos y ninguna noticia original. Necesitaba anticipar alguna noticia diferente para calmar al redactor jefe del periódico en Madrid. Cuando terminé de dictar la crónica, una vez más centrada en la descripción del ambiente que estaba viviendo, el taquígrafo me chivó algo así como que «en la redacción se quejan de que solo escribes de pobrecitos judíos y fieros alemanes. Ya sabes lo que es este periódico: quieren que cuentes lo que está pasando en la guerra y en ese Gobierno, en el que van a acabar a tiros entre ellos». Hizo una breve pausa y, con toda la cautela, me advirtió: «Dicen que es absurdo gastarse el dinero en un viaje tan caro para tener que publicar las noticias que ya cuentan las agencias».

Me quedé preocupado y desanimado. ¿Qué podría ocurrir más importante que las desgracias que estaban sufriendo tantos millares de personas? No tenía acceso a los centros donde se estaban tomando decisiones ni contaba con algún confidente que me filtrase algo inédito. Pero después de unos minutos de duda, decidí reaccionar: me acerqué a la Esplanade des Quinconces y, aprovechando un momento en que un gendarme parecía distraído, me colé entre las vallas improvisadas y caminé intentando pasar inadvertido entre todos los políticos o funcionarios que iban de un lado para otro, hasta unas oficinas que tenían la puerta abierta y, dentro, mucha actividad. Pregunté si había algún departamento de información, y un hombretón al que los pantalones se le descolgaban impúdicamente de su abultada barriga me respondió de forma áspera:

—¿Qué quiere saber?

Tuve en la punta de la lengua decirle que todo, pero opté por

ser más cauteloso. Le expliqué que era periodista español, que acababa de llegar, que...

—¿Tiene documentación? —me interrumpió.

Iba a sacar la credencial que me habían proporcionado en el periódico, pero instintivamente me vino a la mente lo inapropiado que podría resultar un carné con el yugo y las flechas.

—Sí, sí, claro —respondí—, pero lo dejé en el hotel. No tuve tiempo de abrir la maleta.

—Pues si es español, mejor vaya a hablar con los nazis. Ellos se lo contarán todo. —Y con una sonrisa sardónica prosiguió—: Pero tenga cuidado porque si le ven cara de judío, por muy español que sea, lo más probable es que lo encierren y lo manden a un campo del norte.

Decidí quedarme por la zona, observar y escuchar. Enseguida reconocí a otros tres o cuatro periodistas que se movían con cierta familiaridad entre los políticos y funcionarios en espera de alguna información sobre lo que estaba ocurriendo. Los ministros fueron llegando al palacio de Rohan, la sede del Ayuntamiento, donde sabían que les esperaba otra reunión tensa, incluso bronca. Ninguno quería hacer declaraciones. Caminaban a buen paso, ajenos al tumulto que se formaba a su alrededor.

Por unos instantes me encontré entre los colegas locales una cara conocida que, nada más verme, se alejó a buen paso como si huyese de algún peligro. Observé que intentaba ocultarse entre el grueso de la gente que permanecía alrededor de la plaza. Enseguida me vino a la memoria de quién se trataba: era uno de los dos extraños pasajeros que me habían pedido la identificación en el tren en que viajábamos desde Madrid.

Me dejó intrigado.

A las cuatro en punto los gendarmes nos alejaron del edificio donde tendría lugar la reunión. Intenté aprovechar para visitar la cercana catedral de San Andrés, que estaba dentro del perímetro acotado, pero las puertas estaban cerradas por miedo a que se produjeran disturbios. Alrededor de las siete se acercó al palacio de Rohan un elegante coche negro con matrícula militar seguido de otro con varios soldados armados a bordo que saltaron por los dos

lados y rodearon al anterior en menos tiempo que el que se tarda en contarlo. «Pétain, Pétain... Llega Pétain», gritaron algunos.

Apenas conseguí verlo. Cuando el ayudante le abrió la puerta, el mariscal descendió con solemnidad, miró brevemente a su alrededor y tras devolver el saludo con la mano en la visera del quepis al oficial que se había cuadrado al frente, caminó, erguido y con paso firme, hacia los portones de madera que se iban abriendo bajo las arcadas góticas de la sede provisional del Gobierno. «Los pondrá firmes a todos», comentó a mi lado uno de los colegas.

Aproveché para entablar conversación con aquel compañero de espera. Me presenté y se mostró cordial. Comentamos los acontecimientos que todos dábamos por seguro que se estaban precipitando en el interior. No fue necesario decirle que era español, me identificó por el acento. Trabajaba para la agencia Havas.

—¡Havas! —recuerdo que exclamé—. Cuando estudiaba historia del periodismo siempre aparecía el ingenio de los corresponsales locales de la agencia Havas, que habían resuelto la urgencia en el envío de las crónicas con palomas mensajeras.

Sonrió.

—Eso fue hace mucho. Pero todavía hay veteranos que lo recuerdan. Había un palomar en el tejado y los redactores tenían que subir de vez en cuando a retirar de las patas de las mensajeras los envoltorios con las noticias de los pueblos. En todas partes se nos conoce por eso. Hay quienes se ríen, pero fue un buen invento.

—Pétain —le corté cambiando de tema— estaba de embajador en España hasta hace unos días.

—Pues podía haberse quedado allí —respondió—, con Franco seguro que haría buenas migas.

—Eso se cuenta en Madrid. Franco admira su gesta de Verdún.

—Ya. Es nuestro héroe. Veremos ahora si repite lo de Verdún y frena a los alemanes. Yo creo que ya es demasiado tarde.

—En Madrid, donde los rumores en voz muy baja no descansan, se asegura que cuando fue a despedirse, Franco le recomendó que no se metiese en este lío. «Que lo resuelvan ellos»,

aseguran que le dijo. Pero él le respondió que no eran los políticos los que le llamaban, era la patria.

Conforme transcurrían las horas, crecía el nerviosismo en el ambiente. Los que salían del palacio rehuían hablar. Todo era muy confuso. Fue ya bien anochecido cuando trascendió que el presidente de la República, Albert Lebrun, partidario de cerrar un acuerdo de alto el fuego, acababa de aceptar la dimisión del jefe del Gobierno, Paul Reynaud. El mariscal Philippe Pétain había sido el encargado de asumir el poder ejecutivo y buscar una solución que evitase más derramamiento de sangre.

Era la gran noticia. Corrí como un desesperado a la oficina de teléfonos y pedí una conferencia con la redacción. Tuve suerte. Mis colegas seguían pendientes de más detalles para enviar sus informaciones. Apenas habían transcurrido diez minutos cuando me contestó a la llamada el jefe de la sección Internacional.

—Paul Reynaud ha dimitido y Pétain se encargará de... —Las palabras se me atragantaban por los nervios.

—Ya lo hemos recibido por Reuters —me cortó malhumorado —. La próxima vez tienes que ir más rápido.

Y colgó. Caminé hasta el hotel hundido moralmente. En la recepción me entregaron un telegrama. Pensé por un instante que era la orden de regresar a Madrid inmediatamente. Lo abrí con manos temblorosas, y apenas decía: «Tenlo en cuenta». Luego añadía entrecomillado un despacho de la agencia EFE anunciando que el Caudillo había cambiado la posición de España en la guerra. De neutral pasaba a convertirse en no beligerante.

La verdad es que no encontraba la diferencia ni qué podría significar aquello para mi trabajo. Hasta ese momento no había escrito nada que afectase a la posición de España. Me senté en una butaca raída del saloncito. Me sacó del abatimiento el ruido estremecedor de una escuadrilla de bombarderos de la Luftwaffe en vuelo rasante sobre el centro de la ciudad. Y cuando salí a la calle en un intento siempre difícil por encontrar dónde comer algo, Guillermo me detuvo para anunciarme que Reynaud acababa de ser detenido.

—¿Por los alemanes? —pregunté instintivamente.

—Yo creo que por los de Pétain.

No me pareció una fuente solvente. La rumorología era permanente y contradictoria. Mi especial preocupación era no contar nada que no estuviese bien fundamentado. Si algo de lo que escriba se desmiente, me crucifican, pensé.

—¡Ah! —añadió Guillermo tras atender la consulta de un cliente—. Ya hay cónsul de España. Se llama Eduardo no sé qué Callejón. Ya tiene Franco a un esbirro que le mantenga al tanto de lo que les espera a los refugiados españoles. —Asintió con la cabeza sus propias palabras y agregó—: ¡Lo que nos espera!

IX

Aristides de Sousa Mendes, el cónsul general de Portugal en Aquitania, se despertó sobresaltado poco antes de las cuatro de la madrugada. Había estado soñando que los alemanes habían ocupado la Península Ibérica, entrado en su pueblo y desalojado su palacio familiar, la Casa do Passal, para instalar el cuartel general de la Wehrmacht. Acababa de salir de una crisis que le había mantenido dos días en la cama y acusaba la debilidad de haber estado sin comer.

Su mujer, Angelina, empezaba a estar preocupada porque ya antes del desmayo llevaba más de una semana malhumorado, había perdido su jovialidad habitual; de pronto se irritaba y enseguida se hundía en un abatimiento que le mantenía paralizado con las manos sobre las rodillas y los ojos entrecerrados. Al atardecer pareció recuperarse, aunque no quiso cenar nada, y se entretuvo un rato conversando con el rabino, lo que pareció animarle.

A las siete se levantó para ir a misa (en ayunas para poder comulgar), como el matrimonio hacía todos los domingos y muchos días laborables, en la iglesia del barrio de Saint-Pierre, donde tenían un amigo sacerdote con el que confesaban y colaboraban en algunas iniciativas pastorales. Al regresar a casa, Aristides y Angelina se acercaron a la estación del tren para percibir el ambiente que reinaba allí, y se fijaron en un hombre rubio que parecía esperar junto a su mujer, tres niños de diferentes edades y un cuarto en brazos de su madre. Cuando Angelina, que tenía mucha experiencia de tratar con pequeños, hizo un gesto de cariño al bebé que lloriqueaba, el hombre se dirigió al cónsul y le preguntó abiertamente cómo podrían salir del país. Llevaban tres noches durmiendo en un banco de la estación y ya habían

descartado poder coger un tren para marcharse a donde fuera. Se le veía angustiado y tembloroso al hablar.

Aristides escuchaba y movía la cabeza.

—Hemos estado hablando con una persona que organiza huidas por la frontera con España, pero cuando vio al bebé, se echó atrás porque era mucho riesgo. Creo que tenía razón. —Hizo una pausa y agregó—: Lo que ocurre es que estamos desesperados. Nos queda un poco de dinero para subsistir, pero ayer no encontramos leche y no sé a dónde acudir para comprarla.

—Intentarlo a pie es muy arriesgado —reconoció el cónsul—. La frontera española está cerrada a cal y canto para los que no llevan visado, y cruzar por las montañas es una temeridad. Algunos pasadores, como se conoce a los guías, son buenas personas, pero también hay desaprensivos que te dejan abandonado y se llevan el dinero. Yo soy el cónsul de Portugal, y tengo prohibido conceder visados para ir a mi país. Además, para llegar a Portugal por vía terrestre hay que pasar por España.

—¿Y la alternativa marítima, en barco? —preguntó el desconocido.

—Algunos lo intentan, pero en la costa están los submarinos italianos que ya han hundido varias embarcaciones cargadas de refugiados, y los ingleses no tienen reparo en negar el permiso para desembarcar y sus patrulleras los devuelven para acá.

—Mi nombre es Arnold Wiznitzer —se presentó—. Somos judíos alemanes y si caemos en manos de las SS, seguro que nos dividen y envían por separado a los campos que tienen en diferentes países. Tampoco hemos encontrado un alojamiento. ¿Conocen alguna casa que admita huéspedes?

—Sé que las hay. Pero no siempre son de confianza.

Angelina, que no hablaba alemán, escuchaba en silencio cogida del brazo de su marido. Al despedirse, volvió a acariciar al bebé, que la contemplaba con los ojos muy abiertos. Aristides tendió sonriente la mano a la pareja lamentando no poder ayudarles. Antes de abandonar el recinto, los dos se detuvieron un instante, cruzaron la mirada e impulsivamente se dieron la vuelta. No necesitaban hablar. Regresaron hasta donde se hallaba la

familia. En el trayecto, Angelina comentó:

—Ya tenemos en casa al rabino Kruger y su familia. A ver cómo nos arreglamos. Podríamos alojarlos en el cuarto de los muebles viejos haciendo un hueco.

—Como les dije, soy el cónsul de Portugal —les abordó de nuevo Aristides cuando iban a cambiar de andén—. Y no puedo garantizarles nada. Consultaré al ministerio en Lisboa. Mientras tanto, les invitamos a que vengan con nosotros y esperen en nuestra residencia. No podemos ofrecerles comodidad, pero sí un techo y protección diplomática.

La pareja, que luchaba por que los niños no se perdieran en el barullo, se quedó sin capacidad de reaccionar. Cuando el marido le repitió las palabras del cónsul a su pareja y esta miró a los ojos de Angelina, rompió a llorar. Les costaba entender la suerte momentánea que estaban teniendo.

Sorteando a la gente que fluía por las calzadas, apenas con tráfico, camino del consulado, les abordó un portugués, residente en Burdeos desde hacía años. Ya era conocido por Aristides y Angelina. Trabajaba como enólogo en una de las mejores bodegas de la región. Se saludaron, contempló un momento a los acompañantes desconocidos y espetó al cónsul:

—Tengo miedo, señor Sousa.

—¿Por algo concreto? Portugal es neutral, los portugueses no estamos amenazados.

—No sé —respondió moviendo la cabeza—. Yo creo que estos son de los que disparan antes de preguntar. Anteayer se presentaron en la bodega cuatro energúmenos nazis y nos amenazaron a los empleados con detenernos si ocultábamos algún judío. Se ve que alguien les había dado un chivatazo porque, efectivamente, trabajaba uno en la administración. Aunque estábamos asustados, nadie le delató. En cuanto él se enteró de lo ocurrido, escapó en coche con la mujer y la suegra en busca de un lugar más seguro. Su intención es llegar a la frontera suiza y pedir asilo.

—Tranquilízate, hombre. Si tienes algún problema, para eso está el consulado. Ya sabes dónde está. Es aquí cerca. Vienes para

acá y la bandera portuguesa te protegerá. No lo dudes.

Tras continuar su camino, Angelina preguntó:

—¿Este señor es el que nos mandó una caja de vino por Navidades?

—Sí. Es una buena persona. Pero ¿quieres creer que no me acuerdo de su nombre? Lo pasé muy mal sin poder presentarlo. Estoy perdiendo la memoria.

—¿Quedan muchos portugueses en Burdeos? Conocemos a muy pocos, ¿verdad?

—Dos familias judías con pasaporte portugués se marcharon la semana pasada. Estaban muy asustados y les actualizamos los documentos en un par de horas. También viven por aquí unos cuantos políticos: comunistas, socialistas, no sé... Entraron clandestinamente en barcos, camiones o como pudieron, huyendo del Estado Novo y de la persecución de la PVDE (Policía de Vigilancia y Defensa del Estado de Portugal). Esos no vienen al consulado, pero si alguno llega en busca de protección, la tendrá.

—¿Los *rotspaniers?* —preguntó Arnold, que escuchaba y hablaba un poco de español.

—No —respondió Sousa—, así se conoce a los exiliados españoles de la Guerra Civil. Son varios miles. Es terrible, escapan de Franco y van a caer en manos de Hitler.

Pedro Nuno de Sousa, el hijo del cónsul, se adelantó, en medio de las decenas de refugiados que esperaban ante las oficinas, a recibir a sus padres. Se quedó sorprendido al ver a los desconocidos acompañantes y, con voz temblorosa por el nerviosismo, dijo:

—Papá, Paul Reynaud, que ayer fue destituido como primer ministro, pasó la noche en prisión y se asegura que esta mañana partió para Estados Unidos. No es verdad que esté preso, aunque ya sabes... También hay quien dice que está huyendo en coche.

—Es el periodista de la familia —dijo el cónsul a su nuevo invitado señalando a su hijo—. Es el que está más al corriente de lo que ocurre.

—Lo mismo —prosiguió el muchacho— se asegura que el general De Gaulle está furioso y ha partido en avión para

Inglaterra. He hablado con compañeros de la universidad cuyos padres están al corriente de lo que pasa y me han dicho que está todo perdido. Las esperanzas de los optimistas es que los militares consigan resistir en las colonias. Allí son los militares franceses los que mantienen el poder.

Seabra, canciller del consulado, no se levantó de su asiento cuando entró el jefe. Parecía malhumorado y apenas se limitó a responder «buenos días» sin levantar la vista de los papeles que simulaba estar leyendo.

—¿Algo nuevo? —preguntó el cónsul rutinariamente.

—¿Le parece poco esa gente esperando ahí sin que nadie se encargue de alejarlos? Son como las garrapatas: no se sueltan. Las instrucciones del ministerio son claras: no hay visados para nadie. Solo faltaba que Lisboa se llene de gentuza sin oficio ni beneficio. Bastante trabajo tiene ya la PVDE con los hijos de puta que intentan provocar de nuevo la anarquía.

—Están sufriendo. Saben que en sus países y aquí mismo sus vidas penden de un hilo. Es un problema de humanidad. Me sorprende que usted hable así.

Pedro Nuno cogió del brazo a su padre y le arrastró hacia el despacho, donde presidía la bandera nacional y la fotografía del presidente de la república, el general António Óscar de Fragoso Carmona. En una repisa al lado, una reproducción del colorido Gallo de Barcelos, un símbolo internacional de la cultura popular portuguesa.

—Papá, Seabra es un déspota. Cuando abrió la puerta esta mañana se encaró con los que esperaban con una agresividad insólita. «No hay visados para nadie», gritaba enfurecido. Incluso hacía gestos amenazantes con las manos. Sentí verdadera vergüenza. No hay derecho a maltratar así a esta pobre gente. Es peor que los propios nazis.

En la mesa del despacho del cónsul alguien había dejado bien a la vista la circular del Ministerio de Negocios Extranjeros número catorce, por la que se prohibía a los cónsules conceder visados a extranjeros y muy especialmente a judíos. De Sousa Mendes, que todavía no estaba plenamente recuperado, no se molestó en leerla;

ya la conocía de memoria. Respiró enfurecido, la arrugó entre las manos y la arrojó a la papelera. «Haré lo que me salga de los cojones», murmuró para sí mismo.

X

Poco después de las siete de la tarde estalló una fuerte tormenta de verano. Solo los relámpagos iluminaban la ciudad, que se había quedado medio a oscuras. Los truenos se confundían con el estruendo de los aviones que pasaban rozando los tejados provocando el pánico entre la gente, que corría a refugiarse del diluvio de agua y bombas que se anticipaba. Las nubes que encapotaban el cielo apenas tardaron media hora en descargar. Algunas calles se convirtieron en arroyos, muchos desagües estaban tapados y el ambiente, caluroso unas horas antes, se volvió húmedo y desagradable.

Guillermo, el portero del hotel, al verme saltó de debajo de la marquesina donde se resguardaba, miró a los dos lados de la plazuela desierta y me espetó:

—Está ahí. Acaba de llegar...

—¿Quién? ¿Pétain? —pregunté en broma.

—¡Ja, ja, ja...! No, hombre: el nuevo cónsul de España. Se llama Eduardo Propper de Callejón. Parece simpático. Me saludó en francés, claro. Le estaba esperando don Aristides, el cónsul de Portugal. Están reunidos en una mesa al fondo del café. Puede entrar y verlos.

Los dos cónsules estaban sentados uno enfrente del otro. Ambos vestían traje oscuro y corbata. Un camarero que les estaba sirviendo una bebida que ni conseguí identificar, posiblemente un vermú, les hizo una suave reverencia y se retiró con la bandeja en alto. Me acerqué y me quedé escuchando. El local estaba abarrotado y el ruido me impedía oír bien.

—Ha sido un viaje muy pesado, sí. Sobre todo para la niña —decía el español—. Toda la noche parando, arrancando, entre un río de gente agotada que invadía la carretera. Estaba deseando

enviar a la Embajada un informe sobre aquella imagen que nos ha destrozado el ánimo. Fui al consulado y lo encontré cerrado. Ignoro por qué. El conductor conoce a algunos de los empleados y se ha encargado de localizarlos para que se reincorporen.

—¿Es pequeña tu hija?

—Sí, cuatro años. Se portó bien. Durmió bastante tiempo. Y ahora la pobrecita se encuentra sola, entre desconocidos, sin amiguitas, sin juguetes... Mi mujer ha salido un rato a ver si podía comprarle unas muñecas, algo para que se entretenga, y no encontró nada. Ya ves cómo están las cosas. Yo tengo que estar fuera y se pasa el día preguntando por mí. Mi mujer no se atreve a salir con ella, y lo entiendo.

—Ante cualquier problema —le atajó el portugués—, cuenta con nosotros. Somos casi los únicos que no hemos cerrado. Así es que tengo a centenares de refugiados haciendo guarda en la puerta en demanda de visado, y no puedo concedérselo. Me lo han prohibido desde Lisboa. Qué diferente se ven las cosas de lejos, ¿verdad? Es muy triste lo que está sucediendo y muy deprimente no poder hacer nada.

—Cuando pasé por delante de nuestro consulado no quise ni parar porque ni siquiera tenía la llave. Había delante unas cuantas personas. Yo he venido en mi condición de secretario de la Embajada, no sé si tengo la autoridad para extender visados —respondió Propper de Callejón—. Mañana iré a primera hora a instalarme allí y consultaré al embajador. Sospecho que no será posible. Yo no tengo experiencia consular. Creo que a algunos que detienen cruzando la frontera los llevan a campos en Aranda de Duero o Miranda de Ebro, no sé muy bien, y a algún otro sitio en Aragón y Cataluña.

—El trabajo consular es aburrido y monótono. Pero cuando se complica tienes que vértelas con la burocracia de ambos países, y puedes volverte tarumba.

—¿Llevas mucho tiempo en Burdeos?

—Un año. Antes estuve en Lovaina casi cinco. Soy un cónsul trashumante, podría decir. He estado en puestos en los cinco continentes. Tengo hijos nacidos en cinco países y ahora viviendo

en cuatro. Cuando vimos cómo se estaban poniendo las cosas, los mandamos a Portugal y a alguno a Brasil, a los Estados Unidos y a Canadá. Aquí se quedaron los mayores. Se empeñaron en que no querían dejarnos solos.

—¿Cuántos tienes?

Aristides de Sousa Mendes sonrió y respondió en actitud orgullosa:

—Catorce.

—¡Catorce! —exclamó Propper de Callejón.

—Así es. Catorce. Una niña murió y otra, Isabel, ya está casada. Los demás estudian. Aquí tengo dos estudiando Derecho.

—¿Siempre has estado en la actividad consular?

—Siempre. Somos dos hermanos gemelos. César, que está pasándolo muy mal en Polonia, y yo. Nuestro padre era el juez de Alcácer do Sal, en el centro de Portugal, y los dos estudiamos Derecho en Coímbra. Allí fuimos alumnos de Oliveira Salazar, el ahora primer ministro de Portugal, que entonces era el profesor más distinguido. Pero nunca tuvimos buena relación con él.

Hablaban en voz baja. Al fondo a la izquierda, Andrée Cibial, la pianista, interpretaba piezas de música clásica. Aristides de vez en cuando se giraba fugazmente en la silla y la contemplaba con disimulo un instante. En un intermedio, se acercó un cliente, se apoyó con los codos en el piano y conversó con ella unos minutos. Aristides observaba de soslayo la escena e intentaba ocultar cierto malestar.

—Salazar es una persona bastante difícil —prosiguió el portugués—. Nuestra familia siempre fue monárquica, mi padre se opuso a la implantación de la república, y tanto mi hermano César como yo nunca ocultamos nuestro deseo de que se restableciera la monarquía, que de hecho fue derribada tras el regicidio del año 1910 en un atentado contra el rey y el príncipe heredero en el centro de Lisboa.

—¿Salazar no es monárquico? —le interrumpió Propper de Callejón.

—¡No! Odia la monarquía. Fue el salvador de la república en plena debacle económica y política, y la asumió como algo propio.

En Coímbra se sabía que nosotros éramos monárquicos y lo decíamos. Y Salazar siempre nos tuvo bajo sospecha. Luego, ya en el régimen autoritario que impuso, si no obstaculizó nuestra carrera diplomática, desde luego nunca la vio con buenos ojos. Será que no le gustaba que fuésemos sus representantes en el mundo. Yo me he pasado la vida de consulado en consulado, desde los más alejados y modestos hasta los más importantes, eso sí, gracias a mi puesto en el escalafón, pero nunca permitió que se me nombrase embajador. Mi hermano ocupó varios puestos en el ministerio y finalmente le nombraron embajador en Varsovia cuando no quería ir nadie.

—Yo también soy monárquico. Coincidimos —afirmó el español—. Y también me ha dado problemas. Cuando se proclamó la República en España, en el año 31, pedí la baja en la carrera. No podía representar a un régimen político con el que no me identificaba.

—¡Qué casualidad!

—Ya. Estuve cinco años fuera. Cinco años perdidos. Me reincorporé cuando los nacionales crearon el primer Gobierno en Burgos. No soy falangista, ni siquiera franquista. Comprendo que el régimen ha devuelto el orden, pero confío en que la actual situación no se prolongue. Mientras estos bestias nazis controlen el mundo, imagino que Franco, como Mussolini o Salazar, continuará, pero en España seguro que se darán las condiciones nacionales e internacionales para que regrese el rey.

—A ver esto cómo acaba. Es imposible que el Reich pueda convertirse en el amo de toda Europa. Nos esperan momentos muy difíciles. Fíjate en la gente que está por ahí buscando la forma de huir. Todos quieren ir para Portugal o España, dos países donde tendrán muy difícil subsistir. Nuestras economías no ofrecen perspectivas muy tentadoras que se diga.

—Ya. Es terrible. A mí, viéndolos en la carretera caminando sin saber a dónde, escapando, eso sí, de una muerte probable, me entraban ganas de llorar. Uno siente la incapacidad de ayudarles.

—Esa es mi preocupación. Me atormenta la conciencia ver que no puedo hacer nada y me indigno con mi Gobierno por la

insensibilidad que demuestra. Ya sé que no tenemos capacidad para acogerlos, pero sí deberíamos ponerles a salvo de la amenaza que sufren.

El cónsul portugués pidió disculpas para ausentarse al servicio. Cuando regresó a la mesa, Propper de Callejón le preguntó:

—Y ¿cómo piensas resolver lo de los visados que piden todos los que hacen cola cada día frente a tu despacho?

—Tiene muy mala solución. Debo preguntar a Lisboa si me autorizan a extender cada uno y la respuesta, invariablemente, es negativa. Además, con malos modos. En el ministerio les molesta que defienda las solicitudes con argumentos humanitarios.

—Hombre, tan religioso como dicen que es Salazar...

—Sí, religioso para que vaya su amigo el cardenal Cerejeira a decirle la misa a su despacho en el palacio de Sao Bento por las mañanas. Pero a la hora de ejecutar las obras de misericordia, se olvida.

—Continúa llevando la cartera de Asuntos Exteriores, ¿verdad?

—En Portugal es de Negocios Extranjeros. Sí, sí, no la suelta. Y es el que decide hasta en los más mínimos detalles. El secretario general del ministerio no decide nada, todo se lo consulta. Luego, sí, es el que se encarga de responder siempre de forma escueta. Y tu Gobierno, ¿qué dice?

—No lo sé. Yo no tengo instrucciones de ningún tipo. He venido para seguir a un Gobierno que ya no existe y me he encontrado con personas necesitadas que quieren visados para ir a España. Como te he comentado, mañana pondré un telegrama al embajador preguntando qué debo hacer.

Justo en ese momento apareció por la puerta Pedro Nuno. Sorteó nervioso las mesas hasta llegar a donde conversaban los dos cónsules, apoyó la mano en el hombro de su padre y, con voz nerviosa, le dijo:

—Papá, papá, el mariscal Pétain ha anunciado la rendición...

Los dos cónsules dieron un salto en sus sillas y se aprestaron a escuchar al muchacho. Antes, Aristides se lo presentó al español:

—Es Pedro Nuno, uno de mis hijos. Creo que ya habéis hablado por teléfono. Es el primero que se entera de todo... —Y acarició orgulloso la barbilla de su hijo, que de inmediato siguió atropellando las palabras en su relato de la máxima actualidad—. ¿Seguro, Nuno? ¿No será otra mentira de tantas como difunden las radios alemanas?

—Seguro, papá. Es oficial. Lo anunció el propio Pétain.

—¡Qué situación! —exclamó Propper de Callejón.

—El mariscal —continuó Pedro Nuno— ha pedido al Führer negociar el final de las hostilidades. «Como hacen los soldados después de una batalla honrosa», se le ha escuchado decir por la radio. También calificó de «heroísmo digno» la actuación de las tropas francesas...

—Y ¿ahora? —preguntó Aristides.

—España ha sido encargada de la mediación. Ahora ambas partes van a proceder al nombramiento de sus plenipotenciarios. Los alemanes exigen el desarme completo de Francia —añadió Pedro Nuno.

—¿Sabías tú algo? —preguntó Aristides al español.

—Estas cosas nunca trascienden de ciertos círculos muy cerrados.

Y enseguida trató de desviar la conversación sobre un asunto del que no quería ni hablar ni mentir. Había tenido razón el embajador cuando le llamó con tanta urgencia.

—¿Qué va a pasar con toda esta gente que está refugiada aquí? —preguntó en tono preocupado el español—. En cualquier momento los alemanes tomarán el control total. Su principal objetivo ahora será la seguridad de la frontera atlántica. Les quedan los ingleses.

—Algunos aseguran que ayer estuvo Churchill aquí acompañado de un general, imagino que para reunirse con el presidente Lebrun y quizás con Pétain —añadió Pedro Nuno. Hizo una breve pausa para recuperar el aliento y continuó—: La agencia Havas dijo que todavía continúan los combates, que los alemanes ya están cerca de Lyon, y que en las últimas horas han capturado a más de cien mil prisioneros. En Berlín, en cambio, reina la euforia.

La radio ha estado diciendo que por fin Hitler ha hecho pagar a Francia la humillación de 1918 y que ahora Europa ya es libre, está unida y en paz. Valoran lo que está ocurriendo como el triunfo de la venganza.

—¿Entiendes alemán? —preguntó Propper de Callejón.

—Sí. Un poco. Lo que ocurre es que al escuchar las emisoras nazis se te encoge el alma. El desprecio a los demás es deplorable. A veces parece que quieren matarnos a todos para quedarse ellos solos defendiendo la pureza de su raza y la supremacía de su cultura. Su obsesión son los judíos. Pobre gente, la que les espera. Después de huir por toda Europa, van a caer aquí, de donde tienen tan difícil escaparse.

El camarero revoloteaba alrededor del grupo con la bandeja en la mano haciendo ademán de acercarse a recoger los vasos vacíos.

—¿Quieres tomar algo, Nuno? No te hemos invitado ni a sentarte. Perdona.

—No. Muchas gracias. No suelo beber.

Cuatro o cinco aplausos aislados cerraron la actuación de Andrée Cibial cuando se puso en pie. Aristides se volvió, pero su hijo le impedía verla. Ella se apartó despacio, como si estuviese esperando algo, y viendo que nadie se le acercaba a despedirla, cruzó unas palabras con el camarero y salió a buen paso. El cónsul portugués la vio de espaldas. Y dirigiéndose a su hijo le sorprendió con un recado insólito.

—¡Eh, Nuno! Busca entre los *brinquedos* (juguetes en portugués) de tus hermanas y mañana le llevas al señor Propper de Callejón los que estén mejor conservados. Debe de haber bastantes muñecas. Antes, que Fernandina los limpie y desinfecte bien. Son para su hija...

—Gracias —se apresuró a responder el español—. No os preocupéis. Bastante tenéis.

El detalle le había sorprendido y emocionado.

—Los niños son los que más pena dan en estas circunstancias —prosiguió Aristides—. Hay decenas por las calles perdidos, separados de sus padres. Los gendarmes intentan detenerles y salen

corriendo. Piensan que son alemanes y que los encerrarán. El miedo es muy contagioso. —Y continuó tras una breve pausa—: Tienes que venir una noche de estas a cenar a casa...

—Encantado. Pero no parece que sea buen momento para dar que hacer.

—Angelina, mi esposa, estará encantada de recibiros a ti y a tu mujer. Tenemos a dos familias judías, pero cenaremos solo los cuatro. ¿Os gusta el bacalao? A los españoles cuando van a Portugal les encanta. Espero que Angelina, que es muy previsora, tenga alguna reserva en la despensa. Y Fernandina, la empleada, lo prepara de maravilla.

—Contad con nosotros. Le diré Hélène, mi mujer, que lleve algo. Aunque no sé qué podrá encontrar.

—¡Noooo! Que no se moleste. Angelina y los chicos se encargarán. Y si no os gusta el bacalao, algo más habrá. Despreocupaos.

El camarero se acercó de nuevo.

—Tenemos que cerrar, don Aristides. Se están escuchando muchos ruidos en la calle. Debe de estar pasando algo.

Los dos cónsules forcejearon por pagar la consumición. Al final se impuso el portugués.

—Le cobro a don Aristides, que es de casa —comentó el camarero.

—El de casa y el más viejo, y el más antiguo —matizó De Sousa entre risas.

Se dieron la mano efusivamente. Y antes de irse, el portugués anticipó a Propper de Callejón que le enviaría algunas solicitudes de visado que necesitaban el tránsito por España, por si él podía hacer algo.

—Si es cuestión de una firma, ni espero respuesta. Aunque veremos qué me contestan. Intentaré que me autoricen a extender visados por lo menos en tránsito.

—Sería una suerte porque en la frontera portuguesa, si ven el *carimado* (sello en español), no van a prohibirles el paso.

Intenté presentarme, pero no hubo tiempo. Los dos mostraban prisa y el barullo de la calle era enorme. Centenares de refugiados

golpeaban la puerta a ver si se les podía dar algo de cenar y los camareros la cerraban de manera violenta.

Me quedé frustrado y apenado. Había perdido una oportunidad de entrevistar a los dos cónsules en activo que quedaban en la ciudad. Y yo seguía sin un buen contacto para obtener informaciones sobre lo que de verdad estaba ocurriendo.

XI

Era la tarde del bochorno nacional: el Führer, con actitud desafiante, se fotografiaba ante la Torre Eiffel en París. Al tiempo, en el puerto de la Luna de Burdeos desembarcaban las primeras unidades de marinos armados de la Kriegsmarine; los ministros franceses destituidos se escondían entre los refugiados buscando la forma de escapar en medio del caos, y en la ciudad, donde la avalancha de forasteros quintuplicaba la de habitantes, se imponía el plato único en las comidas.

Faltaban alimentos, escaseaban los primeros auxilios médicos, las farmacias se habían quedado sin existencias y en los estancos no quedaba ni un cigarrillo a la venta. Solo el excelente vino de la tierra continuaba al alcance de los que todavía podían pagarlo con unas monedas devaluadas cada minuto que transcurría. La falta de alimentos infantiles, que exasperaba a los padres, protagonizaba escenas dramáticas.

Entre las lamentaciones y la desesperanza se escuchaban conversaciones sobre el mensaje que el general De Gaulle, discrepante de lo que había resuelto el Gobierno, había dirigido a la nación desde Londres. Pero nadie parecía mostrar esperanza alguna en una solución rápida para una guerra que seguía sumando muertos, heridos y prisioneros. Los alemanes habían entrado en Francia para incorporarla al III Reich e imponer su autoridad. La radio de Berlín informaba que el botín de guerra que estaban consiguiendo sus tropas era fabuloso.

Los políticos nacionales, los miembros del nuevo Gobierno encabezado por el mariscal Pétain, los senadores y diputados que resistían en sus puestos debatían acaloradamente olvidando que ya nada podían arreglar. El mariscal escuchaba impasible desde su autoridad histórica dejando que sus adeptos, con el neonazi Pierre

Laval al frente, cerrasen algunos acuerdos que se volvían urgentes para afrontar el problema prioritario: el derramamiento de sangre.

En un determinado momento el mariscal, a pesar de estar imbuido de su responsabilidad histórica, dio un puñetazo en la mesa y amenazó con presentar la dimisión. Apenas habían transcurrido cinco horas desde su nombramiento. Nadie en aquella situación dramática parecía mostrar conciencia de la responsabilidad que estaban asumiendo ante la nación y ante los millones de seres humanos cuya suerte pendía de un hilo muy frágil.

Entre los políticos dispersos por toda la región existía la convicción, y lo comentaban en voz alta, de que Pétain impondría su tradición autoritaria al orgullo patriótico y acabaría entendiéndose bien con los nazis y la disciplina férrea que imponían. Fue el presidente Lebrun, en un último servicio contra el desquiciamiento reinante, el que convenció a Pétain para que asumiese también la Jefatura del Estado.

El mariscal dirigió un mensaje al pueblo francés justificando su decisión de pedir un armisticio para evitar mayores sufrimientos al pueblo. Hizo grandes elogios del espíritu y la valentía de las fuerzas armadas derrotadas y anunció que se había establecido contacto, a través de los buenos oficios del Gobierno español, con Hitler y que ambas partes procederían inmediatamente a nombrar a los plenipotenciarios encargados de negociar la rendición.

Muchas personas lloraban por las calles y su mezcla de decepción e indignación se sumaba a la tristeza de tantos desesperados que ya habían perdido toda esperanza de volver a recobrar una normalidad que les permitiese vivir en paz. Las iglesias estaban llenas de personas rezando y los establecimientos públicos, repletos de clientes buscando algo de cuanto necesitaban para subsistir, aunque solo fuese con el horizonte de un día más. Los soldados en retirada, todavía con sus uniformes desarrapados, completaban la imagen del final. Nadie acertaba a adivinar el final de qué ni el comienzo del cómo.

Las alternativas desesperadas eran escasas y prácticamente inalcanzables: acercarse al puerto e intentar embarcar sin destino

seguro, arriesgarse a cruzar la difícil frontera española o confiar en el milagro de un visado para poder escapar a los dos destinos soñados: España y Portugal.

XII

La noche estaba estrellada, la luna lucía en cuarto creciente, pero la temperatura era desagradable. De la tormenta de la tarde quedaban charcos en algunas calles y la gente se había retirado pronto. Apenas había tráfico y solo los refugiados sin alojamiento aguantaban a la intemperie durmiendo en los lugares más inverosímiles. Después de despedirse con un apretón de manos, Eduardo Propper de Callejón preguntó al camarero el camino mejor para llegar a su casa, y De Sousa no le dejó terminar.

—Te acompaño yo. No te preocupes.

—No, no. No hace falta —respondió el español—. Creo que sé llegar.

—Hay unas calles estrechas por el barrio de Saint-Pierre y de noche es fácil desorientarse. Todo está cerca. Esto no es París.

Caminaron unos minutos en silencio hasta la plaza des Grands Hommes y Aristides le mostró con el brazo la fachada del Grand Theatre, que se halla al fondo.

—Es un teatro estupendo porque ofrece muy buenas representaciones y una temporada de ópera espléndida. Merece la pena visitarlo. Claro que ahora... no está abierto ni para los visitantes.

La plaza estaba casi desierta. Apenas se cruzaron con dos hombres cargando una escalera de madera y una mujer que les miró con desconfianza y se apartó un poco hacia la derecha. En la base de una estatua que recordaba a un actor histórico, dormitaba un matrimonio de edad mediana y un hijo próximo a la adolescencia que se levantaba, se sentaba, parloteaba frases ininteligibles y hacía intentos de alejarse sin rumbo. El padre se levantaba a detenerlo, el chico se rebelaba, forcejeaban, hasta que conseguía acercarle de nuevo pidiéndole que se tumbase y

procurase dormir.

—¡Ufff! ¡Qué cosas hay que ver, Aristides! Con un hijo así y errantes sin saber hacia dónde dirigirse —comentó Propper de Callejón en tono compungido—. Qué dura es la vida para algunos.

Siguieron caminando en silencio por la calle de Sainte-Catherine hacia la Esplanade des Quinconces, donde se escuchaban voces, aunque no se acertaba a saber de quién. Al pasar ante una iglesia, Aristides se santiguó disimuladamente. Eduardo se percató y no dudó en preguntarle:

—Eres creyente, ¿verdad?

—Sí, sí... Por herencia familiar. En casa tenemos la costumbre de rezar el rosario.

—Yo también soy cristiano practicante. Lo mismo que mi mujer. Es judía conversa. Y Elenita está bautizada, claro.

—Católicos y monárquicos, ¡qué doble coincidencia! —recordó con satisfacción el cónsul portugués.

Enseguida se percataron del origen de los gritos, que cada vez se escuchaban más cerca. Un pelotón de soldados alemanes de las unidades desembarcadas por la mañana se estaba desplegando por la plaza. Los gendarmes y guardas de seguridad que se hallaban ante los edificios oficiales habían sido concentrados a empellones en un grupo y estaban siendo desarmados y registrados antes de hacerles entrar a una camioneta negra y sin cristales. Mientras tanto, varios hombres, presumiblemente colaboracionistas, colgaban banderolas con la esvástica subidos a las farolas y desde las ventanas del ayuntamiento.

—Ya está —dijo Propper de Callejón en tono derrotista.

—Para alegrar mañana el despertar de los que vienen huyendo del nazismo —apostilló el portugués—. ¿Sabes cuántos suicidios ha habido en tres días? ¡Diecisiete! Y no me extraña que sigan aumentando. Se tiran desde el puente, al paso de los trenes en las vías; uno se ha ahorcado en el puerto de la Luna. —Aristides aspiró hondo. Cuando recobró fuerza, prosiguió—: En las carreteras han recogido más de cien cadáveres, algunos niños, personas mayores muertas de agotamiento, atropellados... Algunos de los que vienen en coche, después de centenares de kilómetros,

acaban perdiendo el control del volante.

Estaban llegando a la plaza de la Bolsa, donde también se exhibían banderas del Reich en la fachada de la sede del mercado de valores.

—Ya estamos al lado. Ya veo el edificio donde nos estamos alojando —dijo el español—. Mañana si quieres nos hablamos. Yo voy a ir al consulado. A ver cómo me encuentro aquello y qué puedo hacer.

—Me asusta despertarme y ver por la ventana a la gente que espera el milagro de que empecemos a dar visados —reconoció Aristides antes de despedirse—. Me atormenta pensarlo. Es muy grave lo que se nos exige. Somos seres humanos, coño, tenemos conciencia.

—Desde los despachos de Madrid o Lisboa las cosas se ven de otra forma. Se han perdido los valores humanitarios. Se habla de la guerra como si fuese un deporte. Mañana consultaré con el embajador qué se puede hacer. Claro, que tan ocupado como está ejerciendo la mediación que tiene encomendada, igual no tiene tiempo de contestarme —apostilló Propper de Callejón.

—Ya —asintió De Sousa—. Hasta mañana, entonces. Ante cualquier problema, ya sabes dónde estoy. No dudes en llamar. Y queda pendiente la cena. Fijad vosotros la fecha.

—De acuerdo. Y gracias por acompañarme —se despidió el español.

En el camino hacia su residencia, Aristides de Sousa tropezó con familias y personas solitarias que intentaban pasar la noche entre la incomodidad y el insomnio. Cruzó algunas palabras con los que vio despiertos e intentó darles ánimos sabiendo que en esas circunstancias de poco servirían. No se quitaba de la cabeza a aquel muchacho con síndrome de Down que, incapaz de dormir, se alejaba de sus padres en el intento de moverse con la libertad que la situación no le permitía, que había visto por la mañana. Recordó instintivamente a su hija fallecida de pequeña y dio gracias mentalmente porque los trece restantes disfrutasen de buena salud.

Por dos veces intentó alejar de la cabeza una noticia que había leído hacía algunas semanas. La obsesión de Hitler y sus

secuaces por mantener pura la raza en los países que las tropas iban ocupando estimulaba a los ejecutores fanáticos de sus órdenes a asesinar a las personas con defectos físicos y discapacidades. En un instante se le nubló la mente y volvió a ver a aquel joven, ahora imaginándolo subiendo ingenuamente a un camión cerrado donde las SS metían a los condenados para asfixiarlos con gas en cuanto el vehículo se pusiera en marcha. Le imaginaba intentando respirar y pataleando, y pidiendo auxilio en el vacío entre los últimos estertores...

XIII

Las esperanzas puestas en un armisticio que devolviera la paz enseguida se diluyeron en la frustración que crearon los acuerdos establecidos entre los plenipotenciarios de ambos países. Los negociadores franceses apenas tuvieron oportunidad de hacerse oír y fijar algunas condiciones. La soberbia de sus enemigos, acrecentada por la victoria aplastante con las armas, se mostró hostil e intransigente en sus exigencias desde el primer momento.

Todo se desarrolló con mayor paciencia de la esperada. Los delegados franceses se habían fijado como prioritario parar la guerra y las matanzas que se estaban produciendo en los distintos frentes. El primer acuerdo fue el de la rendición y aceptación del desarme de sus tropas. Partiendo de esa premisa, se decidió dividir el territorio en dos: la llamada Zona Libre, al sur y al este, y la Zona Ocupada, al norte y al oeste, toda la franja atlántica hasta la frontera española.

La Zona Libre sería de alguna manera la continuación del Estado cuyo presidente, el mariscal Pétain, se mantendría en el cargo con el colaboracionista Françoise Darlan como primer ministro. El Gobierno instaló la capital en la ciudad balneario de Vichy, al sur de París. Mantenía bajo su jurisdicción un tercio del territorio nacional y la administración de las colonias en África y Asia. Su autonomía estaba supeditada al Reich.

La Zona Ocupada quedaba bajo control de la Wehrmacht. Las autoridades nazis asumirían en ella todo el poder ejecutivo y judicial. Los franceses que se encargarían de mantener el orden público no podrían pasar de doce mil, apenas dispondrían de armas para ejercer su autoridad y estarían supervisados permanentemente por oficiales nazis.

Hitler asistió apenas hora y media al acto de la firma del

armisticio que colmaba sus ambiciones: tener a la principal potencia europea bajo su autoridad. Acudió acompañado de los máximos gerifaltes del Reich: Göring, Hess y Ribbentrop. En una exigencia de revancha, el acto se desarrolló en el bosque de Campiègne, a bordo del mismo vagón de ferrocarril donde hacía veintidós años (en noviembre de 1918) Alemania había firmado su derrota en la Primera Guerra Mundial. Tras el breve momento de la firma, se ausentó sin despedirse.

Firmó por la parte francesa el general Charles Huntzinger, y por la parte alemana el general Wilhelm Keitel, jefe supremo de las Fuerzas Armadas de ocupación. Los acuerdos incluían varias cláusulas que humillaban más aún el orgullo francés: la moneda alemana sería la oficial, millón y medio de detenidos serían juzgados en consejos de guerra alemanes y lo más inquietante para los refugiados: debían ser entregados todos los que huyeran de los nazis.

Había sido un día agotador. Me despertó dos veces el ruido de los aviones. Cuando salí a la calle estaba lloviznando, caminé unas cuantas manzanas y no encontré dónde desayunar. Intuía que iban a producirse acontecimientos históricos y me sentía impotente para poder conocerlos a tiempo y contarlos en mi crónica. La Esplanade des Quinconces estaba desierta. La oficina que en las vísperas proporcionaba algo de información a la prensa estaba cerrada.

—Ellos se lo guisan y se lo comen —comentó despectivamente un colega que acababa de discutir con el gendarme que se mantenía de guardia. Me miró y añadió—: Tendremos que escribir del tiempo que hace. Solo las radios extranjeras cuentan algo. Los franceses es como si no existiésemos.

—Soy español —me presenté— y esto no me sorprende. O publicas lo que quieren los militares que ganaron la guerra o cuentas cómo los vecinos duermen en los tejados para librarse del calor.

—Aquí no tardaremos en tener a otro Franco encarcelando y fusilando... Ayer murieron a golpes dos jóvenes que se habían

negado a poner fotografías de Hitler en un centro deportivo.

—Y Pétain, ¿qué dice?

El compañero se encogió de hombros.

—Ya le hemos escuchado elogiando a los militares que no han conseguido mantener la dignidad. Hablan de patriotismo, pero ¿cuántos murieron defendiendo París? Pétain ha perdido su imagen heroica prestándose a firmar el armisticio. ¿Usted cree ese cuento de la Francia Libre? Mire lo que está ocurriendo aquí. Las embajadas en París han cerrado y aquí los consulados, también. Nadie quiere enfrentarse a los nazis.

Las noticias llegaban con cuentagotas a Burdeos y nunca eran del todo fiables. Los acontecimientos políticos importantes estaban produciéndose lejos. Todo discurría en secreto. Guillermo, el portero del hotel, parecía ser la persona mejor enterada. Intenté averiguar sus fuentes y concluí que eran del Partido Comunista, pero no me atrevía a preguntárselo.

Yo mantenía mi relación con el colega de Havas, que me anticipaba algunas informaciones triviales de ámbito muy regional. Aquel día él escribía un reportaje sobre los viñedos que se estaban dañando por falta de la atención que necesitaban en vísperas de la vendimia. Como tantos, él estaba asustado ante lo que les venía encima. Temía que la agencia para la que trabajaba cerrase en cualquier momento. Ya habían recibido amenazas de grupos de colaboracionistas que se estaban haciendo con el control de las instituciones y entrometiéndose en todo tipo de empresas para exigir adhesión a los nazis.

—O cuelgas una esvástica en el balcón o vienen a detenerte —me decía.

Entré en la central de teléfonos y husmeé por allí lo que dictaban otros corresponsales a sus redacciones. Apenas algunos contaban algo sustancioso.

Varios colaboracionistas que no podían ocultar su euforia comentaban a voces lo que estaba ocurriendo en Campiègne con sus cofrades: más o menos lo que difundían las radios inglesas y suizas, pero aderezado con expresiones de victoria.

Era ya un poco tarde cuando escribí la crónica, y demoró

bastante la conferencia telefónica. Efectivamente, ya estaba en el límite del cierre de la sección Internacional. El taquígrafo que tenía que tomarla no disimulaba su malhumor.

—Vaya hora —me recriminó como saludo—. Ya tenía que estar en casa. Estáis por ahí tomando copas y os olvidáis de que otros tienen mujer e hijos. Será breve, ¿verdad?

—Normal —respondí tímidamente. Estuve a punto de estallar y decirle que yo no tomaba copas y que ni siquiera había desayunado.

—Pues me ha dicho el redactor jefe que después te pase con él. Quiere hablar contigo. Ayer se quejaba de que no te enteras de la misa la media. Creo que están arrepentidos de haberte mandado.

Contra lo que me temía, el redactor jefe me saludó con más cordialidad de la ordinaria.

—Buenas noticias, ¿eh? Eso es lo que necesitamos los periodistas. ¡Hey, Hitler!

Enseguida intuí que había tomado alguna copa de más para celebrarlo. Estaba encantado por lo que estaba ocurriendo. Pétain le entusiasmaba. Era amigo de Franco y habían visitado juntos el Alcázar de Toledo.

—Ya ves que todo va muy bien. Los franchutes pueden ir olvidándose de Napoleón, Robespierre, la *grandeur* y la madre que los parió. Ahora ya tienes temas para buenas crónicas. Aprovecha. Es tu momento... Los alemanes son otra cosa... ¿Quedan muchos judíos por ahí sueltos? Hitler va a darles para el pelo.

Cuando regresé al hotel, sin creerme que no me hubiesen mandado regresar a Madrid en el acto, me sorprendió no ver a Guillermo a la entrada deseando como siempre contar algo nuevo y averiguar algo más. En la recepción me esperaban para recordarme que era el último día que tenía pagado y que si quería continuar en aquella pocilga, tendría que adelantar otra semana. Había muchos esperando para ocupar la habitación. Y, si quería quedarme, el precio sería más alto, en torno al diez por ciento.

—Tiene que decidirse pronto. Los soldados alemanes están desalojando algunos hoteles para ocuparlos ellos. Este debe de ser modesto para sus pretensiones, pero si le toca, tendrá que salir al

vuelo antes de que esos energúmenos le saquen a rastras.

Nos interrumpió otro empleado que escuchaba la conversación.

—El jefe de mantenimiento está viendo la manera de colocar la bandera nazi en lugar bien visible. Usted debería ponerse una insignia con la cruz gamada en la solapa. Por seguridad. Otros periodistas la llevan. Usted además tiene aspecto de judío..., perdone, sin ánimo de molestar, por supuesto.

—Este es español —le aclaró el recepcionista—. A estos Hitler no les mete en la cárcel, les ayuda a ganar la guerra.

Me revolvió las tripas. Ya llevaba el yugo y las flechas en el carné profesional. Pero me callé prudentemente. Pagué lo que exigían.

—¿Conocerá usted a Franco, claro? —me preguntó el recepcionista como si intentase verme de mejor humor.

—No —respondí—. Nunca le he visto de cerca. Solo en algún acto público, a los que asiste mucha gente.

—Pues a mí me gusta. Sabe gobernar, no como estos parásitos que teníamos aquí. A ver si las cosas mejoran con los alemanes y nos libramos pronto de esta lacra de extraños que nos ha invadido.

XIV

Por la mañana, la primera imagen que Eduardo Propper de Callejón vio al bajarse del coche a la puerta del consulado de España fue una pintada que cruzaba la fachada del edificio de un extremo a otro con la frase: «Franquista, lameculos». Estaba garabateada con pintura negra. Encima mostraba una cruz gamada con el yugo y las flechas colgando.

Era reciente: la pintura, quizás del galipote que se emplea para el firme de las carreteras, aún estaba húmeda. De las letras caían chorretones pared abajo y la caligrafía había sido claramente improvisada. Los autores se notaba que habían salido corriendo sin terminar porque dejaron en el suelo el caldero con restos de pintura y la brocha dentro.

Sebastián, el conserje recién incorporado, estaba desolado contemplando aquel destrozo. Era un hombre grueso, de edad avanzada y aspecto de persona responsable. Fue él quien unos días antes había organizado la limpieza de las oficinas y colocado trampas para los ratones que campaban por sus respetos en los despachos.

—¿Está viendo? Han sido los rojos. Y no sería la primera vez que atacan con piedras las ventanas.

—¿Por qué tenían cerrado estos días pasados? —preguntó el nuevo cónsul en funciones, como se le consideraba.

—No puedo decirle. Fueron cerrando todos los consulados. Lo decidió el jefe, el que estaba en el puesto. Los empleados tenían miedo.

Propper de Callejón consultó con la vista a Martín, el conductor, que se encogió de hombros reflejando impotencia.

—Borrarlo va a ser imposible —comentó—. Por lo menos habrá que intentar embarrarlo para que no se pueda leer lo que

dice.

Sebastián intervino para decir que él había probado inútilmente a limpiarlo.

—Está muy pegado. Lo intenté con una escoba mojada y jabón, pero nada. Es una pintura muy dura —comentó en su frustración.

Dentro todo estaba desordenado. Los expedientes se amontonaban en el suelo, los cajones abiertos y las luces apagadas.

—Eso lo arreglo yo —se apresuró a decir Martín—. Lo primero es encontrar la caja de los fusibles.

Entre él y Sebastián, que temblaba viéndole cortar y enlazar cables entre chisporroteos, lograron encender las luces de nuevo. El cónsul, mientras tanto, intentaba revisar los papeles que estaban dentro de una carpeta recubierta de papel secante sobre su mesa. Sebastián le explicó que sabía dónde vivía un joven muy avispado que había trabajado una temporada en el consulado y ahora estaba en su casa sin hacer nada.

—Llámelo a ver si quiere volver. Necesitaré a alguien que me ayude con la burocracia. ¿Sabe escribir a máquina?

—Sí, señor. Muy bien. Sin mirar el teclado.

En ese momento timbró el teléfono que estaba encima de una mesa suplementaria compartiendo el espacio con una lámpara y una estatuilla de Cervantes. Nadie se había fijado en el aparato. Los tres daban por supuesto que la línea estaría cortada o estropeada. Era el cónsul general de Portugal.

—¡Aristides! —respondió Propper de Callejón—. No sabes lo que me encontré esta mañana como saludo de bienvenida: la fachada pintarrajeada con la frase «Franquista, lameculos».

Con el teléfono en la oreja recorrió con la vista las paredes del despacho. En un lugar preferente colgaban las fotografías de Franco y José Antonio. Entonces recordó que lo primero que debería haber hecho era izar la bandera de España. Pero enseguida comprendió que sería mejor esperar a no empañarla con aquella barrabasada que degradaba la entrada de la representación diplomática.

—Seguramente es obra de los *rotspaniers*, los exiliados

españoles de la Guerra Civil. Están muy activos —apuntó De Sousa —. Veré a ver qué se puede hacer. ¿Tienes gente esperando?

—Unos cuantos. Están dando vueltas. No sé muy bien si son refugiados o curiosos ante esta imagen escandalosa que ofrece el consulado.

Eduardo Propper aprovechó que funcionaba el teléfono para informar verbalmente a la Embajada en París del suceso. El embajador, José Félix de Lequerica, estaba muy ocupado en su función de mediador, pero después de una larga espera atendió brevemente la llamada del que seguía siendo su segundo en la representación. Estaba nervioso y se notaba que intentaba abreviar la conversación.

—Hay un problema —apuntó el cónsul—. Tengo ahí fuera a varias personas que desean un visado para ir a España o para cruzar camino de Portugal. El conserje me ha dicho que algunos son sefardíes y reivindican el derecho a regresar... ¿Qué hago?

—Sobre este particular no hemos recibido nada. Supongo que en Madrid no estarán por la labor. El país no está para cargarse con más compromisos.

—Son situaciones muy dramáticas —insistió Propper—. Una cosa es contarlo y otra verlo. Son decenas y decenas de personas amenazadas. Se te cae el alma a los pies viendo que no puedes ayudarlas. Hay muchas personalidades extranjeras con las que España tiene deudas...

—Te entiendo. Solo puedo decirte una cosa: actúa conforme a tu criterio. Más no te puedo decir. La burocracia y la conciencia no siempre están de acuerdo.

Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando se detuvo ante el consulado un coche de gran tamaño con el banderín de la representación de Portugal. Aristides de Sousa Mendes saltó del vehículo sin esperar a que el conductor le abriera la puerta. Detrás salió su hijo José António. Los dos se quedaron un momento mirando la pintada de la fachada. Alertado por el conserje, Propper de Callejón salió a la puerta a recibirles.

—Ya lo hemos visto. Hemos llamado a un pintor que ha hecho trabajos en nuestra casa. Es de confianza. Nos dijo que

vendrá enseguida a echar un vistazo y ver qué se puede hacer. Sin compromiso, por supuesto.

—Gracias, Aristides, siéntate un rato. Acabo de hablar con el embajador, le he preguntado por los visados y me ha dicho que siguiera mi criterio. Me dejó como estaba. Es evidente que mi criterio no es el de los jefes en Madrid, pero empieza a traerme sin cuidado.

—De eso te quería hablar yo en privado. Anoche no conseguí dormir. No me quitaba de la cabeza al chico discapacitado que vimos en la plaza. En Alemania están asesinando a inválidos y deficientes. Estos nazis son criminales por naturaleza.

—¡Qué horror! También yo lo he oído. La barbaridad de querer imponer la raza aria... Si no eres de tez blanca, no tienes derecho vivir.

—Esta mañana, además, mi hijo Nuno escuchó en la radio que el armisticio incluye una cláusula que obliga a los franceses a denunciar a los que huyen de los nazis.

—Aquí tendrán que detener a doscientos o trescientos mil. Los primeros, los judíos... Los tienen sentenciados. Es verdadera fobia.

—A mí esto me ha hecho meditar toda la noche. Y cuando me levanté me di cuenta de que yo no puedo permanecer pasivo ante tanta desgracia. Ya sé que tengo la obligación de cumplir las instrucciones y que, si no lo hago, me arriesgo a perder el puesto y la forma de vida de mi familia. Pero por encima de todo están las personas, sean quienes sean. Mi conciencia no me perdonaría nunca que por salvar el cargo algunos seres humanos paguen con sus vidas. Ser cónsul, embajador, ministro o lo que sea no justifica ese precio moral.

—Te entiendo muy bien, Aristides. Esta no es una cuestión administrativa. Es un problema de humanidad y conciencia —respondió Propper de Callejón.

—Así que yo he decidido acabar de una vez por todas con esta cobardía que me tiene maniatado. Hoy mismo empezaré a dar visados a cuantos lo soliciten. Como no puedo contar con el canciller, que seguramente ya me estará denunciando, está mi hijo haciendo los trámites para que cuando regrese al despacho pueda

firmar los primeros. No me importa lo que pase después. Esta noche voy a dormir, te lo aseguro.

Propper de Callejón, que había escuchado sin pestañear a su colega, se quedó pensando unos instantes.

—Te comprendo. Haré lo mismo mientras pueda. Están contactando a un oficial para que venga a ayudarme y hoy mismo extenderé los primeros visados a quienes se acerquen a pedirlos.

—Los míos serán para entrar en Portugal, lógicamente. Pero solo pueden hacerlo a través de España. Por eso podríamos ponernos de acuerdo y concederles a los míos un visado de tránsito español para Portugal. Será una forma de asegurar que puedan pasar las dos fronteras.

—Es una buena idea. Tú expides visado para Portugal y yo de tránsito. Así los que quieran quedarse en España podrán hacerlo, de forma ilegal, claro, pero ya en un territorio desde el que no van a poder devolverlos. Los alemanes que controlarán las fronteras francesas no les permitirán regresar, supongo.

—Todo es complejo. Tampoco sabemos lo que harán con ellos. En España los detienen, pero hasta donde yo sé los tienen retenidos hasta que se cansan. No fusilaron a ninguno. Al parecer, depende mucho de los gobernadores civiles. Los hay más duros con ellos cuando los capturan.

—Temen a la Guardia Civil, me cuentan. Son los que patrullan por la montaña. Algunos son crueles con ellos, pero hay otros más comprensivos; les dan comida y los tratan bien. El tricornio asusta, pero los guardias también son humanos. No parece que hayan matado a nadie.

—No, pero alguno de los que cruzan sí ha muerto despeñado. Es un terreno muy difícil. Arriesgarse es una temeridad, es bueno advertírselo.

Sebastián llamó con los nudillos, entreabrió la puerta y en voz muy baja, como evitando molestar, alertó:

—Don Eduardo. Está aquí el pintor. Viene con un hijo del señor Sousa.

Aristides se puso de pie y se adelantó a presentarle. El pintor parecía de pocas palabras. Echó un vistazo rápido y enseguida

sentenció:

—Borrarlo es imposible. La única solución es pintar toda la fachada de blanco, como estaba. Creo que encontraremos pintura. Llevará dos días hasta que se seque.

—De acuerdo. Adelante. Cuanto antes, mejor. Si puede ser, mañana mismo —ordenó el cónsul español.

—Os dejo —se despidió De Sousa subiendo ya a su auto. Cuando estaba a bordo, antes de arrancar, bajó el cristal de la ventanilla, hizo señas a Eduardo para que se acercase y le susurró al oído que si tenían problemas para afrontar el gasto se lo dijese —. Me hago cargo yo de la factura y después arreglamos.

—La verdad es que no le he pedido presupuesto. Pero pagarle no será problema. Pediremos a la Embajada que nos envíen fondos porque seguro que nos harán falta para otras cosas. Esta mañana adelanté un poco de mi bolsillo a Sebastián. Llevaba muchos días sin cobrar.

De nuevo en el despacho, el cónsul se sentó, miró otra vez las fotografías de Franco vestido de militar y José Antonio con la camisa azul, y sintió que su vida se perdía en el vacío. Recordó a su hija, que le estaría esperando con Bijou entre los brazos, y por unos instantes pensó en dejarlo todo en las manos de Dios. Apoyó los codos en la mesa, se sujetó la barbilla con las manos entrelazadas y se sumió en las profundidades de su propia confusión. Le sacó de aquel estado Sebastián, el conserje:

—Don Eduardo, ya tiene a unos «clientes». Hay un matrimonio con dos niños pidiendo un visado. ¿Les digo que no se conceden?

—Sí, claro —respondió—. Aunque la verdad es que no sé el procedimiento que hay que seguir. Hágalos pasar. Veremos qué se puede hacer.

—Cuide que no sean comunistas. Su antecesor eso lo miraba mucho.

Era una familia sefardí que ya había llamado a la puerta cerrada otras veces. Él se llamaba Jonah. Venían de Holanda, donde tenían un pequeño taller de ebanistería en un barrio de Ámsterdam. Los nazis habían detenido a varios familiares y ellos,

temiendo que les ocurriese lo mismo en cualquier momento, habían huido de madrugada.

—Allá, en la colonia judía, casi todos son askenazis —le explicó Jonah—. Nosotros éramos la excepción: somos sefardíes de origen español. Entre nosotros hablamos el ladino, ¿sabe lo que es?

—Claro —respondió el cónsul—. Y, ¿a dónde quieren ir? Esto está complicado.

—A España. Salir de aquí cuanto antes. Por fortuna hemos encontrado alojamiento en una pensión. Pero la dueña tiene miedo. Enfrente de nuestra ventana han puesto una bandera que solo verla dan ganas de correr. Y nos ha dejado caer que no puede seguir teniéndonos en la casa. Los alemanes están buscando judíos por todas partes para mandarlos a los campos de concentración que están creando.

El cónsul buscó los impresos necesarios, se aseguró de que tenía en el cajón los sellos del consulado y se puso a tomar nota de los nombres del matrimonio y los hijos. Firmó, selló el pasaporte familiar y encargó al conserje que les indicase las posibles vías ferroviarias o por carretera que tenían para entrar en España.

—Don Eduardo... —escuchó que alguien le llamaba.

—Un momento —respondió mientras se despedía de los sefardíes.

Entregarles a aquellas personas atemorizadas el pasaporte que les permitiría escapar del riesgo le levantó el ánimo. Observó la cara de felicidad de los cuatro y sintió que se le contagiaba la alegría. ¡Qué poco cuesta hacer el bien! Había pasado de pronto de la depresión a la euforia.

Quien le esperaba a la puerta era Pedro Nuno, el hijo de su colega portugués. Traía envuelto un paquete con unas decenas de pasaportes de diferentes países y expedientes de visados para entrar en Portugal debidamente cumplimentados y firmados ya por Aristides de Sousa Mendes.

—Como verá —le explicó el joven—, están para que les incorpore el visado de tránsito por España. Me ha dicho mi padre que hay algunos de personalidades que seguramente conozca. Él los está firmando por el orden que les toca.

Propper de Callejón desató el paquete y desparramó por la mesa su contenido. Abrió el primero de los expedientes que se le vino a las manos y exclamó:

—¡Joder! —se le escapó. No solía decir tacos.

Observó la fotografía y se preguntó si estaría soñando. Era de la gran duquesa Charlotte de Luxemburgo, que incluía en la solicitud a varios familiares y un séquito de quince personas.

Acababa de llegar el ayudante que había localizado Sebastián. Se llamaba Enmanuel y su primer trabajo fue inscribir todos los nombres en el registro del consulado.

El segundo pasaporte era el de Helena Steen, viuda. Viajaba sola. Propper de Callejón firmó con ciertas dificultades. La pluma empezaba a fallar. Se había quedado sin tinta. Pidió a Sebastián que le trajese un tintero para recargarla. Pasado un buen rato el conserje entró con aspecto de frustración:

—No lo encuentro, señor cónsul. No debe de haber.

—Pues que Martín vaya rápido a comprar. Sin tinta no hacemos nada.

En la espera, con aquel motón de vidas aguardando su firma, el cónsul meditaba sobre la existencia y sus miserias: «Mira que un tintero pueda impedir que una persona se salve de una amenaza así...». Martín entró en el despacho con cara desolada. No había encontrado tinta por ningún sitio. En algunas papelerías no quedaba, otras estaban cerradas, y nadie sabía decirle dónde se podía comprar.

El cónsul escuchó e instintivamente llamó a De Sousa.

—Firmé dos —le dijo de entrada—, pero los demás los tengo en espera. Es ridículo lo que ocurre: no tenemos tinta. He mandado a comprarla y no hay en todo Burdeos. Necesito con urgencia cargar la pluma. Con lápiz no se puede firmar.

El cónsul portugués soltó una carcajada.

—Te lo cuentan y no lo crees. Lo que no consiguen Salazar ni Franco, lo hace la falta de tinta. Aquí hay. Te mando ahora mismo un frasco. Y de paso te envío algunos visados más.

—¡Qué rapidez!

—Sí, me están ayudando mi mujer y mis hijos. Con el

canciller no puedo contar. Tendrías que ver la cara que pone cada vez que ve entrar a un refugiado a cumplimentar los datos. Los judíos le dan asco solo de nombrarlos. Y cuando ve que no se les cobra nada, se lleva el dedo a la frente insinuando que estoy chiflado.

—¡Ah! Te iba a preguntar, ¿no les estás cobrando? Tengo entendido que hay unos derechos consulares, pero yo de eso no tengo ni idea. Por el que extendí esta mañana a unos holandeses no quise cobrarles nada. Se mostraron muy extrañados.

—Sí, es lo normal. De hecho, es lo que sustenta la economía de los consulados. Pero en estas circunstancias no cobramos a nadie ni aceptamos nada a cambio.

—Ya tengo esperando la tinta a otras dos familias. Todos son casos dramáticos.

—Te irán llegando en masa en cuanto se corra la voz.

—Por cierto —se interesó el español—, yo también necesitaré que firmes algunos míos para que puedan moverse con libertad por España. Me dicen que hay algunos que pretenden ir al sur para pasar a África o embarcarse para ir a Palestina. Y el visado portugués les protegerá.

Mientras hablaba con Aristides, llegó el conductor del consulado con dos frascos de tinta, una estilográfica nueva y algunos accesorios complementarios de escritorio.

Propper de Callejón cargó las estilográficas y comenzó a estampar firmas en los visados para entrar en España. Enseguida comprobó que la mayor parte eran apellidos judíos, casi todas familias modestas, pero también algunos nombres conocidos de la cultura, el arte, la ciencia y la política.

Hélène de Beauvoir... Pintora. Se fijó atentamente en este nombre. La había conocido en París y estuvo a punto de comprarle un cuadro. Le habría gustado saludarla, pero no podía detenerse con tantas personas conocidas. ¡Jean Gavin! El actor. No hacía mucho que había asistido a una de sus representaciones...

Le sacó del ensimismamiento el joven ayudante que atendía a los que iban llegando.

—Hay tres familias más esperando. Unos dicen que son

españoles, sefardíes.

—Que pasen, siempre por el orden de llegada. Atiéndeles a todos con amabilidad y pídeles disculpas por el retraso.

El siguiente era un judío alemán profesor de Filosofía. Viudo y con un hijo de catorce años. Los nazis le habían expulsado del colegio donde daba clases y prohibido entrar en la biblioteca del pueblo, y al niño habían sido los propios compañeros de clase los que le habían hecho la vida imposible. Ninguno quería sentarse a su lado ni jugar con él.

El cónsul español sabía que había otros esperando y lamentó tener que cortarle.

—Si se dan prisa, quizás puedan subirse al tren que sale para Madrid. Estará lleno, pero la gente se agarra a las puertas y aguanta colgando hasta que pasa la frontera.

Estaba cayendo la tarde y desde el consulado se escuchó muy cerca un bombardeo que se prolongó varios minutos. Con las luces apagadas, la ciudad se estaba llenando de sombras. En las calles céntricas cada vez era más elocuente la presencia de militares alemanes montando guardia en las esquinas y los edificios oficiales.

El cónsul español, una persona de una educación exquisita, se levantó para saludar a los siguientes visitantes. Se trataba de un matrimonio de unos treinta años, ella embaraza, y un niño de cuatro al que el padre no soltaba de la mano. Él se llamaba Jonah Abendano. Venían huyendo desde una localidad en la frontera belga y acababan de sufrir una situación escalofriante.

Sobre las once de la mañana les sorprendió una refriega entre un grupo de colaboracionistas ejerciendo de justicieros y varios refugiados judíos que hacían cola ante uno de los pocos restaurantes que estaban abiertos. La irrupción de una escuadrilla aérea que sobrevolaba desparramando panfletos de propaganda nazi provocó la dispersión entre gritos de pavor y carreras atropellándose unos a otros. Tres o cuatro personas quedaron tendidas en la calzada sin que nadie se preocupase de socorrerlas.

Jonah y su esposa, Esther, también salieron corriendo despavoridos en distintas direcciones. Cuando se reencontraron en

la parte trasera de un garaje, el susto se transformó en pánico: el niño no estaba ni con uno ni con el otro. En medio del tumulto se había perdido y nadie parecía haberle visto. Fueron unas horas angustiosas. Los padres recorrieron la zona donde habían estado. Algunas personas se sumaron a la búsqueda. En un determinado momento Esther se derrumbó y un médico, también judío alemán, la reconoció y la alertó en voz alta del peligro de abortar en que se encontraba. Una vecina de uno de los portales se adelantó a ofrecer su casa para que pudiera permanecer tumbada.

Todos los refugiados se despreocuparon unas horas de sus peligros para intentar localizar al niño, que parecía habérselo tragado la tierra. Curiosamente fueron otros dos niños mayores los que alertaron de su escondrijo. Estaba sentado entre los restos de un bombardeo, medio adormecido, con la cara hinchada de llorar. Cuando observó que alguien se acercaba a recogerle, se asustó e intentó salir corriendo hasta que escuchó la voz conocida de su padre y se abalanzó a sus brazos.

Eduardo Propper de Callejón escuchó el relato conteniendo la respiración y, en algunos momentos, las lágrimas. Le animó ver a la pareja feliz, dispuesta a afrontar el futuro en España con buen ánimo, aunque el niño seguía encogido por el susto. Lamentó no tener nada para ofrecerles y, sin dudarlo, les extendió el visado para que pudiesen reanudar su normalidad vital.

—Volveremos a los tiempos errantes de nuestros pasados —comentó Jonah con el pasaporte recién sellado entre las manos. Miró al vientre de su mujer, que aún parecía alejada de la realidad, y dijo—: Tendremos un hijo español. Ese era el sueño de mi abuelo.

El cónsul los acompañó a la salida. Todavía aguardaban dos personas en la penumbra. Sebastián le pidió licencia para marcharse.

—Usted también tendría que irse, don Eduardo. Debe de estar agotado. Y mañana va a ser un día muy duro. Vendré a las ocho, ¿le parece bien?

—Muy bien, pero voy a recibir a los últimos que me parece que quedan. Hágalos pasar y entreténgales un momento. Yo voy al

baño. No lo he pisado en todo el día.

A la vuelta, le esperaba otra sorpresa.

—Soy Salvador Dalí —se presentó el hombre que se cubría con un sombrero estrambótico de colores—, ella es Gala, mi mujer.

Propper de Callejón se quedó paralizado. No conocía a Dalí en persona, solo su obra y fama, pero en cuanto le miró de frente, los bigotes le resultaron inconfundibles.

—Es un honor poder atenderles. Soy su admirador. ¿Cómo puedo serles útil?

—Facilitándonos volver a España. Vinimos aquí hace dos días, pero estaba cerrado. Nos han enviado del consulado de Portugal. Ellos nos han hecho un visado para Lisboa. Pero nosotros queremos uno para España. Los nazis nos amenazan. Mi mujer es rusa y en cuanto la localicen, seguro que la detienen. Y a mí, también. Hitler me odia, odia mi pintura, lo mínimo que ha dicho es que son barrabasadas.

Revisó en el montón de visados para la firma que tenía delante y enseguida encontró el 2.519, a nombre de Salvador Dalí, y el 2.520, de Gala.

Conversaron un rato y el cónsul lamentó estar viviendo como invitado en una casa de amigos, porque le hubiese gustado invitarlos a cenar. Mientras hablaban, Dalí tomó la pluma sin estrenar que De Sousa había dejado junto con la tinta y casi de refilón, sin levantar la vista, trazó unas líneas en el reverso de un papel que estaba sobre la mesa. Se despidieron satisfechos. Dalí preguntó cuánto había que pagar y se sorprendió al escuchar que nada. Era la primera vez que algún trámite oficial español le salía gratis. Ya de pie contaron que dejarían el hotel aquella misma noche y cogerían un coche que les llevara hasta la frontera.

Después, el cónsul continuó firmando visados casi sin mirar. El ayudante casi no seguía su ritmo anotando en el registro.

—¿Y esto, don Eduardo? —le preguntó.

Mezclada entre los pasaportes asomaba una hoja algo raída con unos dibujos hechos con tinta aún reciente. Propper de Callejón se quedó mirando sin comprender nada. De pronto se le iluminó la mirada, recordó el bigote revirado del pintor universal y

guardó el papel con todo el cuidado de no arrugarlo en el bolsillo interior de la chaqueta.

XV

Al día siguiente, medio centenar de personas estaban en cola ante las puertas del consulado de España entreteniendo la espera viendo cómo los pintores, encaramados en un andamio improvisado, devolvían a la fachada su tradicional color blanco. El conserje los hacía pasar por riguroso orden al despacho donde Propper de Callejón, en sus funciones de nuevo cónsul, firmaba visados prácticamente sin levantar la vista.

Entre la salida de un demandante y la entrada de otro, rubricaba los visados de tránsito que cada dos horas le iban trayendo ya rellenados del consulado portugués. Sudaba a raudales, según me contó su chófer, que debía rellenarle continuamente la jarra de agua que tenía sobre la mesa.

—Está agotado —me dijo el conductor cuando le expresé mi deseo de verle—. Si se trata solo de una visita de cortesía, mejor espera a la tarde, que esto ya se habrá despejado un poco.

Era la primera instrucción que me había dado el director del periódico. Y lo había intentado dos veces, pero encontré el consulado cerrado en dos ocasiones y ya había desistido. Era preceptivo inscribirse en el registro consular de transeúntes, sobre todo tratándose de un país en conflicto, pero preocupado por enterarme de lo que estaba ocurriendo, me había olvidado.

—Quédese tranquilo —continuó el chófer—. Dudo que don Eduardo sepa dónde está el libro del registro de transeúntes. ¿Quién va a venir ahora a inscribirse? Hace un rato estuvieron los príncipes Francisco, María Isabel y María Antonia de Borbón y Parma. Les recibí yo —me contó con orgullo—. Unas personas muy sencillas. Es curioso, los ves en las recepciones oficiales, que parecen recién caídos del cielo, y luego descubres que son personas normales. Don Eduardo se disculpó por no poder atenderlos

debidamente. Y ellos le dieron las gracias varias veces. Enmanuel, el nuevo ayudante, temblaba cuando anotaba sus nombres. Impresiona conocer a gente tan importante de cerca.

En la fila había personas de todas las edades. Predominaban las familias con hijos. Cuando izaron la bandera española en una ventana, varios aplaudieron. Me llamó la atención una mujer de edad avanzada que se sostenía en dos muletas ayudada por su marido. Sebastián, el conserje, al verla sacó una silla y le ofreció sentarse mientras durase la espera. Ella se negó alegando que no quería perder su turno y otros compañeros de fila enseguida la animaron con la promesa de que respetarían el puesto.

Al marcharme observé que vigilando la cola estaba una cara ya bien conocida: se trataba de uno de los esquivos pasajeros con los que había compartido el viaje en tren desde Madrid. Soy pésimo fisonomista y cuando observó que le estaba mirando para asegurarme de que era él, se dio la vuelta, simuló que intentaba recoger algo que se le había caído al suelo y se marchó sin volver la vista atrás.

Regresé al hotel a ver si tenía suerte y todavía me tocaba el plato único del día porque el desorden de mis comidas era total. En los dos últimos días apenas había conseguido un bocadillo de mortadela con el pan muy duro y unas manzanas que vendían en un mercadillo próximo a la estación. Hacía mucho que no hablaba con Guillermo, que se mostró menos parlanchín que de ordinario.

—Ayer no le vi por aquí —le dije como saludo.

—No coincidiríamos porque por aquí he estado. —Hizo una pausa y continuó—: Viendo y escuchando. Esta mañana vinieron dos sujetos a inspeccionar el libro de huéspedes del hotel. Lo revisaron, preguntaron al jefe de recepción, tomaron alguna nota y pidieron ver al ocupante de la 114. No estaba, había salido a primera hora, pero con tan mala suerte que llegó en el momento en que estaban interesándose por él. Lo detuvieron sin ninguna explicación y se lo llevaron.

—¿Quién era el huésped?

—No sé. Era un señor mayor. Muy educado. Apenas salía a la calle.

—¡Uffff! —exclamé—. Yo he estado en el consulado. Está funcionando a todo gas. Había una cola enorme. No pude hablar con el cónsul porque estaba firmando visados sin parar. Por cierto, que entre aquella gente que aguantaba la solana esperando turno vi a un tipo con el que había coincidido en el tren. Me lo he encontrado en otros momentos y una vez más trató de ocultarse. En el tren eran dos y me resultaron muy extraños. Deben de ser espías o policías.

—Seguro. Está lleno. Usted es uno entre tantos sospechosos.

—¿Yo? —reaccioné asustado—. Yo soy periodista. Ni espía de nadie y menos, policía.

—Bueno, pero no esperará que alguien se lo crea. La gente no es tonta. Un español joven, hablando bien francés, picoteando aquí y allá a ver qué ocurre, ¿quién va a creerse que no se trata de un espía de Franco? Además, usted no disimula bien: entra, sale, se mete en todo, pregunta a la gente por cosas de las que nadie quiere hablar. Y sin precauciones. Aunque a mí me inspiró confianza desde el principio, le vi muy poco ducho para esas funciones.

—Puede usted estar tranquilo. Me ha contado cosas de su vida que no revelaré.

—Ya lo sé. Además, mi vida ahora no le interesa a nadie. Somos muchos los republicanos que andamos por aquí. No van a venir a cazarnos a todos.

—Le aseguro que hago mi trabajo. Yo no espío nada ni a nadie.

—No creo que los alemanes vengan a detenerlo como al cliente de esta mañana. Ya lo habrían hecho. Pero no se confíe. Hay muchos denunciantes.

—Cuento lo que ocurre. Intento averiguar lo que pasa y escribo crónicas todos los días. Ahí están para leerlas. Las guardo en la habitación, puedo enseñárselas.

—Bueno, no me va a convencer. Escribirá lo que le manden. ¿Puede hacer otra cosa? ¿Ha escrito algo sobre los exiliados españoles que tienen trabajando como esclavos en la construcción de los muelles para los submarinos italianos? Mano de obra gratis, personas que lo único que han hecho es defender la democracia.

Verdaderos esclavos. Vaya, vaya, hable con ellos y cuéntelo si tiene cojones.

Enseguida me picó el amor propio entremezclado con la curiosidad. Ya había escuchado varias veces lo que estaba ocurriendo con los exiliados de la Guerra Civil y me recriminé no haberlo comprobado con mis propios ojos. Sabía que no podría publicar nada, pero sí verlo personalmente.

—Tiene razón, Guillermo —le dije cuando salía de comer. Había tragado entre náuseas un repugnante plato de patatas con pescado medio podrido—. ¿Cómo puedo ir hasta Betason o como se llame ese sitio donde trabajan los españoles? Creo que está bastante lejos.

—¿Quiere verlo? ¿De verdad? Le busco un conductor que le lleve. Es clandestino, pero el hombre se gana la vida como puede. Arregle con él el precio.

Aquella mañana acababan de reaparecer los periódicos. El veterano *La Petite Gironde* mantenía su formato sábana, pero reducido a cuatro páginas y con una línea editorial completamente distinta. Reclamaba la unidad entre los franceses ante la nueva situación y pedía a las autoridades la eliminación de los judíos. También había salido un diario nuevo, *Soldat am Atlantik*, en alemán y destinado a los militares germanos que continuaban llegando. Como no sabía alemán, apenas lo ojeé, pero me bastó para concluir que era un panfleto. En la espera por el coche que vendría a recogerme, hablé un rato con un camarero del café. Era francés y se mostraba feliz por lo que estaba ocurriendo.

—Por lo menos habrá orden. Esto estaba en manos de cuatro políticos que solo se preocupaban de mantener sus puestos. Las fuerzas armadas demostraron con su derrumbamiento que estaban corruptas. Pétain es lo único que se salva. Es una suerte que sea él y no ese vocinglero general De Gaulle, que chilla por la radio desde Londres todas las noches.

—¿Le escucha mucha gente? —pregunté con tono de ingenuidad.

—¡Qué va! Cómo le va a escuchar alguien si ha sido el primero en escapar. Aquí tenía que haberse quedado, luchando

heroicamente, como el mariscal Pétain hizo en Verdún y volverá a hacerlo ahora. Es más cómodo defender a Francia desde un micrófono que teniendo que parapetarse en las trincheras para defender a la patria.

Cuando por fin llegó el auto e iba a subirme, Guillermo se me acercó con la disculpa de abrirme la puerta y me susurró:

—Este camarero es un hijo de puta. Es de la misma camada que Hitler. Nadie le traga, pero todos le tienen miedo. Es de los que denuncia. No se fíe.

El conductor parecía una persona de pocas palabras. Pactamos el servicio en francos. «La moneda alemana que se la metan por donde les quepa», dijo, y enseguida me advirtió:

—Tenemos que dar un rodeo grande. Las calles céntricas las están cortando para montar el desfile de mañana. Van a desfilar con tanques, cañones y toda la parafernalia nazi. Quieren acojonar a la gente. ¡La madre que los parió! No seré yo quien vaya a aplaudir.

Al final de la *rue* Sainte-Catherine cruzamos la plaza de la Victoria en dirección a la histórica puerta medieval de Aquitania, una de las seis que dan acceso al centro de la ciudad.

—Plaza de la Victoria, ¡qué sarcasmo! —comentó el conductor. Parecía una persona ilustrada—. Ayer vi los tanques cruzando por la puerta. Pensé que el ruido derribaría la fachada y sus dioses del mar.

—Ya —respondí sin apartar la vista de aquella maravilla monumental—. ¿Entraron por aquí?

—Algunos, sí; otros lo hicieron por la de Cailhau o Saint Eloi. Mañana desfilarán para asustar a la gente, como si ya no estuviésemos bastante asustados.

Nada más salir del cogollo monumental atravesamos una zona destruida por los bombardeos. Era un barrio que albergaba un cuartel del ejército rodeado de viviendas modestas. Apenas se veía alguna construcción intacta emerger entre aquel mar de escombros y desolación.

—Aquí murió mucha gente —me dijo el conductor—. Y entre ellos muchos extranjeros que venían del norte: belgas, holandeses…

Todavía hay cadáveres entre las ruinas.

También se veían coches aplastados, enseres abandonados y hasta un caballo muerto enganchado todavía a los restos de un carromato de color rojizo. Algunas personas revolvían entre los destrozos en busca de sus pertenencias y varios perros hambrientos olisqueaban por las antiguas cocinas.

Las vallas de alambre de púas impedían acercarse a Betasom, la zona de fortificaciones improvisadas por la Wehrmacht para la construcción de la base de submarinos de la Regia Marina Italiana, que ya controlaban la costa atlántica. En uno de sus delirios megalómanos, Hitler, temeroso de un ataque británico, pretendía construir una muralla de protección continental de tres mil kilómetros.

—Ahí están sus paisanos —señaló el conductor con el brazo —. Los *rotspaniers*, como les llaman los alemanes. Aquí la gente de derechas los conoce como «los españoles rojos». Son los que cargan con las culpas... Se les atribuyen los robos y otros delitos. Pero cuando investiga la policía, nunca confirma que sean ellos.

Se les veía en la distancia moviéndose entre las máquinas, cargados con herramientas, sacos supuestamente de cemento, arrastrando piedras y agobiados por el sol y el cansancio. Escuché a lo lejos algunas palabras en español, pero apenas hablaban. Los soldados alemanes no les quitaban ojo. Uno se cayó entre los escombros y sus compañeros acudieron a levantarlo. El oficial nazi que estaba cerca se aproximó unos metros y enseguida ordenó con el silbato y las manos que volviesen a sus ocupaciones.

Unas decenas de personas, entre las que me encontraba, observábamos en silencio el penoso espectáculo. Un hombre mayor con barba y bastón comentó a mi lado bajando la vista: «Esto sí es esclavitud». Intenté establecer conversación con él y, al observar que yo era español, se apartó como si fuera un apestado. «Que no haya un Gobierno que los defienda...», dijo moviendo la cabeza.

Justo en ese momento volvía a encontrarme de frente con uno de mis extraños compañeros de tren. Eran muy parecidos en edad y estatura, y no había conseguido aclararme cuándo era uno y cuándo era el otro. Me quedé mirándole descaradamente y cuando

nuestros ojos se entrecruzaron, le saludé con un gesto. Respondió del mismo modo y continuó escuchando a un hombre bajito y calvo que le estaba diciendo algo. Puse el oído y conseguí captar que le explicaba que la obra había sido adjudicada a una empresa alemana denominada Todt Bacalan, o algo por el estilo.

En el regreso al hotel no conseguía quitarme de la cabeza aquel trato al que eran sometidos mis compatriotas, fuesen cuales fuesen sus ideas políticas. El conductor me preguntó de repente qué me había parecido.

—Qué quiere que le diga... Es muy doloroso.

—Imagine lo que les espera a todos los que están deteniendo. Creo que a algunos les llevan a campos de exterminio. Toda la policía francesa se ha apuntado a colaborar. En las comisarías, que están a rebosar, cuentan que las torturas son terribles.

Entre tanto caí en la cuenta de que aún no había escrito mi crónica y ya eran más de las cinco. Y, lo peor, que no tenía idea de qué escribir. Era evidente que no podía hacerlo de lo que había visto y oído, y no tenía noticias de actualidad. La reunión entre Hitler y Mussolini en Múnich quedaba muy lejos para mí y las intervenciones del general De Gaulle desde Londres, de las que todo el mundo hablaba en voz baja, ya las había recogido fugazmente en dos ocasiones. Tenía muchos datos en el bloc sobre la situación en las calles, pero me ocurría lo mismo. Necesitaba algo nuevo, algún hecho reciente, alguna historia que pudiera interesar a los lectores en España.

Con esta preocupación llegamos al hotel. Guillermo me abrió la puerta del coche y me preguntó impaciente qué me había parecido, qué había visto, qué iba a escribir de todo aquello... Apenas le contesté. Le daba vueltas a la posibilidad de poderlo contar de alguna manera indirecta, pero acabé rindiéndome: todo lo que se me ocurriese para disfrazar la realidad sería faltar a la verdad o alejarme de ella.

Miraba el reloj, los minutos corrían más deprisa de lo habitual y cada frase que escribía era un folio de papel que acababa en la papelera. Estaba sentado en la recepción del hotel, donde tenía mejor luz que en el cuartucho donde dormía, y veía entrar y salir a

los huéspedes mirando a un lado y a otro, temerosos de encontrarse con policías de paisano pidiéndoles la identificación al tiempo que les ajustaban unas esposas en las muñecas.

Sobre una mesa yacían los restos manoseados y mugrientos de una revista turística. Instintivamente, y con un poco de asco, todo hay que decirlo, la hojeé. La mayor parte era publicidad, que en aquellas circunstancias carecía de eficacia y hasta de sentido, y el resto, fotografías de los monumentos y edificios más notables. Una de ellas era de la puerta Dijeaux, otra de las seis famosas. Una maravilla también. En el pie contaba su historia. Casi sin darme cuenta me interesó. Y dándome por perdido, ya al borde de las siete, empecé a escribir un artículo sobre aquel atractivo artístico y cultural que en un pasado reciente despertaba la admiración de los turistas. Recordaba la frase de Victor Hugo, de la que se enorgullecían los bordeleses: «Es una ciudad tan bella que a veces se semeja a París».

Carecía de experiencia en ese tipo de relatos y sabía muy bien que en la redacción en Madrid se mofarían y harían chistes sobre un enviado especial a la guerra que acababa escribiendo de monumentos en peligro. La cola ante la oficina de teléfonos de la gigantesca Esplanade des Quinconces era mínima y cuando comencé a dictar lo que había escrito, notaba que la vergüenza me encendía los carrillos. Estaba más pendiente de algún comentario que pudiera hacer el taquígrafo, que a veces se volvía un poco impertinente, y cuando colgué me entraron ganas de llorar.

Mi falta de perspicacia me continuó atormentando toda la noche y hasta bien entrada la tarde del día siguiente. Trabajé anonadado toda la jornada imaginándome las risas en la redacción, que me condenarían a perpetuidad como un aprendiz de periodista sin futuro. Cuando aquella tarde escribí sobre el desfile, el derroche de parafernalia nacionalsocialista y el entusiasmo que rebosaban los miles de personas que lo presenciaban, estaba más preocupado por lo que me dijesen los jefes sobre la anterior crónica que de lo que estaba contando.

El taquígrafo tomó nota y con su habitual tono desagradable comentó:

—Un poco larga, ¿no te parece? Todo se puede contar en catorce líneas.

—Lo siento —respondí atemorizado—. ¿Qué tal la crónica de ayer? Más corta, ¿verdad?

—No sé, no la he leído...

—Pero ¿se publicó?

—Sí, creo que sí. Espera que voy a verlo. Sí, aquí está. ¡Joder! ¡A cuatro columnas!

—¿A cuatro columnas? —insistí creyendo que era una broma —. ¿Cómo la han titulado?

—Pues... «Los alemanes devuelven a Burdeos su esplendor». Parece que les gustó.

XVI

Aristides de Sousa Mendes acababa de regresar a casa de la iglesia donde había asistido a misa y estaba vistiendo ropa ligera para emprender una larga jornada firmando visados a los centenares de personas somnolientas que esperaban ante el consulado, cuando su hijo José António se le acercó jadeante.

—Papá, papá, han llegado unos alemanes y están deteniendo a refugiados. Deben de ser de la Gestapo. Los meten en furgonetas y se los llevan.

El cónsul, al que en los últimos días la tensión le había encanecido prematuramente, bajó de dos en dos los peldaños de la escalera e irrumpió en la calle hecho un basilisco. La multitud se había dispersado muerta de miedo en todas direcciones. Los policías habían cercado contra la pared a un grupo y el jefe señalaba con el dedo a los que tenían aspecto o llevaban símbolos judíos, y dos agentes los introducían a empellones por la puerta de atrás en una furgoneta.

El cónsul, enarbolando una bandera portuguesa, se interpuso, forcejeó con los policías y gritándoles que estaban violando la Ley Extraterritorial, consiguió que soltasen a los detenidos, e incluso que otro que ya estaba en el interior del vehículo se asiese a la mano que le tendió para que pudiese escapar.

—¡Habrá visados para todos! —gritó dirigiéndose a la gente —. Que nadie se marche.

Estaba desencajado. La mujer y los hijos salieron a arroparlo e intentaban sin éxito arrastrarlo a la residencia para ofrecerle una infusión que le relajase. El canciller, Seabra, también intentó agarrarlo por el brazo para calmarle. En el despacho, se encontró con otra sorpresa desagradable: un telegrama del ministerio rechazaba por segunda vez la concesión del visado al rabino

Kruger, su mujer y sus hijos.

El cónsul, que había conocido de cerca al rabino y sus circunstancias difíciles, y mantenía con él una buena amistad, había argumentado la petición extraordinaria de visado en el riesgo a que le abocaba su condición y autoridad entre la comunidad judía. En la espera, les había ofrecido la hospitalidad de la residencia y llevaban varios días recluidos en uno de los salones, durmiendo en el suelo y comiendo los platos *kosher* que Angelina se esforzaba por prepararles.

Mientras Aristides explicaba al rabino la situación, el hijo pequeño, de dos años, que gateaba por el suelo, le agarró de los pantalones. El cónsul lo miró y rompió a llorar.

—Tendrán ustedes el visado en un cuarto de hora le guste o no le guste a mi Gobierno.

El rabino se quedó pensativo unos instantes, se atusó la luenga barba canosa y le respondió:

—Muchas gracias, pero no puedo permitirlo. Están esperando tantos hermanos en las calles que nosotros no podemos aceptar el privilegio de tenerlo los primeros.

Aristides se quedó impresionado por ese gesto de solidaridad. Aquellos días habían mantenido largas conversaciones y le admiraba la sabiduría de su huésped. A él y a los suyos se les trataba como a unos miembros más de la familia.

Justo en ese momento timbró el teléfono. Al otro lado de la línea estaba Eduardo Propper de Callejón, su colega español.

—Creí que te estabas preparando para ir al desfile —le dijo en tono jocoso.

—Voy a duplicar las firmas de visados para celebrarlo. Mientras ellos desfilan, yo firmo.

—¿Cuántos llevas? Un montón, ¿verdad?

—No lo sé. Anoche el canciller me dijo, sin ocultar su enojo, que sobre diecisiete mil. —Luego, añadió—: Eduardo, cada vez lo tengo más claro. Cada vez tengo más claro que el Gobierno no puede imponerse a mi conciencia. Seguiré expidiendo visados hasta que me levanten a patadas de la silla.

—A mí todavía no me han dicho nada ni de Madrid ni de

Vichy. Ya sabes que han trasladado allí la Embajada. Llamo y no encuentro con quién hablar. Así que sigue mandándome los tuyos y los seguiré refrendando en tránsito. También estoy emitiendo muchos expresamente para quedarse en España.

—Por cierto, tenemos pendiente una cena con nuestras mujeres antes de que nos obliguen a marcharnos. ¿Cuándo os viene bien?

Propper de Callejón no dudó:

—Aquí lo bueno es que no hay compromisos diplomáticos. Nuestra agenda está en blanco. Cuando os venga bien.

—¿Esta noche?

—Por nosotros no hay problema.

—Avisaré a Angelina que ponga el bacalao en remojo. Es probable que lo tenga porque los viernes seguimos la tradición portuguesa: menú, bacalao.

El estruendo de los prolegómenos del gran desfile y la pésima calidad de las líneas telefónicas dificultaban la conversación. Se escuchaban los motores de los blindados entremezclados con los de los aviones, que tan pronto parecía que iban a estrellarse sobre el centro de la ciudad como levantaban el vuelo y se perdían en el horizonte.

Millares de personas se disputaban un lugar en las principales avenidas para presenciar el desfile. Nadie parecía recordar en esos momentos la humillación que las tropas alemanas habían causado a los franceses ni el peligro para la libertad y la seguridad que suponía tener que vivir bajo los nazis. La realidad es que el espectáculo de la parada llevaba a olvidarse hasta de las más grandes inquietudes. Los tanques a marcha lenta y sus cañones amenazando, los vehículos blindados de la infantería, las formaciones de los tres ejércitos y los hidroaviones, desconocidos hasta ese momento, volando sobre las cabezas, impresionaban por la marcialidad, la perfección geométrica de las filas, la aparatosidad de los taconazos y la parafernalia añadida de música y banderas.

Aristides se rebeló contra lo que estaba ocurriendo muy cerca y empezó a firmar visados con desesperación. La esposa se puso a

rellenar impresos y José António, el hijo mayor, buscaba a los refugiados tras las esquinas de la manzana para convencerles de que le acompañasen hasta el consulado para obtener el visado. Tenían miedo a exponerse.

Pedro Nuno, que regresaba sofocado de llevar un bloque de pasaportes al consulado español para que Propper de Callejón les incluyese el tránsito por España, se acercó a su padre, que le recibió con una mirada encolerizada.

—Nuno, ahora no molestes. Tengo aquí muchos documentos para visar y hay muchas personas esperando. Ayuda a tu madre...

—Es que, papá, acabo de ver a una familia polaca en una situación dramática. Tienen dos niños y ella está embaraza, a punto de dar a luz...

—¿Están esperando? Pásalos rápido...

—No sabían siquiera que existía un consulado de Portugal abierto. No entienden francés ni alemán. Pasaron la noche a la intemperie en la plaza de la Bolsa, recostados en los peldaños de la fuente de las Tres Gracias.

—Y, ¿por qué no los has traído? —preguntó el padre en tono airado—. Vuelve ahora mismo y arrástralos si hace falta para que vengan.

—Es que ella está a punto de alumbrar. Parece que buscaron una clínica y no la encontraron. Llamaron a casas particulares y cuando vieron que eran judíos les dieron con la puerta en las narices.

—Cógela de un brazo y ayúdala. No podemos mandar el coche a buscarla, es una pena.

—Está toda la zona cortada al tráfico.

—Por eso. Tráeles caminando. Lleva una bandera. Si os paran, alega protección diplomática.

Apenas había transcurrido media hora cuando llegaron, la mujer del brazo de Nuno y el marido con los dos niños, de tres y cuatro años, de la mano. Estaban agotados: prácticamente no habían comido desde la víspera y habían dormido tumbados en la piedra de los escalones.

—Atendedlos —ordenó el cónsul casi sin levantar la cabeza.

Él siguió revisando atentamente expedientes, firmando y golpeando con fuerza los sellos que autentificaban el visado.

Nuno corrió a la vivienda a decirle a Fernandina, la empleada, que les trajese algo para comer y Angelina volcó toda su experiencia como madre de familia numerosa en atenciones a la situación en que se encontraba la mujer.

—Aristides, está a punto de parir. Hay que hacer algo. Sería bueno que la viese un médico, y lo mejor será acostarla. Le diré a Fernandina que prepare una cama. A ver qué hacemos si no...

José António salió y gritó a la cola:

—¿Alguien es médico? Por favor...

Enseguida se levantaron dos manos. Uno, por suerte, era ginecólogo. Hablaba alemán y tampoco se entendía con ellos. Tras examinarla, se acercó al cónsul para informarle:

—Es inminente. Puede empezar a tener contracciones en cualquier momento. ¿Pueden localizar a una comadrona?

Angelina y su marido, que atendía por un oído y firmaba con la otra mano, hicieron un repaso rápido de la situación.

—Lo más seguro para su salud y su situación es prepararles un visado urgente y enviarlos a España. Allí, después de pasar la frontera, hay posibilidad de que puedan atenderla en algún centro sanitario. ¿Qué opinas?

—No sé —titubeó Angelina—. Tardarán mucho. No llega.

—Espera. Voy a llamar a Eduardo. Él quizás pueda hacer algo.

El cónsul español escuchó lo que ocurría.

—Estoy pensando —dijo Aristides— en mandarles en mi coche. Les acompañará mi hijo. Con el banderín del consulado no tendrán problemas para cruzar la frontera. Me han dicho que es un proceso muy lento.

—Preparo yo el visado de tránsito y tú completas el portugués. Y mando yo mi coche, si te parece, a llevarlos y pasarlos. Intentaré hablar también con el jefe de la frontera para que faciliten las cosas.

—Perfecto. Que venga el coche lo más rápido que pueda. No sé qué te parece, pero se me ha ocurrido avisar a nuestro consulado en Bayona y pedirle al cónsul que les acompañe. Tiene

muy buenas relaciones en Irún y allí puede ayudar.

—Si puede, sería estupendo.

—Le daré la orden. Con esto de los visados no es muy cooperativo. Está todo el día con la circular catorce en la mano.

—Pues ahora mismo te mando a Martín para allá. Verás como todo sale bien.

Una fuerte descarga de artillería con tres escuadrillas de Junkers haciendo piruetas sobre la ciudad pusieron fin al desfile. Los asistentes se fueron dispersando entremezclados con los millares de refugiados que continuaban en búsqueda de un refugio seguro y una salida de aquel infierno en que se hallaban recluidos. El drama se había agravado con un incremento de la delincuencia, que recurría a promesas engañosas para sacarles el dinero a los perseguidos o simplemente robándoles los enseres que portaban. El número de pasadores fraudulentos que se ofrecían para trasladarlos a España o, lo que era más difícil, a Inglaterra por mar se multiplicaba.

En el consulado de Portugal se reanudó la actividad con una cadena para extender más visados con rapidez frenética. Aristides de Sousa Mendes, encerrado en su despacho, firmaba compulsivamente los expedientes que la esposa y su hijo mayor le pasaban. Toda la familia colaboraba en la tarea, salvo Pedro Nuno, que, siempre tan servicial y humanitario, había acompañado a la familia polaca en busca de un lugar para poder tener a su hijo con alguna seguridad en su trayecto a la frontera.

Timbró dos veces el teléfono y se escuchó al cónsul contestar malhumorado:

—Ahora no podemos hablar. Te llamaré en otro momento.

Era Andrée Cibial, la pianista. Aristides colgó con violencia. Y continuó estampando su firma y *carimbando* —estampando los sellos consulares— en los visados. Apenas se fijaba en los nombres. Algunos eran políticos de los países ocupados: el ministro de Exteriores belga, Jules van Lagenhore; el primer ministro luxemburgués, Pierre Dupuy; los tres hijos varones del rey Leopoldo III de Bélgica; el exgobernador de París, general Henri Gouraud...

La lista se volvía interminable. Aristides se cuidaba de no establecer prioridades en función del rango. Apenas hizo una excepción con el príncipe Otto von Habsburg, hijo del último emperador de Austria, y sus quince acompañantes, entre familiares y séquito. Entre el aluvión de peticiones estaban también muchos diplomáticos acreditados en los países ocupados y personas relevantes en los ámbitos culturales, sociales o económicos: Cirilo Allen, director de la Banca Morgan, el joyero Otto Eitler, el actor Oscar Karlvocis, el abogado francés Henry Torres, el cineasta King Vidor, varios miembros de la familia Rothschild o el empresario Jean Meyers, a quien habían robado el coche en la desbandada de París y había tenido que recorrer una buena parte de los quinientos kilómetros hasta Burdeos a pie.

Entre los aristócratas le despertaron curiosidad la señora Raní, esposa del marajá de Kapurthala, la princesa egipcia esposa del rey Faruq de Egipto, el duque de Luxemburgo, la princesa Irene de Dinamarca, el barón Van Hariuxma o David Roepstorff y Olga Lovett, de la aristocracia rusa.

—José António, lleva esto al cónsul español. Date prisa porque vamos a intentar que puedan salir todos durante la noche.

Estaba dando instrucciones a su hijo cuando timbró de nuevo el teléfono. Era otra vez Andrée Cibial. Había llamado tres veces a lo largo de la mañana. Llevaban varios días sin hablar y estaba indignada. Necesitaba verle con urgencia, pero él no escuchó razones.

—Ya te he dicho que no puedo hablar. Cada minuto que pierda contigo será una vida que se arriesgue. —Ella insistió a gritos y él respondió no menos exaltado—: Eres una pesadez. ¿No te das cuenta de que estoy ocupado con asuntos muy delicados?

Ella, cuyo carácter violento era conocido, gritó algo ininteligible y en un instante pasó de la ira al llanto. Él colgó sin hacer nada por consolarla. Angelina, que escuchó las voces desde el antedespacho, entró a ver qué ocurría.

—¿También tú vienes a interrumpirme? ¿No ves la cantidad de personas que confían en que les salvemos? Nadie me entiende, solo me falta que tú tampoco comprendas...

—Tranquilo, tranquilo, Aristides. Yo sí te comprendo. Estás muy cansado y nervioso. Dios nos está poniendo a prueba y tú lo estás obedeciendo. Si aquí no te reconocen tu sacrificio, en la otra vida sí te será reconocido.

Otra llamada, esta vez del cónsul español, ayudó a distender el ambiente.

—Soy Eduardo, Aristides. Eres una máquina, me cuesta mucho seguir tu ritmo. Tengo el puño dolorido de apretar la pluma. Anoche Hélène tuvo que improvisarme una cura con alcohol para calmarme el dolor.

—Lo peor son las interrupciones. Estaba hablando de eso con Angelina. Hay gente que no comprende...

—¡Ah! ¿Está ahí Angelina? ¿Ya ha puesto el bacalao en remojo? A Hélène le hace mucha ilusión veros esta noche.

—Os esperamos para pasar un buen rato, dentro de lo que cabe, claro.

—Hombre, imagino que tú tendrás noticias de nuestro futuro...

—¿Por qué dices eso?

—¡Coño! ¿Has estado hablando con *madame* Tabouis y no le has preguntado por nuestra suerte?

—No sé de quién hablas.

—Le hiciste un visado esta mañana. Es la gran pitonisa de París. ¿No habías oído hablar de ella? Todo el mundo la conoce, es famosísima. Tenía unas colas más largas para consultarla que nosotros para extender visados.

—No la conocía. Ni siquiera recuerdo quién es entre tantas personas como han pasado esta mañana.

—Tantas e importantes —matizó Propper de Callejón—. Yo también he recibido a unos cuantos. Pero pitonisas, ninguna. Ese ha sido tu privilegio. —Hizo una pausa y prosiguió—: Por cierto, he hablado con el segundo jefe de la frontera española. Me prometió que ayudarían a la señora polaca a dar a luz. No pude hablar con el jefe, un general, no recuerdo su nombre, porque estaba reunido con el colega alemán que vino a presidir el izado de la bandera alemana en la frontera francesa. Ya está ondeando

enfrente de la española.

—¿Ya no hay policía francesa de este lado? —preguntó De Sousa.

—¡Qué va! Solo alemanes que no hablan ni francés ni español, lo cual incrementa el atasco de los que quieren cruzar. La persona con la que hablé me contó que el jefe de la guarnición alemana, bastante poco diplomático al parecer, les advirtió que no deben dejar entrar a judíos de ningún origen ni tampoco a franceses que intenten abandonar el territorio.

XVII

—Por favor, Aristides, déjalo por hoy. Están a punto de llegar los invitados y tienes que cambiarte.

Angelina empezaba a ponerse nerviosa. Él continuaba pegado al despacho, firmando visados sin percatarse de para quién. Ella había puesto la mesa del comedor personalmente: mantel y servilletas bordados de Madeira, vajilla de Vista Alegre, cristalería fina y cubiertos de plata tallados a mano. En la cocina, Fernandina, la empleada que acompañaba a la familia desde hacía muchos años, se esmeraba en tener a punto los aperitivos, las postas de bacalao desaladas y lo que sería la sorpresa dulce en medio de tantas desgracias como les rodeaban: unos pasteles de crema de Belén.

Eduardo y Hélène llegaron con puntualidad. En el momento de los saludos, él preguntó sonriendo:

—¿Los besos en portugués o en español?

—En español, en español, que son dos —respondió Angelina, que enseguida se lamentó por las deficiencias que iban a encontrar. Los dos se apresuraron a disculparla ante las circunstancias que estaban viviendo.

—Sales a la calle a buscar algo que se te ha acabado y acabas llorando ante lo que te vas encontrando —continuó la esposa del cónsul—. Ayer conseguí hacer unas compras, pero vi a familias enteras tiradas en el suelo, sin comer desde hace días, y acabé regalando todo lo que había comprado. Menos mal que Aristides está tan deprimido que le da igual comer que no comer.

—Mamá, ¿está por aquí papá o sigue en el despacho?

Era Pedro Nuno, que regresaba de la frontera, a donde había llevado a la familia polaca, y preguntaba desde la puerta.

—Ven, ven, Nuno, están aquí Eduardo y Hélène. Cuéntanos

cómo ha ido todo. ¿Llegasteis a tiempo?

—Sí, muy bien —comentó después de saludar a los invitados —. Sin problemas. La gente de Irún, maravillosa.

Enseguida apareció Aristides y se unió al grupo. Antes de sentarse, y aprovechando que los españoles se volcaban en elogios ante la elegancia de la mesa, Nuno agarró discretamente por el brazo a su padre y le dijo en voz baja:

—El que estuvo lamentable es el cónsul honorario de Bayona, Faria Machado. Cuando le expliqué lo que ocurría me respondió despectivamente que por qué no se había quedado a parir en su país. Me soltó un rollo sobre los refugiados y la cobardía de las personas que no se enfrentaban a sus peligros. «Ahora quieren que se lo resolvamos todo nosotros», dijo. No le mandé callar por respeto. Y de acompañarnos, nada.

—Pero ¿está dando visados?

—Alguno. Compromisos suyos. A desconocidos, no. En la calle había muchas personas esperando. «Portugal es un país pequeño, no van a caber todos. La aduana está atascada», se justificaba. Y mientras hablaba sacudía en el aire la copia de la circular catorce.

Tanto Propper de Callejón como su mujer se percataron de la inquietud del cónsul portugués. Intentaba sonreír, pero se le notaba la contrariedad en la cara. Al sentarse a la mesa, mostró una botella de oporto blanco.

—Este es el oporto para el aperitivo. Casi nadie lo conoce. Piensan que solo hay vino de Oporto rojo, para el postre.

—Pues si os parece —interrumpió Eduardo—, brindemos por que este drama termine, y por que podamos poner a salvo a todos los que claman desde la calle por nuestra ayuda.

—Estamos solos, Eduardo. Todos los consulados o han cerrado o se lavan las manos. Creo que ya estamos por encima de los veinte mil visados, y ¿qué son veinte mil entre tantos como se necesitan?

Fernandina, perfectamente uniformada y correcta en las formas, sirvió los *petiscos* (entremeses) y entreabrió la ventana para que entrase aire fresco. Angelina se interesó por la pequeña Elena,

a la que habían dejado en la casa donde se alojaban.

—Perdonad, no os pregunté cómo está la niña.

—Por cierto, muchas gracias por los juguetes que le mandasteis. Es con lo que más se entretiene —comentó Hélène.

—Fue una suerte encontrarlos porque con el cambio de casa muchas cosas siguen empaquetadas y no sabemos dónde están.

Hélène prosiguió interesándose por aquel derroche gastronómico que la asistenta iba colocando en platitos con diseños y colores típicos.

—¿De qué parte de Portugal sois? Me han dicho que en el sur hay unas playas muy atractivas —preguntó tímidamente.

—Somos del interior. Del centro, del distrito de Viseu. Allí no hay playa, pero se compensa con otros muchos atractivos, empezando por la gastronomía —respondió Angelina.

—Los dos hemos nacido en un pueblo pequeño del concejo de Alcácer do Sal —precisó Aristides—. Mi padre era el juez. Allí tenemos la casa solariega de la familia. La hemos estado restaurando recientemente. Es muy grande, nos hemos dejado todo el dinero en la obra. La compartimos toda la familia.

—El pueblo casi nadie lo conoce. Se llama Cabanas de Viriato —añadió Angelina.

—¿De Viriato, como el pastor...? —preguntó Hélène.

—Como el pastor lusitano que se enfrentó a los romanos, sí. Es nuestro orgullo. La tradición mantiene que es el lugar donde nació. Y los vecinos se lo creen. Tiene una estatua en el centro. Pero lo cierto es que no existe testimonio alguno que lo avale. La creencia nos pone en el mapa y atrae visitantes, lo cual es bueno.

La llegada del bacalao prometido inundó el ambiente del olor agradable que despedía. Los invitados contemplaron admirados el buen aspecto de la pieza y del entorno de verduras asadas que lo adornaba.

—He procurado que sea suave y variado —explicó Angelina —. Es más adecuado para la cena. Le llamamos bacalao a la portuguesa. Hay muchas formas distintas.

—Trescientas sesenta y cinco —la interrumpió el marido—, una distinta para cada día del año. Por lo menos es lo que se

asegura. Yo no las he probado todas. En Portugal hay la costumbre de poner a los platos de bacalao el nombre del cocinero que los creó. Así verán bacalao a Bras (no a la brasa, como algunos creen), bacalao a Zé do Pipo, a Narcisa, Gomes Sá, Joao Buraco... En fin, como detalle curioso, muchos de esos cocineros eran poetas.

En ese momento, los dos hermanos De Sousa, Nuno y José António, se asomaron por la puerta para desear las buenas noches.

—Ya me ha dicho Eduardo que tenéis muchos hijos —comentó Hélène.

—Catorce —respondió con orgullo Angelina.

—¡Catorce! Madre mía.

—Uno murió cuando era un bebé. Nos quedan trece. Una ya está casada desde hace seis meses.

—Y, ¿dónde están?

—Aquí en casa están dos, e Isabel, la mayor, ya vive aparte con su marido. Al resto los hemos enviado fuera, a Portugal y a otros países, cuando empezamos a darnos cuenta de lo que se estaba viniendo encima. Menos mal que no están aquí. Ahora el problema es comunicarnos con ellos.

—No hay dos que hayan nacido en el mismo sitio —intervino Aristides—. Los conocemos por su lugar de nacimiento. Al que nació en Vigo le llamamos siempre «el Gallego».

—Ah, has estado en Vigo, Aristides. ¿Como cónsul? —intervino Eduardo.

—Dos años que fueron estupendos. Es una ciudad fantástica. Teníamos casa en Marín, y aunque no podíamos cruzar la frontera libremente, nos asomábamos por las mañanas a la ventana y veíamos Portugal, un paisaje maravilloso además.

—Entonces, ¿habéis estado destinados en muchos sitios? —continuó preguntando Hélène.

—Pues mira, en la Guayana, Zanzíbar, Brasil, Vigo, Lovaina y ahora aquí desde hace un año.

—¿Siempre de cónsul?

—Sí, de cónsul general. Tengo méritos para ser embajador, pero Salazar no nos traga, ni a mi hermano César ni a mí. Creo que ya se lo conté a Eduardo. Ya en Coímbra nos discriminaba. No

soportaba que quedasen monárquicos. A mi hermano, que trabajó mucho tiempo en el ministerio en Lisboa, le nombraron por fin embajador hace un año en Varsovia. Poco antes del comienzo de la guerra. Y allí sigue, el pobre, desesperado.

Fernandina sirvió los cafés y Aristides abrió otra botella de oporto.

—Vamos a ver cómo está este. Es *vintage*, del 18. Pero si preferís, mejor pasamos al salón, estaremos más cómodos.

Los aviones ya habían pasado dos veces sobre el edificio y, como era habitual tras el pánico que creaban, el ruido de la calle había cesado. En el salón, Propper de Callejón enseguida observó una fotografía de buen tamaño del rey Carlos I de Portugal y de su hijo Luis Felipe, asesinados en 1908 en el centro de Lisboa. Y al lado, otra de su fugaz sucesor, Manuel II, derrocado para proclamar la república.

—¿Nunca has hablado con Salazar personalmente ya como diplomático?

—Una vez. Estábamos en Vigo y me hizo llamar con urgencia a su despacho en el ministerio. Había asumido la cartera de Negocios Extranjeros y controlaba todas las decisiones. Me sorprendió y me preocupó. No había precedente.

—Y acudiste, claro.

—Hombre, ya me dirás. Aproveché para llevar a Angelina y a Isabel, nuestra hija mayor, para que conociesen Lisboa y nos quedásemos allí tres días. Falsa ilusión, porque cuando me recibió, casi sin mirarme a los ojos, me dijo: «Esto es un secreto de Estado. Tienes que hacerlo con toda la discreción y que no trascienda ni a la familia». Confieso que me puse nervioso.

—No es para menos —apostilló Eduardo.

—«Tienes que recoger a sor Lucía, la vidente de Fátima, en su convento y llevarla a Galicia para ingresarla en el de las hermanas doroteas, en Frades —me ordenó—. Habla con la superiora y encárgate de proporcionarle todo lo que necesite. Ella y el Gobierno español ya están al tanto». —De Sousa bebió un sorbo de la copa de oporto que aún no había probado y prosiguió—: «Imagino que eres consciente de esta responsabilidad religiosa y

patriótica», recalcó. Bueno, pues ni se molestó en despedirme. Abandoné el despacho abrumado, avisé a Gigi y a la niña de que regresábamos inmediatamente. Entendí que ellas no debían enterarse. Pero no iba a dejarlas abandonadas. Así que les expliqué nuestra misión confiando en su discreción. Recuerdo que Isabel, cuando se enteró de que no solo iba a conocer a sor Lucía, sino a compartir con ella varias horas de coche, empezó a aplaudir. Tuve que frenar su euforia y hacerla jurar que no diría nada a nadie. Angelina, en cambio, se mostró asustada.

Estaba muy viva todavía la historia de las apariciones a los tres pastorcitos en Fátima. Lucía se había hecho monja de clausura, era la única superviviente de los tres.

—La palabra que más repitió Salazar en nuestra corta conversación fue «secreto» —continuó Aristides.

—Esto de la diplomacia te pone en cada aprieto...

—Bueno, sí. Peor es el que enfrentamos ahora. Sentir que hay vidas que dependen de ti es...

—Sí, sí, espantoso —corroboró Eduardo.

Aristides se tomó un respiro y continuó:

—Pues como te iba diciendo, partimos nada más comer, recogimos a la vidente cuidando de que no hubiese testigos y seguimos para el norte. Todos teníamos miedo a hablarle, y ella apenas decía algún monosílabo. Se pasó mucho tiempo encogida en el asiento de atrás del coche, imagino que rezando.

—¿No le preguntabais nada?

—Solo si quería algo. Ella respondía que no. Gigi lamentaba no haber tomado la precaución de llevar algo para comer, unos pasteles o algo así, y no podíamos detenernos en algún bar de la ruta. Yo estaba temiendo que se encendiese la lucecita del combustible y tener que repostar.

—¡Qué historia! —exclamó Hélène, que escuchaba el relato en silencio.

—No termina aquí. Empezó a oscurecer cuando, ya cerca de la frontera, circulábamos por una carretera estrecha y sinuosa. Yo estaba aterrorizado pensando en la niebla, que es tan frecuente en esa comarca del Alto Duero. Era una zona deshabitada, y de

pronto, tras una curva, aparece un rebaño de ovejas invadiendo la calzada. Recuerdo muy bien que vi al pastor con su zurrón y su cayado, intenté frenar bruscamente, pero no pude evitar atropellar a unas cuantas ovejas, y hasta vi al pastor caer derribado...

—¡Ay, Aristides, no cuentes eso, que no vamos a dormir ninguno!

—Bueno, ya empecé...

—Sí, sigue, sigue —apoyó Hélène.

—Me bajé con el corazón en un puño y cuál no sería mi sorpresa al enfrentarme al pastor, que me saludaba con normalidad. Eché un vistazo rápido para ver cuántas ovejas estaban muertas, dispuesto a pagarle lo que me pidiese. Y no vi ninguna. Todas seguían cruzando a su paso como si nada hubiese ocurrido. «¡Milagro!», escuché a Isabel, que había descendido también del coche y se había situado a mi lado. «Ha sido un milagro. Lucía, que es una santa...». Miré al interior del coche y Lucía continuaba imperturbable, como ajena a lo que estaba ocurriendo.

—¡Asombroso!

—Isabel intentó hablar con ella. Le dio las gracias, segura de que había sido obra suya. Pero ella no respondió. Nuestra hija se quedó convencida para siempre de que era una santa y de que aquello había sido un milagro.

—No es para menos.

—Y no te creas, nosotros, ¿verdad, Gigi?, también lo pensamos así mucho tiempo. Fue algo providencial, desde luego. Estos días, viendo lo que ocurre en nuestro entorno, me acuerdo de ella. Y a veces hasta le rezo.

—¿No has vuelto a verla? —se interesó el cónsul español.

—Sí, durante el tiempo que estuvimos en Vigo iba todos los meses a visitar a la superiora del convento para preguntarle si necesitaba algo, y le llevaba lo que me pedía. Me consta que Salazar seguía muy interesado, pero a mí nunca me pidieron más información. Tampoco supe si le pareció que había cumplido el encargo satisfactoriamente.

—¡Qué historia! —exclamó Propper de Callejón mirando

disimuladamente el reloj—. Seguiríamos hasta la madrugada. Ha sido una velada inolvidable. Lo malo es que son más de las once y habrá que levantarse.

—¡Qué cena más maravillosa, Angelina! —corroboró Hélène —. Qué pena no tener todavía casa para corresponder.

Eduardo se ajustó el nudo de la corbata antes de levantarse.

—Bueno, y tú —dirigiéndose a Aristides—, mañana de nuevo al tajo. Hay muchos desesperados esperándonos.

—No creas que me olvidé de ellos durante la cena. En muchos momentos no he podido quitarme de la cabeza lo mal que lo estarán pasando a estas horas los que están durmiendo en el suelo.

—Se siente un poco de remordimiento, sí —afirmó el español.

—Mañana —interrumpió Angelina— voy a encargar a mis hijos que recojan a unos cuantos refugiados, a los que vean en situación más penosa, y les traigan a comer. La familia Kruger se ha marchado y el salón de abajo se ha quedado vacío.

—¿Ya consiguieron salir? —preguntó Propper de Callejón.

—Sí. Les extendí un visado y los llevamos a la frontera —respondió el portugués—. A ver cómo los reciben.

—Bueno, pues gracias y hasta mañana —se despidió Eduardo —. Por cierto, Aristides, me estoy quedando sin tinta de nuevo.

—José António o Nuno lo resuelven. Siempre tienen recursos para todo y están deseando colaborar.

—Adiós, pues —remató Eduardo—. Acabemos de despedirnos. Ya sabéis que portugueses y españoles somos los que más dilatamos las despedidas.

XVIII

Al llegar al hotel, siempre con la preocupación de tener que escribir con tan poca información como conseguía recopilar, Guillermo se adelantó a saludarme con una sonrisa sardónica que anticipaba que tenía noticias frescas. Me hizo un gesto para que me apartase hacia un lugar más discreto y enseguida me espetó:

—Menudo banquete que se están pegando los suyos, ¿eh? Hay que joderse lo poco que ha durado la neutralidad.

—¿De quién me habla?

—Como que usted no está enterado: de la comilona que se están dando en Biarritz el gobernador nazi, el general Von Hauser, y el general jefe de la VI Región Militar española, López-Pinto, con el embajador alemán en Madrid, Von Stohrer, presente. Después de plantar la cruz gamada en la frontera, se han ido a celebrarlo por el País Vasco francés, al casoplón de un colaboracionista millonario. España reconoce la ocupación nazi, ¿qué le parece? Cualquier día invadirán España y ustedes lo celebrarán.

—¿Y por qué se empeña en incluirme a mí?

—Bueno, usted sabrá lo que ocurre. Yo soy perro viejo. De Franco siempre espero lo peor.

La ciudad parecía más apagada. Apenas había tráfico y el bullir de los refugiados deambulando por las calles era menor. El recepcionista del hotel me preguntó si sabía que el expresidente del Gobierno, Paul Reynaud, había tenido un accidente en Var, cerca de Montpellier.

—¿No se había marchado a los Estados Unidos?

—No. Parece que lo intentaba. Al final, huyó en coche a Suiza y se estrelló. Muchos franceses que buscaron refugio en Aquitania se han dado cuenta de que esto es una ratonera y tratan de encontrar un lugar mejor. Aquí solo se están quedando los judíos

que no tienen a donde ir. Esperando a que los cacen, que no tardarán.

A todos nos llegaban noticias cada vez más preocupantes. Intentaba hablar con colegas, preguntar a los que parecían entendidos, y anotaba pequeñas cosas en mi cuaderno de notas. Nada me resultaba importante para empezar la crónica con fuerza.

Las redadas eran cotidianas. Las SS se movían por la ciudad y detenían a los sospechosos. La información que circulaba es que no pararían hasta deportar a todos los judíos a los campos de concentración del norte y a los que estaban instalando en otros países ocupados. Lo estaban haciendo poco a poco porque no tenían capacidad para encerrar a tantos y, sobre todo, no disponían de transporte.

Estas informaciones llegaban a los judíos, que buscaban desesperados dónde ocultarse por la comarca o la forma de pasar a España de manera clandestina. Muchos tenían miedo de acudir a las colas que se formaban ante los consulados español o portugués por si aparecían los blindados de la Gestapo a detenerlos. «Los de la Gestapo», como eran identificados todos los colaboracionistas, tanto de la Gendarmería como particulares, aparecían con sus vehículos negros cuando menos se esperaba.

La ocupación se estaba consolidando con gran rapidez. Una buena parte de los gendarmes se había puesto a las órdenes de los nazis y actuaba contra los refugiados con la misma virulencia que ellos. Las intervenciones del general De Gaulle desde Londres eran escuchadas con ansiedad y pesimismo por unos, y despertaban las escasas esperanzas que mantenían los patriotas.

Los bombardeos contra diversas ciudades de Inglaterra cada vez eran más alarmantes. La BBC, a diferencia de las radios francesas, informaba puntualmente. Los muertos ya se contaban por millares y algunos ataques habían afectado incluso el palacio de Buckingham, pero la familia real se había negado valientemente a abandonarlo.

La esperanza de pasar a la Península Ibérica tropezaba con la información que aseguraba que España y Portugal prohibían entrar a los judíos. Y en la inmensa mayor parte de los casos sus nombres

y apellidos los delataban. Algunos me contaban que el dinero de que disponían se les acababa y muchos tenían que recurrir a la venta de sus joyas y objetos de valor, y los especuladores aprovechaban para estafarles con la complicidad de los peristas. Los delincuentes acechaban y los atracos violentos estaban a la orden del día. Además de por la persecución nazi, durante las noches, durmiendo a la intemperie, el riesgo de un asalto obligaba a familias y amigos a mantener a algún miembro despierto para dar la alarma.

Todo se agravaba con la confusión de lenguas y el agotamiento que aquellas decenas de millares de personas estaban sufriendo. Algunos nativos, particularmente los colaboracionistas, que iban en aumento, a veces los trataban con hostilidad. Tenían dificultades para conseguir alimentos y otros productos básicos, como medicinas y elementos para el aseo, lo que era especialmente grave tratándose de mujeres y niños. Las mujeres tenían problemas para encontrar servicios y mantener su higiene durante la menstruación.

El drama más escalofriante era el de los niños, muchos de corta edad, separados de sus padres. Se calculaba que alrededor de un millar se habían extraviado en los tumultos y desbandadas, y permanecían retenidos en centros improvisados por organizaciones benéficas o por la administración francesa. Pero muchos padres no se atrevían a ir a buscarlos por miedo a ser detenidos, sobre todo si tenían apellidos judíos.

Los cónsules español y portugués parecían ser los únicos que compartían aquel drama colectivo. Ambos eran conscientes de que actuaban contra las instrucciones de sus Gobiernos, dos dictaduras que se proclamaban no beligerantes, pero que evitaban hasta el más mínimo gesto que molestase a los nazis, que se estaban convirtiendo en los dueños de Europa.

Muchas miradas se orientaban al Gobierno del mariscal Pétain, en Vichy, nombrada la capital de la llamada Francia Libre, que no tardaría ni horas en mostrar su docilidad a los dictados de Berlín. Los judíos que buscaron en ella refugio se encontraron con la desagradable sorpresa de que tampoco allí se librarían de la

persecución hitleriana.

El compañero de la agencia Havas me contó que en los pasos fronterizos entre Francia y España, y entre España y Portugal, los trámites se eternizaban, incluso teniendo visados. Los funcionarios de Hendaya y Vilar Formoso estaban agotados. Las peticiones de refuerzos caían en saco roto. Ni Lisboa ni Madrid parecían estar preocupados por la desesperación que su desinterés estaba provocando entre tantos ancianos, mujeres y pequeños que aguantaban de pie el ayuno y la incertidumbre una hora tras otra. Los desmayos eran frecuentes y, al menos del lado francés, varios fueron recogidos ya cadáveres.

Algunas veces, los bombardeos de los Stukas o sus ráfagas de ametralladora sobre objetivos en los puestos fronterizos ponían a tiritar a todas aquellas personas, que no terminaban de librarse de sus sufrimientos. Por la mente de muchos pasaba la memoria de una tradición de persecuciones, exclusiones sociales y amenazas a su supervivencia. El racismo nazi, con su obsesión por la pureza de la raza, colmaba una historia aciaga, solo paliada por la fe religiosa y el orgullo de ser parte de un pueblo crucial en la cultura universal.

XIX

La iglesia a esas horas de la mañana estaba casi vacía. Apenas un par de docenas de mujeres y cuatro o cinco hombres seguían la misa oficiada por el coadjutor de la parroquia de Saint Pierre, en el centro de la ciudad. Aristides estaba agotado y durante el sermón, en el que el sacerdote se extendió sobre la parábola del buen samaritano, cuando estaba a punto de quedarse dormido, de repente se levantó una joven y, señalándole con el brazo, comenzó a increparle: «¡Maldito seas! ¡Estúpido! ¡Lo pagarás! ¡Vete a la mierda! ¡Que te jodan!».

Durante unos instantes creyó estar sufriendo una pesadilla. El sacerdote se quedó mirando lo que estaba ocurriendo sin capacidad para reaccionar. El monaguillo se puso tan nervioso que derramó parte del vino de consagrar que estaba acercando al altar. Todos los ojos se quedaron fijos en aquel hombre esbelto y encanecido que se había puesto pálido, de pie, y enfrentaba dificultades para respirar.

Varias mujeres agarraron por los brazos a la que gritaba intentando taparle la boca entre peticiones de que se callase, se relajase y se volviese a sentar. Pero ella, enfurecida, rechazaba a codazos a las que la rodeaban y lanzaba miradas furiosas contra el cónsul portugués que, con la cabeza gacha, titubeó unos instantes, hizo una genuflexión, la señal de la cruz y salió por el pasillo adelante. En el corto recorrido hasta la puerta tuvo tiempo de atormentarse más escuchando los cuchicheos que entremezclaban palabras como «cónsul» y «pianista».

Algunos les habían reconocido: él era un fiel habitual, y la mujer, la pianista que tocaba en algunos actos religiosos.

—Pero, Aristides, ¡qué mala cara tienes! —le saludó Angelina, que esa mañana había tenido la suerte de no haberle acompañado

a la iglesia—. ¿Te sientes mal? ¿Te preparo una infusión?

—No, tuve una mala noche. No quiero tomar nada. Voy a salir ahora mismo para Bayona. Tengo que ver lo que está ocurriendo con Faria Machado. Parece que se ha olvidado de que fui yo quien le nombró cónsul honorario.

—Pero así, sin desayunar...

—Sí. Cuanto antes, mejor. Tengo que ajustarle las cuentas. Me he equivocado y voy a destituirle *ipso facto*.

—Intenta dormir antes, que son casi tres horas de viaje. ¿Te acompañará Nuno o José António? Me sentiría más tranquila.

—No. Conduciré yo. Vosotros —dirigiéndose a sus hijos—, atended a la gente, preparad los visados y se los lleváis a Propper de Callejón para que vise el tránsito por España. Así ganaremos tiempo.

—Por cierto, papá —dijo Pedro Nuno—, esta mañana, cuando tú estabas en misa, vi rondando por aquí a dos tipos sospechosos. Intenté acercarme y creo que hablaban en portugués. Tenían toda la pinta de ser de la PVDE. Algo pretendían, no eran refugiados en busca de un visado.

—¿Y dices que eran portugueses?

—Me lo pareció. No conseguí hablar con ellos. Tampoco me parecieron nazis. Iban vestidos con traje y corbata, con el calor que hace...

—Vigila si vuelven. No me sorprendería que hayan venido de Lisboa a vigilarnos.

La carretera a través del Parque Nacional de las Landas era una buena muestra de la depresión general que se respiraba en todas las regiones del suroeste de Francia: apenas había tráfico civil, entremezclado con los blindados alemanes que circulaban en las dos direcciones. En algunos recodos aparecían grupos de refugiados caminando por las sendas de los alrededores en un intento desesperado por llegar a la frontera. Los campesinos miraban atemorizados el paso de los Stukas, en vuelo alto seguramente para bombardear Inglaterra, mientras realizaban las labores agrícolas que garantizaban el limitado abastecimiento de las ciudades.

Aristides de Sousa Mendes conducía su voluminoso automóvil, concebido para transportar a su numerosa familia, bajo el peso de mil preocupaciones. Cada vez que divisaba a algún grupo de refugiados sentía el impulso de detenerse a recogerlos. Se paró a repostar en una gasolinera custodiada por cuatro soldados alemanes armados con metralletas y el empleado accedió a que usara el teléfono que colgaba en la pared de su despacho. Hizo una primera llamada sin éxito, y a la segunda le respondió una voz femenina que se intuía malhumorada.

—Andrée —la saludó en tono patriarcal—, lo de esta mañana ha sido intolerable. Faltando al respeto en una iglesia e interrumpiendo una misa. Te tengo mucho aprecio, pero tienes un temperamento que hace imposible razonar. Sabes que estoy casado con una mujer a la que quiero, que tengo trece hijos y que te doblo con creces la edad. Lo nuestro, ya te lo dije y lo repito, fue fruto de la simpatía que siento hacia ti. Pero seguir es imposible. Más adelante hablaremos, pero estos días estoy agobiado de trabajo y...

No le dejó terminar. Colgó bruscamente sin pronunciar una sola palabra. Aristides se quedó con el teléfono en la mano unos instantes sin saber qué hacer. De pronto la sangre le hinchó las venas, marcó el número de nuevo y apenas la escuchó respirar al otro lado del hilo, gritó:

—¡Se acabó! ¿Estás oyendo bien? ¡Se acabó! No puedo ser amigo ni un minuto más de una persona que me avergüenza en público.

El empleado de la gasolinera, un hombre en la cincuentena que le había escuchado gritar, se acercó a tranquilizarle:

—Las mujeres son todas así. Yo también tengo unas peleas con la mía como si se fuese a acabar el mundo. Luego van pasando los cabreos y por la noche en la cama se arregla. —Era un hombre amable. Continuó hablando—: Como es usted diplomático, le he llenado el depósito. Estos cabrones —señaló a los guardias alemanes— me obligan a racionarla. Exigen que mantenga reservas para cuando necesiten combustible sus propios vehículos.

—Pues muchas gracias. Necesito llegar a Bayona esta misma tarde.

—Ya les pueden dar por el culo —prosiguió el gasolinero retomando su perorata contra los alemanes—. ¡Qué soberbia y modales se gastan! Saben que son los amos... Mierda de nuestros militares que los dejaron entrar. Ayer se paró a repostar un coche ocupado por cuatro extranjeros de algún país raro, porque no supe qué idioma hablaban. Y cuando estaba con la manguera en la mano apareció un blindado nazi, dio un frenazo que hizo retemblar el surtidor, descendieron dos energúmenos y se abalanzaron contra los ocupantes, dos hombres, una mujer mayor y una niña. Los obligaron a entrar en el blindado y se largaron con ellos dentro. Parece que los venían persiguiendo. Ahí se quedó el coche, con las llaves puestas. Lo aparcamos y hasta ahora nadie ha venido a recogerlo.

Siempre que visitaba Bayona Aristides se perdía. Ni siquiera la catedral gótica de Sainte Marie era suficiente referencia para orientarse en las calles medievales del barrio antiguo. Y no entendía por qué el ministerio había instalado el consulado honorario en una calle tan angosta como la *rue* Pelori, en la que los vecinos podían casi tocarse desde los balcones de cada lado de la calle, pero donde los coches circulaban con dificultad y aparcar se volvía imposible.

Se sentía agotado cuando se acercó a la puerta entreabierta del consulado, y la paciencia que se había prometido durante el viaje estalló por los aires cuando se percató de la fría acogida que le ofreció, sin levantarse, Faria Machado, a quien hacía escasos meses había nombrado cónsul honorario a sus órdenes.

Tras un breve saludo protocolario, De Sousa enseguida preguntó las razones por las que no estaba concediendo visados a los refugiados que buscaban cruzar la frontera por miedo a la persecución que les amenazaba.

—He concedido algunos —contestó Faria.

—Pocos. ¿A quiénes? A tus amigos.

El cónsul honorario le tendió una copia de la conocida circular catorce al tiempo que respondía:

—A personas honorables. Es la orden del Gobierno. Aquí dice con suficiente claridad que no se concedan a judíos. Y lo entiendo.

—¿Cómo que lo entiendes? —preguntó Aristides levantando la voz—. ¿Los judíos no son seres humanos? Si Hitler se ha propuesto exterminarlos...

No le dejó terminar:

—Son mala gente. Odiados en todas partes. Fueron los que crucificaron a Cristo, nunca hay que olvidarlo. Si Hitler quiere eliminarlos, por algo será. Salazar tiene razón: se les deja e invaden Portugal hasta que tengamos que marcharnos los portugueses.

—Y ¿qué es primero, lo que diga el Gobierno en Lisboa, que desde la distancia no es consciente de la realidad que se está viviendo aquí, o nuestra obligación de salvar vidas en peligro? No estamos ante una discrepancia de opiniones, sino ante un problema de conciencia.

—No me vas a decir que Salazar no gobierna el país desde los principios cristianos de fe y caridad...

—Estamos lejos para discutir estas actitudes. Pero en la duda, nosotros tenemos que comportarnos guiándonos por lo que dijo Cristo. Si no lo hacemos así, nuestra conciencia nos atormentará para siempre. Tenemos una obligación y una oportunidad única de ayudar a los que lo necesitan.

—Bueno, déjate de sermones. Tú haz lo que quieras. Ya responderás de tus caprichos... Yo cumplo las instrucciones sin discutirlas. Además, las veo muy acertadas... Chupan la sangre a los demás y cuando se ven en apuros vienen a que tontos del culo como tú les salven. Vamos, hombre...

—¿Tonto del culo? —gritó excitado De Sousa—. Vas a insultar a tu padre, malnacido. Levántate de esa silla. Estás destituido. Lárgate cagando hostias... Y vete a hacerles reverencias a los alemanes, que ya se encargarán de responderte con sus métodos.

—Tú no tienes autoridad para destituirme. Yo de aquí no me levanto ni delante de mil judíos que vengan a sacarme a patadas. De aquí no sale ni un visado para esos malditos. Si les ha llegado la hora, que se jodan.

—¿Que de aquí no sale ni un visado? Eso te lo crees tú.

El cónsul general se levantó amenazador, agarró algunos

formularios de visados que estaban encima de la mesa, tiró la silla contra la pared y salió a la calle gritando:

—¿Alguien quiere visado para Portugal? —repetía caminando por la calzada y agitando los papeles que llevaba en la mano.

Mientras voceaba, miraba a las ventanas, que se iban llenando de curiosos. Tardaron pocos minutos en aparecer con los pasaportes en las manos los primeros acogidos a la hospitalidad de algunos vecinos en sus modestas viviendas. Aristides se sentó en el escalón de entrada al consulado y firmó el primero, para un matrimonio de apellido Schlesinger, de Silesia. Les siguió un escultor, Eugen Bager, y la familia Heri Zvi. En cuanto se corrió la voz, fueron llegando otros. Firmó cerca de cuarenta.

Empezaba a decaer el sol y Aristides estaba agotado. Cuando vio que Faria Machado intentaba cerrar la puerta del consulado, se levantó furioso, lo agarró por el brazo derecho y le arrebató la llave. Los dos forcejearon unos minutos ante el pasmo de los vecinos que presenciaban la reyerta desde las ventanas. La fortaleza de De Sousa acabó imponiéndose y el ya excónsul honorario se marchó gesticulando, pero sin mirar atrás. Aristides entonces enarboló la llave y, dirigiéndose a los testigos, voceó: «Mañana habrá visados para todos los que los requieran. A partir de las ocho».

Ya no se encontró con fuerzas para buscar un hotel. No había almorzado, pero no tenía ganas de cenar. Había sido un día aciago. Solo el recuerdo de aquellas familias a las que había extendido visados le reconfortaba interiormente. Pensó en pasar la noche en el coche, que había aparcado en un descampado próximo, pero le venció la pereza y el dolor de espalda. Preguntó a los transeúntes si alguien podía proporcionarle alojamiento por una noche y una mujer que portaba un fardo de verduras en la cabeza le ofreció una habitación. Era minúscula y olía a humedad. Aunque estaba en el interior y no tenía ventanas a la calle, resultaba ruidosa.

En cuanto se despertó a la mañana siguiente, observó en el reloj que ya no tenía tiempo para ir a misa en la catedral. Se levantó y sin asearse, porque las restricciones imponían el corte de agua hasta las ocho, bajó a la calle, caminó hasta el consulado,

abrió la puerta, cogió una pequeña mesa y una silla del interior, las sacó a la entrada y se dispuso a firmar visados como había prometido. No le hicieron esperar. Enseguida empezó a formarse cola. Algunos intentaban contarle sus circunstancias, todas duras y conmovedoras, pero él procuraba, sin ser descortés, firmar y llamar con la vista al siguiente. Apenas le quedaba tiempo para fijarse en los nombres. Le conmovían especialmente las familias numerosas, que le recordaban a la suya, y siempre dispensaba una caricia a los niños que se aferraban a las manos de sus padres o abuelos.

Algunos se acercaban con miedo y mientras el cónsul firmaba el visado se ponían de perfil. Mediada la mañana irrumpieron por una esquina varios jóvenes vestidos con camisas pardas, al estilo de los paramilitares nazis, con insignias del partido, y en actitud desafiante apartaron a los que esperaban en la cola y colocaron una bandera del Reich en la ventana de enfrente. Aristides se levantó furioso y les plantó cara. Un vecino que presenciaba la escena se puso de su lado y comentó cuando vio que se dispersaban: «Son colaboracionistas. Hijos de puta. Y además, cobardes».

Cuando ya pasadas las dos de la tarde recogió la mesa y cerró la sede, aún le esperaba otra sorpresa desagradable: el capó del coche había sido pintarrajeado y los laterales, raspados de un extremo a otro. En medio de la irritación ante los desperfectos, se acercó tímidamente una pareja ya mayor con aire compungido. Se acababan de enterar de que se estaban expidiendo visados en el consulado portugués. De Sousa se percató de la frustración que estaban sufriendo, hizo señas para que se acercasen y apoyándose en el techo del automóvil les firmó el visado a tres o cuatro.

De vuelta en Burdeos, nada más entrar en casa ahogado por el calor después de tres horas de viaje, Angelina le alertó:

—Anda por ahí un interventor del ministerio. Lleva toda la tarde con el canciller.

Aristides torció el gesto.

—¿Un interventor en un momento así? ¿Qué dijo?

—Nada. Preguntó por ti y no le dio importancia al hecho de que estuvieras fuera. Enseguida se le pegó Seabra, tan servil como

siempre, y lo llevó del brazo al despacho.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Si lo dijo, no me acuerdo. Me dio la mano y nada más. Es bajito, regordete, con gafas, con un traje oscuro de lana. Da grima verle sudar.

Iba a adentrarse en el cuarto de baño, ansioso por darse una ducha, cuando la mujer llamó de nuevo su atención:

—Los niños están husmeando. Ellos te podrán contar más. Y te llamó Eduardo, tu colega español. Está desolado. Ya te contará.

—¿Qué ocurre?

—Pues que un blindado alemán que circulaba a gran velocidad atropelló a Bijou, el caniche de la hija. Lo había sacado a pasear la asistenta y... Contándomelo se echó a llorar. No saben cómo decirle la verdad a la niña.

Después de la ducha, llamó al cónsul español.

—Ya te habrá contado Angelina —le dijo como saludo Propper de Callejón—. Estamos hundidos. Era un miembro más de la familia. Para la niña ha sido su compañero durante estos días de soledad.

—Son bestias hasta para eso —respondió De Sousa—. Si quieres, puedo intentar encontrar otro. Mis hijos se mueven por la ciudad como las lagartijas. Nada se les vuelve imposible. Por cierto, cambiando de tema: tengo por aquí a un interventor del ministerio. Sospecho que viene a joder.

XX

Los pasillos del palacio de las Necesidades, sede del Ministerio de Negocios Extranjeros de Portugal, bullían en comentarios cada vez más morbosos sobre el cónsul general en el sur de Francia. Los jefes de la Guardia Nacional Republicana (GNR) en la frontera no cesaban de enviar quejas por la abrumadora llegada de refugiados y la escasez de funcionarios tanto para el control de los visados como para las revisiones de la aduana.

Los hermanos De Sousa Mendes, Aristides y César, despertaban envidias y odios, lo que se añadía al escaso aprecio que sentía por ellos Salazar, quien sumaba la cartera de relaciones internacionales a la presidencia del Consejo de Ministros. Las intrigas remontaban sus argumentos a un expediente administrativo que Aristides había tenido que sufrir en su etapa en Brasil, aunque no tuvo una especial gravedad.

El sórdido y temido Agostinho Lourenço, jefe casi invisible de la PVDE, hacía llegar de continuo los informes secretos que remitían los agentes enviados expresamente a Burdeos para vigilar de cerca al cónsul. Los miles de visados que estaba concediendo eran considerados ilegales en el Ministerio del Interior, un desacato a las órdenes impartidas, y sospechosos de responder a una iniciativa corrupta del cónsul.

—Ese se está aprovechando para forrarse —era la frase que pasaba de unos a otros. Y se reproducían otros comentarios de esta índole:

—Tiene trece hijos y algunos estudiando fuera. Con su sueldo eso no se puede mantener. Conceder visados es un chollo porque siempre se queda un porcentaje.

—Hace poco los hermanos hicieron una reforma en la Casa do Passal, el palacio familiar que tienen en Cabanas de Viriato. ¿De

dónde sacaron el dinero? A ver eso cómo se explica.

Apenas algunos amigos de la época de Coímbra y los que manifestaban en voz baja su aversión a la tiranía impuesta por António de Oliveira Salazar apuntaban algo en su defensa, o simplemente guardaban silencio.

La presencia de los refugiados recién llegados se hacía notar en las calles del centro de Lisboa, de manera especial en el *Terreiro do Paço,* la plaza del Comercio, y en el puerto, donde esperaban con ansiedad el momento de poder embarcar en algunos de los trasatlánticos para América.

El drama que estaban viviendo aquellas personas conmovió la sensibilidad de los lisboetas, que no escatimaban la ayuda que podían prestarles. Muchos los alojaban en sus casas, les proporcionaban comida *kosher*, cuyas recetas estaba divulgando la comunidad judía lusa, y les ayudaban a entender el portugués y a resolver los trámites para poder embarcar.

Muy temprano por la mañana, Texeira de Sampaio, el secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros, llamó al embajador de España, Nicolás Franco, a su residencia oficial en el palacio Palhava para convocarle lo más pronto posible al ministerio por un asunto urgente. El hermano del Caudillo, que ejercía gran influencia en el país tanto por el cargo como por la simpatía personal que despertaba, acudió diligente a la cita y fue recibido en ausencia de Salazar por su segundo, el secretario, con el que permaneció reunido cerca de una hora.

Al abandonar el ministerio no hizo declaraciones, ni siquiera reveló a sus colaboradores más cercanos el motivo de la reunión. Pasó unos minutos por su residencia para recoger una pequeña maleta y continuó al aeropuerto de Portela, a donde llegó a tiempo para subir al primer avión hacia Madrid. Era un hombre cordial y hasta dicharachero, pero en aquellos momentos se mostraba pensativo y taciturno.

Madrid apenas estaba recobrando la normalidad en aquellos días de posguerra, con la atención fijada en lo que ocurría en los frentes europeos. La sociedad estaba muy dividida entre los derrotados, tanto en las armas como en sus simpatías políticas, y

los vencedores, eufóricos por el éxito nazi en Europa. Todos los periódicos coincidían en destacar las proezas de las tropas alemanas y el desastre de las democracias. Los editoriales, tutelados si no redactados por la Dirección General de Prensa, abundaban en el triunfo de la dictadura frente a los desastres de la «partitocracia», la terminología despectiva con que se despreciaba al sistema democrático.

La propaganda oficial del nuevo régimen giraba en torno a tres enemigos a perseguir: el comunismo, el judaísmo y la masonería. En España la colonia judía era mínima, nunca se había recuperado de la expulsión ordenada por los Reyes Católicos siglos atrás, pero sufrían la influencia de las acusaciones que pesaban contra ellos en Alemania. La prensa recordaba como una gesta importante la expulsión llevada a cabo en España en 1492.

Nicolás Franco pasó fugazmente por el palacio de El Pardo a saludar a su hermano y una hora más tarde se trasladó al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde fue recibido de manera obsequiosa por los altos cargos. El ministro, su cuñado Ramón Serrano Suñer, se hallaba reunido con la Junta Política de la Falange, que presidía, y llegó un poco más tarde. Vestía el uniforme ajustado con la camisa azul y el yugo y las flechas en la pechera.

Mientras tomaban asiento comentó a Nicolás Franco que estaba muy ocupado preparando su segundo viaje a Berlín para organizar la entrevista que celebrarían en breve Franco y Hitler. Estaba eufórico ante el éxito de las tropas del Reich y opinaba que era un momento muy importante para España. «Espero que recuperemos Gibraltar —dijo—. El embajador británico está muy molesto ante la presión de los estudiantes. Que le den morcilla».

Durante la reunión que mantuvieron, llamaron al embajador en Francia, José Félix de Lequerica, sin éxito: estaba realizando el traslado de la embajada a Vichy, donde ya se había instalado el presidente Pétain. Hablaron con el embajador alemán y con el embajador de Portugal, Teutónio Pereira, la personalidad elegida por Salazar para estar representado en Madrid al mismo nivel que lo estaba Franco en Lisboa.

La conversación abordó el problema que se estaba creando en los pasos fronterizos, especialmente en el de Fuentes de Oñoro, en Salamanca. La avalancha de refugiados que intentaban cruzar a Portugal estaba generando grandes colas, y la policía lusa no contaba con suficientes dispositivos para efectuar el control. Entre los que intentaban pasar al país vecino había muchas personalidades de los países invadidos por la Wehrmacht.

Llegaban a Portugal para escapar de las amenazas y muchos con la intención de embarcar hacia América. En la conversación alguien recordó que en España estaba ocurriendo algo parecido y que habían tenido que habilitar un campo de internamiento en Miranda de Ebro. Los gobernadores civiles de las provincias limítrofes con Francia tenían instrucciones de detener a los que cruzaban, en su mayor parte de manera clandestina.

El ministro escuchaba sin mostrar especial interés mientras hojeaba los documentos que se amontonaban en su escritorio. Ese era un problema policial que, desde luego, no debería complicar las relaciones con Portugal, y aún menos crear situaciones que empañasen el estatuto de país no beligerante de España, aunque no solía ocultar su simpatía hacia Alemania. Pero cuando de pronto escuchó que una buena parte de los refugiados eran judíos que venían huyendo de la persecución en sus países, Serrano Suñer saltó como si le hubiese empujado un resorte y, encolerizado, empezó a gritar que la judería no podía ser admitida. Si eran detenidos, juzgados y castigados en el territorio del Reich, sería por algo. En España no podía haber sitio para ellos ni facilidades para escapar de sus responsabilidades en sus lugares de residencia.

La reunión concluyó cambiando impresiones sobre la consolidación del Estado Novo que Salazar estaba creando en Portugal. Sobre la invasión de refugiados, la conclusión era inevitable: respetar a los que portasen visados de tránsito para Portugal; no reconocerlos sería motivo de conflicto por más que los portugueses los estuvieran rechazando. El embajador sostuvo que eran visados ilegales y que tomarían medidas drásticas para perseguir a quien los estaba falsificando.

XXI

El teléfono no dio tregua en el despacho de Aristides de Sousa Mendes a lo largo de una mañana tensa en el interior del consulado portugués y agitada en las calles de Burdeos, donde los cañones de los carros de combate reflejaban la arrogancia despectiva y agresiva de los militares nazis que patrullaban a caballo por las calles más céntricas e incluso en los barrios alejados. Las filtraciones de lo que estaba ocurriendo en las comisarías bajo el control de la Gestapo y la colaboración de los gendarmes franceses se estaban volviendo espeluznantes.

Los detenidos en espera de ser traslados a los campos de concentración estaban siendo torturados de manera salvaje. Las noticias hablaban ya de seis ejecuciones de prisioneros que intentaban rebelarse contra el desprecio y las agresiones con que estaban siendo tratados. Algunas mujeres habían sido violadas en las celdas. Todo se contaba en voz baja, mirando de reojo a derecha e izquierda, entre el miedo y los sobresaltos.

—¿Qué tal, Aristides? ¿Cómo lo llevas? —fue saludado cordialmente.

La voz de Propper de Callejón era inconfundible. El cónsul dejó a medias la firma del visado de la familia Dyner, a quienes conocía de su etapa en Bélgica, para conversar de manera más distendida con su colega español.

—Bien —respondió—. Qué quieres que te cuente...

Eduardo enseguida detectó que estaba agotado y deprimido.

—En Lisboa —prosiguió— no entienden nada. Los judíos les asustan y Hitler les acojona. Salazar escucha misa todas las mañanas en su despacho, pero que la gente sea perseguida a muerte le da igual. Y a los que le hacen las reverencias les importa menos.

—¿Te han dicho algo?

—Oficialmente todavía no, pero no creo que conserve el puesto mucho tiempo. Me vigilan. He tenido la visita inesperada de un interventor, la PVDE ronda por ahí a diario, y algún amigo de confianza que me queda en el ministerio me ha alertado: «Van a por ti, Aristides. Deja de extender visados...», me dijo.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—Pues lo que estoy haciendo: seguir extendiéndolos mientras pueda. Creo que ya han recibido algún informe de lo ocurrido en Bayona y me crucificarán.

—¿Qué pasó exactamente allí?

—El cónsul honorario que nombré yo mismo estaba comportándose como un antisemita. No estaba dando ni un visado a los refugiados y se mostraba desconsiderado y agresivo con ellos, recordándoles que no se les quiere en ninguna parte.

—¡Qué cabrón! ¿Se considera de la raza aria? En estas situaciones los conversos son los peores.

—Le destituí en el acto, me instalé en el despacho y firmé todos los visados que se presentaron. Y al día siguiente abrí yo la puerta e hice lo mismo. A saber lo que estará contando a Lisboa...

—Creo que en Madrid también se cuece algo. El embajador Nicolás Franco estuvo en el ministerio ayer y se reunieron con el embajador de Portugal.

—Pues conmigo van jodidos. Le dije al que me llamó, que ignoro si lo hizo como amigo o como mensajero: «Realmente sé que estoy desobedeciendo y no sé si eso se me va a perdonar. Pero para mí, por encima de las órdenes de los ministros, está la ley de Dios, que es la que procuro cumplir».

—Ya. En España la política la imponen los obispos. Y la ley de Dios también la flexibilizan ellos cuando quieren. Los judíos, al parecer, no son hijos de Dios. Rigen los métodos de la Inquisición.

Nada más colgar, timbró de nuevo el teléfono, Aristides lo descolgó inmediatamente y apenas se le escuchó decir con voz áspera: «No tengo tiempo ahora, ya te lo he dicho». Una permanente preocupación interfería en su enfebrecida lucha contra el tiempo que intuía que le quedaba para ayudar a los desgraciados

que esperaban a la puerta: Andrée no escuchaba razones y temía que una de sus llamadas fuese atendida por Angelina, que junto a sus hijos colaboraba en el antedespacho adelantando los trámites burocráticos.

Muchos refugiados se mostraban desfallecidos, agotados y hambrientos. Angelina siempre tenía comida para ofrecerles. Y cuando veía que algo se había agotado en la despensa, enviaba a uno de los hijos a buscarlo. En medio de la confusión empezaba a imponerse el estraperlo como fórmula de aprovisionamiento. La familia se había repartido las obligaciones: el padre firmaba, José António procuraba medios de subsistencia, Nuno ejercía de correo con el consulado de España, Angelina estaba omnipresente cada vez que hacía falta y Fernandina, la empleada, se encargaba de que siempre hubiese algo preparado en la cocina para atender las emergencias.

«Todo esto es un disparate —escuchó Nuno rezongar por los pasillos al canciller—. Llevamos más de veinte mil visados y la caja está vacía. Y el ministerio sin hacer las transferencias desde hace más de un mes. Esto es una locura».

Una llamada del cuartel general de ocupación convocando al cónsul a una reunión al día siguiente la despachó el propio Aristides diciendo que el cónsul estaba fuera. «Cuando regrese les devolverá la llamada», prometió él mismo. Colgó el teléfono y exclamó: «¡Cabrones!». Se levantó unos segundos, se sacó la chaqueta, estiró los brazos y sintió que el hombro derecho le dolía y el brazo se le había quedado dormido.

—Déjalo un rato —le pidió su mujer—. Tienes que comer algo.

—No tengo hambre —respondió airado.

Entonces recibió una llamada de un íntimo de su hermano César alertándole de que las intrigas en el ministerio no cesaban. Cada vez especulaban más con el enriquecimiento personal que estaba consiguiendo con la expedición de visados de manera indiscriminada. La frontera, le explicaba además el confidente, era un caos y dos personas habían muerto en un accidente de tráfico en las inmediaciones de Guarda. Los alojamientos en Lisboa

estaban repletos y el número de personas que dormían en el puerto aumentaba cada anochecer. Aristides escuchaba con el teléfono entre el hombro y la oreja, y continuaba firmando y sellando visados.

Era una tarde calurosa y las puertas entreabiertas del despacho apenas proporcionaban un poco de ventilación. Sus hijos le iban pasando las solicitudes y de vez en cuando le explicaban los casos más dramáticos de los refugiados que esperaban bajo el sol en una cola que no decaía. José António y Pedro Nuno vigilaban estrechamente que los solicitantes no se salieran del espacio protegido por la inmunidad diplomática del consulado para impedir que los patrulleros, nazis o colaboracionistas, los atacaran o detuvieran.

En la calle el ambiente volvía a cargarse de tensión. Comenzaban a atisbarse los primeros indicios de resistencia. Durante la mañana se habían producido algunos incidentes alrededor de las oficinas de control de suministros. Los rumores desatados aseguraban que dos gendarmes a caballo habían sido atacados a pedradas en el casco histórico de la ciudad. A pesar del secreto impuesto por los militares, las noticias sobre las torturas a que estaban sometiendo a los detenidos se filtraban desde los cuarteles. Al menos tres se sabía con certeza que habían muerto por el maltrato.

Angelina acababa de entrar al despacho con un vaso de agua cuando uno de los hijos interrumpió sofocado la conversación que estaba manteniendo el matrimonio.

—Acaba de aparcar un coche negro con matrícula portuguesa —anticipó con voz entrecortada—. Casi atropella a una anciana que espera a que le devolvamos firmado el pasaporte.

Entre los que aguardaban en la cola se formó un pequeño revuelo. El conductor había frenado bruscamente y, sin ningún miramiento con cuantos le rodeaban, saltó para abrirle la puerta al pasajero que ocupaba el asiento trasero derecho. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto adusto, vestido con un traje oscuro y corbata gris, que se apeó lentamente, miró con desconfianza a su alrededor y ordenó al chófer que anunciara su presencia al cónsul.

—El embajador en España, Pedro Teutónio Pereira, quiere ver al señor De Sousa Mendes —se escuchó al conductor dirigiéndose al conserje del consulado.

Aristides frunció el entrecejo, pero apenas se inmutó cuando el conserje le transmitió el mensaje.

—¿Qué se le habrá perdido a este aquí? —se preguntó en voz alta ante la mirada interrogante de Angelina—. Es el embajador en Madrid, un lameculos de Salazar y buen amigo de Franco. La voz de su amo... Ya esperaba yo algo así después de lo de Bayona.

El embajador entró en el despacho con aire desenvuelto, hizo una cortés reverencia a Angelina, que se estaba ausentando, y saludó al cónsul, que apenas había hecho ademán de levantarse a darle la mano con una sonrisa.

—¿Cómo está? —se interesó de manera ritual mientras se acercaba la silla que estaba enfrente del cónsul sin esperar a ser invitado a sentarse.

Aristides cerró el pasaporte que acababa de sellar y llamó a José António:

—Ya está. Entrégaselo a los propietarios. Recomiéndales que no pierdan tiempo.

Encarándose con el visitante, preguntó:

—Y ¿qué le trae por aquí, embajador? Imagino que no vendrá a hacer turismo. No es el mejor momento para disfrutar de Burdeos.

En medio de la tensión del momento, Teutónio Pereira hizo ademán de encender un cigarrillo, pero se quedó paralizado unos instantes y acabó optando por volver a guardar el encendedor. Era evidente que ninguno de los dos sabía cómo romper la situación embarazosa que se había creado. El embajador titubeó ante la mirada inquisidora del cónsul, y al fin rompió el *impasse*:

—Aristides, en Lisboa están muy preocupados por lo que está ocurriendo... Texeira, el secretario general del ministerio, está abrumado con este asunto.

—No es para menos. La situación es terrible en toda Europa.

—Bueno, lo sé. Pero yo no me refería a eso. En el palacio de las Necesidades no comprenden que usted continúe expidiendo

visados sin autorización e incumpliendo la orden número catorce.

—Yo creo que estoy cumpliendo con mi obligación como ser humano. Son personas que corren serio peligro. Vienen huyendo de toda Europa y ya no tienen otra puerta a la que llamar.

—¿Un cafecito, señor embajador? —preguntó Angelina entreabriendo un poco la puerta.

—No, muchas gracias —respondió Teutónio Pereira volviéndose fugazmente—. Hace mucho calor para tomar café —se disculpó.

Aristides aprovechó para mirar el reloj. Eran las cuatro y veinte.

—Ya —reanudó su argumento el embajador—, pero las cosas no son tan simples. El Gobierno y el propio doctor Salazar son conscientes de la situación. Nuestro país es pequeño y corre serios riesgos. Por una parte tiene que mantener las buenas relaciones con Reino Unido, pero al mismo tiempo es consciente de que el Reich se extiende y en cualquier momento puede incorporar a España. El Gobierno del general Franco está en deuda con Hitler y lo más probable es que acabe incorporándose al eje Berlín-Roma.

—Eso es razonable —replicó De Sousa—, pero entre tanto hay vidas humanas de por medio. El doctor Salazar eso seguro que lo entiende: una cosa es la situación internacional y otra el deber que como cristianos tenemos de ayudar a quienes necesitan salvar su vida. Todos los días nos llegan noticias de las atrocidades que están cometiendo los nazis en los países que van ocupando. La persecución de los judíos, a los que quieren exterminar, así de fuerte, es imposible que nos deje inermes a los que lo estamos viviendo tan de cerca.

Teutónio Pereira se revolvió en su asiento, extrajo por fin el encendedor y cuando acercó la llama al cigarrillo se quedó pensativo contemplando las volutas de humo. Un simulacro de tos le proporcionó unos segundos de reflexión antes de continuar.

—Somos funcionarios, Aristides. Servidores del Estado. Tenemos responsabilidades y no siempre somos los que podemos valorarlas. El problema de los judíos es grave, desde luego, pero lo que podemos hacer es muy poco. Poner a salvo unas vidas puede

agravar la amenaza que se cierne sobre ellos. Hitler está demostrando que tiene recursos sobrados para controlar la Península Ibérica. No podemos olvidar que los judíos son un pueblo que no ha conseguido ganarse a la gente a lo largo de su historia.

—Son seres humanos, como usted y como yo. Y mientras esté en mi mano ayudar a salvar a alguno, lo haré. Entiendo que desde Lisboa tomen decisiones fríamente, pero cuando uno vive el drama de esa gente que espera en la cola, las cosas se contemplan de otro modo. Yo, desde luego, no me perdonaría inhibirme, y estoy seguro de que Dios tampoco lo haría. Dígales a los sabihondos del ministerio que vengan unos días a Burdeos o a cualquier pueblo de la comarca y se enfrenten con el drama humano que a nosotros nos está tocando presenciar.

—El Gobierno, Aristides, no tiene alternativa. Lo primero es preservar la seguridad nacional y después, la de los demás. El país no tiene capacidad para recibir ni dar acogida a tanta gente como nos gustaría. Los ingleses, que son mucho más poderosos, no lo están haciendo. Hay que ser realistas.

—En eso estoy de acuerdo: hay que ser realistas y aceptar la responsabilidad personal de cada uno. —El cónsul hizo una breve pausa y, echando un vistazo a los documentos que tenía delante, prosiguió—: Y si me permite, podemos dejar esta conversación para más tarde. Hay mucha gente angustiada esperando en la entrada. Imagino que no le gustará pensar que mientras hablamos estamos perdiendo la oportunidad de salvarle la vida a alguno. Por lo menos, de librarle de la desesperación que está viviendo.

—Somos diplomáticos, Aristides. No miembros de un fondo de caridad. La situación nos obliga a cumplir con el interés general. No es usted el único que desea salvar a la humanidad...

Teutónio Pereira hablaba entre gestos continuos de impaciencia.

—El cónsul español, un diplomático inteligente y con experiencia, está haciendo lo mismo —añadió De Sousa.

—Pues será por poco tiempo —sentenció el embajador levantándose airado.

La despedida fue tan fría como la recepción. El embajador abandonó el consulado a buen paso. Aristides se quedó de pie detrás de su escritorio moviendo la cabeza, con la cara enrojecida por la ira. Unos minutos después se encontró rodeado por Angelina y sus hijos.

—Tranquilo, papá. Serénate, puede darte un infarto. Relájate.

Angelina se volvió un instante y dirigiéndose a la empleada, gritó:

—Fernandina, por favor, deja lo que estás haciendo y prepara una infusión para el señor.

—A ver lo que este cabrón irá contando a Lisboa —comentó Aristides revolviéndose en su silla—. Habrá que ver a aquellas fieras, cómo van a disfrutar con lo que les cuente. —Hizo una breve pausa y añadió—: Id preparando las maletas. A mí, en cualquier momento, vienen los de la PVDE y me entregan a la Gestapo. Por cierto, Nuno, ¿habéis llevado al consulado de España los últimos visados?

—Por supuesto. Hemos llevado unos y traído otros. El señor Propper de Callejón no pierde un minuto. Se nota que a él no le acosan como a ti.

—Ya lo harán, ya lo harán. Y lo sabe. Ponme con él, que voy a contarle lo último.

Propper de Callejón estaba desolado. Había hablado con la Embajada, ya instalada formalmente en Vichy, y la conversación con un colega le había dejado preocupado. Toda la actividad que se estaba desarrollando era de un verdadero servilismo hacia los alemanes. Pétain intentaba mantener la dignidad militar, pero el poder estaba en manos de Pierre Laval, que se sentía más nazi que el propio Goebbels.

—Tengo además un problema difícil en casa. Elenita no ha superado el disgusto por la pérdida de Bijou. Era como su hermano, su compañero en la soledad que sufre desde que llegó. No para de llorar, no quiere comer...

—¡Pobrecita! —exclamó Aristides.

—Gracias a los juguetes que le llevó tu hijo... No tiene niñas para jugar. No tenemos a nadie para sacarla a la calle con un

mínimo de seguridad. Hélène no se atreve. Ya sabes, por su apellido judío y el renombre de la familia...

—Y el drama de esta gente sigue...

—Vaya si sigue —ratificó el cónsul español—. Hay muchos escondidos en casas particulares. Algunos caseros se están aprovechando, pero cada vez con mayor riesgo. La Gestapo está haciendo registros ante la menor sospecha.

La tarde iba cayendo, densa y soporífera. Fernandina anunció que la cena estaba lista.

—Cada día es más difícil preparar algo presentable. La despensa se agota —añadió.

—Vamos, Aristides, déjalo ya —le rogó Angelina—. Mañana sigues.

—Habrá que ver si hay mañana. No abandonaré el despacho con alguna petición de visado sobre la mesa. Mejor sellados con la fecha de hoy...

Teutónio Pereira ordenó al conductor partir en dirección a Hendaya y ver si en la ruta había plaza en algún hotel abierto. Desde el asiento trasero tomaba notas en un bloc. También él actuaba consciente de que no tenía tiempo que perder. Su deseo era que al día siguiente en el ministerio tuvieran en la mesa el informe urgente con el resultado de su conversación con el cónsul De Sousa Mendes.

El chófer, que le conocía bastante bien, evitaba preguntarle nada ni hacer comentarios sobre el espectáculo de desolación que estaban presenciando en algunos barrios destruidos por las bombas. Era evidente que el embajador estaba contrariado. Tomaba notas, de vez en cuando se detenía para mirar por la ventanilla, y enseguida reaccionaba dando un golpe sobre el cuaderno que mantenía entre las piernas.

—Vamos a intentar llegar a la frontera. Allí será más fácil telegrafiar a Lisboa...

—De acuerdo, embajador. Pero, como verá, la carretera no está para correr. En algunos puntos está destrozada por los tanques. Dos horas no nos las quitará nadie.

«El cónsul general en Burdeos se ha trastornado —empezaba

su informe al Ministerio de Negocios Extranjeros—. La reunión con Aristides de Sousa Mendes en su despacho ha sido frustrante y deprimente. En todo momento se resistió a hablar sobre su actitud y a entrar en razones. Toda su obsesión era firmar y sellar visados mientras hablábamos».

Más adelante añadía:

«La impresión es que se trata de un hombre perturbado, fuera de su estado normal. Incluso su aspecto era deplorable: estaba en mangas de camisa, sudoroso, desaliñado y siempre a la defensiva. Le expliqué que estaba incumpliendo las órdenes sobre la concesión de visados a extranjeros, y reaccionó como una fiera».

El informe concluía que se trataba de una situación irreversible:

«No acepta las órdenes superiores porque estima que son incompatibles con su conciencia. Acusa al Gobierno de no comprender el drama que se está viviendo en las zonas ocupadas. Alega que para él lo más importante es actuar con su conciencia y poder responder ante Dios. Comuniqué a las autoridades fronterizas españolas que no admitan los visados que está extendiendo de manera compulsiva, pero me dicen que no pueden hacerlo mientras sean expedidos por un consulado legalmente reconocido».

XXII

La vida en Burdeos estaba entrando en la monotonía del miedo y la desesperanza. Las patrullas de la Gestapo que se movían por la ciudad detenían de manera indiscriminada a quienes les parecían sospechosos simplemente por llevar algo en la cabeza para protegerse del sol. Por eso, los hombres judíos habían renunciado a la kipá y las mujeres, al tichel. Muchos habían encontrado refugio pagado en casas particulares, en almacenes, sótanos y trastiendas. La obsesión de los policías era descubrir los escondites y la mayor preocupación eran las delaciones que realizaban vecinos y hasta familiares.

Los agentes nazis se presentaban de improviso en los inmuebles donde tenían las denuncias o simples sospechas, registraban hasta localizar los refugios y arrastraban con violencia a los ocupantes, niños incluidos, hasta los blindados. Luego, los dueños de la casa eran detenidos por separado (para evitar la confusión racial), y los trasladaban a prisiones francesas.

La actualidad política estaba en Vichy. Las noticias que llegaban mantenían la imagen de un presidente fuerte, pero la realidad era que los asuntos de su Gobierno se dilucidaban entre los enfrentamientos constantes de los políticos que defendían la soberanía del país y el grupo imperante de nazis franceses que seguían a rajatabla las pautas del III Reich, del que se consideraban miembros. Administrativamente la situación era caótica, con los ministerios desperdigados por hoteles y edificios institucionales, y sin coordinación ni líneas claras de actuación ante los múltiples problemas que surgían.

Las emisoras de radio locales ofrecían un panorama de normalidad asombroso y las extranjeras, aunque su atención estaba centrada en otros frentes, de vez en cuando incluían alguna

información reveladora del caos que se vivía en la llamada Francia Libre. Un tema crucial era la situación en las colonias, bajo la jurisdicción de Vichy. Para el presidente Pétain era la principal preocupación. En varias se habían registrado alteraciones del orden público y algunos jefes militares, desperdigados por los cinco continentes, despertaban inquietud ante los llamamientos que De Gaulle realizaba con gran impacto desde la BBC de Londres.

Se estaba volviendo muy difícil encontrar temas nuevos para mantener una crónica diaria. En Burdeos ya no quedaba rastro de la actividad política que había albergado la semana anterior, y los temas sociales y humanos perdían interés de tanto repetirse. Al regresar al hotel a la hora del almuerzo, Guillermo trató de sonsacarme si sabía algo nuevo, y cuando le expliqué la situación me dijo:

—¿Por qué no se va a Vichy? Allí es donde están pasando cosas. Seguro que encontrará más temas. Ya que no quiere escribir de la situación de los españoles... —concluyó sonriendo con ironía.

Sí, sabía de sobra que ese era un tema tabú. Pero me quedé dándole vueltas a la sugerencia. Era una buena idea. Casi todas las noticias que difundían las agencias estaban fechadas en Vichy. Dudé un momento si comentarlo en el periódico, y decidí esperar para averiguar antes si era posible llegar hasta allí.

En la estación del ferrocarril me informaron que el viaje incluía muchas paradas y que demoraría algo más de once horas.

—¿Tiene permiso? —me preguntó la taquillera.

—¿Qué permiso?

—De los nazis —respondió levantando desdeñosamente la mano—, ¿de quién va a ser? ¿Aún no sabe que ahora hace falta un permiso para todo, hasta para ir al baño?

—Y... —titubeé—, ¿dónde se saca el permiso?

—No lo sé. Supongo que en el Ayuntamiento, donde están los de los taconazos.

Cruzar la Esplanade des Quinconces fue más complicado de lo normal. Era el momento del relevo de la unidad que rendía honores a la bandera del Reich. Una vez más sentí admiración por el espectáculo de la parafernalia nazi. Las cruces gamadas

presidían el acto y en la distancia resonaban los taconazos, a los que seguramente se refería la taquillera, y los gritos de «*heil* Hitler» que atronaban la plaza.

La espera para poder hablar con un responsable en el Ayuntamiento resultó interminable. Mientras, el remolino de mi cabeza entremezclaba el viaje a Vichy con la preocupación por el tema que debería elegir para la crónica aquella tarde.

El oficial que me atendió al fin era un joven alto, rubio, con un uniforme de tela gruesa y unas botas de cuero que le llegaban hasta la rodilla. Verle en aquel despacho rodeado de esvásticas y fotos del Führer, en medio de aquel calor, que en el exterior rondaba los 35 grados, resultaba asfixiante.

—Y ¿para qué quiere ir usted a Vichy? —preguntó con voz de sorpresa.

—Soy periodista español —respondí—. Para informar de lo que ocurre.

—No hay permisos para periodistas. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme de forma inquisitiva—. Y no lo intente porque será detenido. Estamos en estado de guerra, por si no lo sabía. Aquí puede usted escribir de todo lo que está haciendo el Reich para limpiar la ciudad de indeseables y reconstruir una buena convivencia entre los pueblos.

—¿También con los judíos? —pregunté instintivamente.

—Los judíos no tienen sitio en el Reich. ¿En España sí?

No supe qué responder. Se levantó del asiento, dio un taconazo de rigor y gritó «*heil* Hitler». Imaginé que esperaba que le secundase, pero le dejé esperando. Al llegar al hotel, Guillermo, que no perdía oportunidad de saber algo nuevo, me salió al paso para interesarse por cómo me había ido.

—Nada —respondí—. Son unos cabrones. Que no tengo nada que hacer en Vichy... La puta madre...

—Tranquilo, hombre, eso se puede arreglar. Conozco a unos pasadores que le llevan a usted a donde quiera.

—Pero...

—Si quiere le pongo en contacto. Una reunión secreta. Son caros, eso sí.

Me fui a escribir malhumorado. La verdad es que no sabía sobre qué. Me hubiese encantado contar mi experiencia con aquel nazi cínico y prepotente con el que acababa de hablar. Claro que si no era un relato elogioso, la crónica estaría predestinada a aquella papelera que el redactor jefe tenía en su despacho rebosante de papeles.

Apenas había transcurrido una hora cuando Guillermo me avisó para que fuese al vestíbulo. Ya en la calle me señaló a un hombre de edad avanzada que entraba al café y se dirigía al baño.

—Quédese por aquí —me recomendó Guillermo— y espere a que él le aborde. Le saludará como si se conocieran de toda la vida. Hablen con aire despreocupado. Mejor que no se oculten.

El desconocido salió abrochándose aún la bragueta y al verme reaccionó simulando sorpresa. Nos dimos la mano efusivamente y me susurró al oído:

—Hable como si fuésemos amigos, pero no levante mucho la voz. Quiere ir a Vichy, ¿verdad?

—Sí —respondí—. Soy periodista.

—Eso olvídelo —me cortó rápido—. ¿Tiene dinero para pagar al chico?

—Creo que sí, aunque no sé cuánto puede costarme...

—Bueno, eso lo vemos luego. Le pueden llevar en coche con paradas en algunas bodegas. Le he dado vueltas y se me ha ocurrido presentarle como un español que ha venido a negociar la llegada de los vendimiadores españoles ante la nueva cosecha. Es un poco pronto, pero los alemanes son muy previsores y lo entenderán. ¿Conoce usted algo del mundo del vino?

—No, en absoluto. Yo no distingo un burdeos de un borgoña.

—¡Qué barbaridad! Bueno, los nazis que pueden detenerlo, tampoco. Usted, cuando hable con los lugareños, muéstrese interesado. Si hablan de los vendimiadores españoles, que son muy apreciados por aquí, usted plantee cuántos necesitarán, cuándo tienen que venir, dónde van a alojarse... Usted pregunte, pregunte, que es la mejor manera de ocultar la ignorancia.

Mientras hablábamos pasó por las inmediaciones uno de los furgones de la Gestapo que patrullaban buscando a los judíos que

se arriesgaban a salir a la calle. Me sobresalté, pero él ni se inmutó: continuó hablando sin añadir nada nuevo a lo que ya había escuchado.

—¡Ah! No hable en francés con los alemanes. Estos —señaló despectivamente a los ocupantes del blindado alemán— no van a entender ni una palabra si se les habla en español. Si lo hace en francés, ya se buscarán algún colaboracionista traidor que les hará servicialmente de intérprete.

—¿Cuándo podría ser?

—Tengo que ver la disponibilidad de los chicos. Quiero que le acompañe una persona con aspecto de hombre de negocios. Los jóvenes despiertan más sospechas y usted, con ese aspecto de judío que tiene, ni hablamos.

—No soy judío —aclaré.

—Bueno, el problema sería que lo creyesen. En fin, mañana hablamos. Vaya preparando sus cosas.

XXIII

Aquella noche Aristides apenas quiso cenar. Cuando terminó de bendecir la mesa se quedó pensativo, sin decidirse a coger el tenedor. Angelina, que le conocía bien, optó por respetar su silencio. Durmió poco y mal. Las horas transcurrieron en una sucesión de pesadillas y sobresaltos que ella intentaba mitigar con su habitual actitud dulce y cariñosa.

Se despertó poco después de las seis, salió a calle a buen paso, todavía no había nadie a la puerta del consulado esperando por un visado, y se dirigió a la iglesia. No iba a misa desde el incidente con Andrée Cibial, pero su fe se impuso. Llegó justo en el momento en que el sacerdote, de espaldas a los fieles, pronunciaba el «*introibo ad altare Dei*»; luego hizo una plática. De Sousa estaba abstraído en sus lucubraciones, pero reaccionó cuando el cura habló de la paz y la comprensión entre los pueblos. Enseguida sacó la conclusión de que se trataba de un colaboracionista que estaba entusiasmado con el orden social impuesto por los nazis.

El cónsul portugués estaba tan indignado que no se levantó a recibir la comunión. A punto estuvo, en medio del sermón, de salir al paso en voz alta ante lo que estaba escuchando. Nada más terminar la misa, sin esperar a que el monaguillo ayudase al oficiante a quitarse la casulla, se acercó a la sacristía e increpó al sacerdote.

—Padre, cuando habló usted de la comprensión entre los pueblos, ¿a quién se refería?

—Pues a la fraternidad entre franceses y alemanes que se está produciendo. ¿Le parece mal? Es lo que se impone.

Tardó en responder.

—Le pregunto si en esa fraternidad incluye usted a los miles de judíos que están en la ciudad con sus vidas amenazadas,

expulsados de sus lugares de residencia, atemorizados...

—Yo hablaba a los cristianos. El asunto de los judíos es otra cuestión. No han sabido adaptarse a la sociedad.

—Pero son seres humanos, ¿no le parece? Los judíos comparten el mismo Dios que nosotros...

—Sí, pero ellos lo han crucificado. ¿No le parece normal que cada cual responda de sus pecados?

Cuando regresó al consulado, todavía indignado por lo que había escuchado, se encontró en la puerta a cuatro o cinco personas esperando a que abriesen. Se acercó y conversó unos minutos con ellos.

—Los alemanes —le dijeron— están pagando para que nos delaten. Los jefes nazis están furiosos porque no se alcanza la cifra de detenciones que tienen como objetivo diario.

Otro del pequeño grupo añadió:

—Muchos han conseguido escapar hacia España conducidos por unas organizaciones que se comprometen a llevarlos hasta la frontera. Pero aparte de que cobran mucho dinero, hay casos en que ellos mismos te roban o te dejan abandonado cuando ya han cobrado.

—Pues esperen unos minutos y enseguida les extiendo un visado para Portugal a través de España. Esta tarde pueden estar en la frontera a tiempo para encontrarla abierta.

Ni siquiera subió a la vivienda. Angelina le preguntó desde lo alto:

—Pero, Aristides, ¿tampoco vas a desayunar? ¿Subes o te bajo algo?

—Tráeme un café bien cargado. No quiero nada de comer —respondió con voz malhumorada— ni dormir.

Entró en su despacho y descolgó el teléfono al oírlo sonar. Era, como empezaba a ocurrir cada mañana, el cónsul español. Entre los dos se había creado una buena amistad.

—¿Qué tal, Eduardo? ¿Cómo está la niña?

—Bueno —se escuchaba muy lejana la voz, Propper de Callejón—, se va adaptando. No es fácil para nadie y menos para una niña. Al fin conseguimos un buen pediatra y la encontró bien.

Hélène está más tranquila. Bueno, estamos más tranquilos los dos. ¿Y tú?

—Pues, qué quieres que te cuente... Vienen a por mí. En el ministerio las rencillas, las envidias, los odios, todo está desbordado. Solo les falta acusarme de haber asesinado a Lincoln.

—Y Salazar, ¿qué dice?

—¿Salazar? Encerrado en su despacho, confesando todas las mañanas con su amigo el cardenal Cerejeira y preocupado por tener contentos a Hitler, no se le ocurra invadir la Península Ibérica, y a los ingleses, no vayan a cortarnos el teléfono.

Tras charlar con Eduardo, el cónsul se centró en seguir firmando visados, hasta que otra llamada le interrumpió.

—Dígame...

Unos sollozos terminaron de crisparle los nervios.

—Aristides, Aristides...

—¿Otra vez, Andrée? Ya te he dicho que hemos terminado. No puedo hablar. Déjame en paz

—Pero, Aristides, lo necesito. Escúchame un momento...

No la dejó terminar. Colgó abruptamente. Nuno venía de la calle angustiado. En la Esplanade des Quinconces, justo enfrente de la jefatura de los ocupantes, un hombre se había suicidado cortándose la yugular delante de algunas personas que se quedaron paralizadas ante el círculo de sangre que se extendía a su alrededor.

—No sé qué más podemos hacer. Me marcharé con la frustración de no haberlos podido salvar a todos.

El telegrama que Aristides esperaba con serena impaciencia llegó exactamente a las once menos cuarto. Lo abrió inmediatamente y lo leyó dos veces. El mensajero joven que se lo entregó en mano, como era preceptivo, se quedó esperando por una propinilla, pero el cónsul no estaba en esos momentos para detalles.

El mensaje era escueto y preciso. Apenas cinco líneas con algunas incorrecciones derivadas de la transcripción del morse al portugués: «Desde el momento de la recepción, queda usted destituido de sus funciones como cónsul general en Aquitania.

Transfiera todas sus funciones y competencias al canciller, abandone la sede del consulado y emprenda el regreso inmediatamente al MNE (Ministerio de Negocios Extranjeros), donde deberá responder al expediente que se le ha incoado por desobediencia reiterada».

Angelina y Nuno estaban expectantes.

—¿Qué dicen? —preguntó Angelina poniéndose en lo peor.

—Pues te lo puedes imaginar. Acabo de dejar de ser cónsul. Son burócratas desalmados. No han entendido nada. Que haya seres humanos amenazados de exterminio les trae sin cuidado. Cualquier cosa menos incomodar al jefe. Ya en la universidad, César y yo sabíamos que Salazar era un malnacido, soberbio y autoritario. —Dirigiéndose a Nuno, le ordenó—: Sal y mira qué gente está esperando. Vamos a resolverles la situación antes de que ya no podamos hacer nada. Y, Angelina, qué quieres que te diga... Poneos tú y Fernandina a hacer maletas. Con lo más necesario. Esperemos que después proporcionen un transporte para todos los enseres que llevamos rodando por todo el mundo.

—¿Es muy urgente?

—¡Claro! Debemos salir hoy mismo. Me han abierto un expediente grave. No hay que darles más argumentos para acusarme de uso indebido de esta sede consular. Menuda, con... el espía que dejamos —añadió señalando con el pulgar el despacho del canciller Seabra.

Fernandina, la empleada de hogar que después de tantos años ya formaba parte de la familia, rompió a llorar desconsolada cuando le contaron lo que estaba ocurriendo. Estaban en el despacho del cónsul, de pie junto a Angelina, Nuno y José António, y las lágrimas de aquella mujer se volvieron contagiosas. Solo Aristides continuaba sentado en su escritorio, revolviendo documentos y firmando nuevos visados.

—Nuno, José António —ordenó de pronto sin levantar la vista de la mesa de trabajo—, id uno de los dos al consulado español, que tienen una solicitud de una familia que quiere ir a Aveiro, donde tiene a alguien que les espera. Id antes de que sea tarde.

Cuando alzó la mirada y vio el dramatismo en las caras de su

entorno, se quedó pensando unos instantes y, lejos de sumarse al abatimiento del grupo, reaccionó visceralmente.

—Ya está bien. No es hora de lamentos. ¿De qué tenemos que lamentarnos? ¿De hacer lo que debíamos? ¿De tener que regresar a Portugal, que es nuestra tierra, donde tenemos nuestra casa, a nuestras familias...?

Llegó un momento en que se atragantó en su alegato, respiró hondo y continuó:

—Salid a la calle, mirad el aspecto de los que esperan desesperados a que les extendamos un visado temiendo acabar en un campo de exterminio. Ellos sí tienen razones para deprimirse ante el duro futuro que les aguarda.

Volvió a timbrar el teléfono; lo descolgó y volvió a colgar sin saber quién llamaba.

—Tenemos muchos motivos para sentirnos bien —prosiguió dirigiéndose a la familia—. Lo que hay que hacer es dar gracias a Dios, porque somos unos privilegiados. Así que vosotros ayudad a vuestra madre a hacer el equipaje, y yo seguiré atendiendo a los que esperan. Cada uno que consigamos salvar es un motivo de satisfacción personal.

—¿Cuándo quieres salir? —preguntó Angelina.

—Ya. La orden es que dejemos esta sede inmediatamente. Y hay que cumplirla. Tendremos que hacer noche en el camino si encontramos algún alojamiento. Es una orden administrativa que puede resultarnos incómoda, pero no debemos discutirla. Es lo que pretendía que no hiciésemos los que redactaron la orden número catorce.

Mientras seguía firmando visados, su mente estaba en la reunión que debía mantener a continuación con el canciller Seabra para realizar la transferencia de funciones y entregarle los sellos del consulado. Al acabar, iba a hacer llamar a su subordinado, pero de repente cambió de opinión y, en un gesto de modestia y buena voluntad, se acercó él a su despacho. Los dos hombres, que en las últimas semanas habían mantenido tantas discrepancias, se miraron y sin mediar palabra se fundieron en un abrazo.

—Cada uno actuó conforme a sus razones —se disculpó el

canciller.

—Lo entiendo, Seabra. Nuestras ideas no coinciden, puedo entenderlo. Has cumplido con tu obligación.

Toda la burocracia del consulado, incluidas las cuentas, estaba en orden. Aristides firmó la cesión, recogió algunos documentos que estimaba que iban a hacerle falta para afrontar las acusaciones vertidas en el expediente disciplinario que le esperaba en Lisboa, y le entregó al canciller el banderín del coche que ya no tenía derecho a utilizar.

Era un coche grande, adquirido pensando en la familia numerosa que tenía, y podían acomodarse todos sin problemas. Estaban ya colocando las maletas cuando José António comentó:

—¡Pobre hombre! Ha llegado tarde. Qué mala suerte.

Acababa de acercarse un hombre mayor con la barba encanecida, que miraba con desconfianza a un lado y a otro. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón. Aristides, que ya se había puesto al volante, volvió la vista a los pasajeros que iban sentados detrás y preguntó:

—¿Podéis apretaros un poco más?

Y sin esperar respuesta hizo señas al anciano para que se acercase.

—El consulado queda cerrado para los visados. Nosotros nos vamos. Pero si quiere, puede acompañarnos hasta la frontera e intentar pasar con nosotros. Somos muchos, irá algo incómodo, pero es probable que tratándose de un coche consular no nos nieguen el paso.

—Dios se lo pagará. Rezaré por ustedes en el camino —agradeció el anciano.

—¿Es usted cristiano?

—Soy clérigo. Me persiguen porque me relacionan con un grupo que se rebela contra la injusticia que se está cometiendo con los judíos. Son nuestros hermanos. Compartimos la fe en el mismo Dios.

—Y ¿tiene dónde ir en España?

—Volveré al monasterio de la orden. Es en Burgos.

Nadie parecía con ganas de hablar durante el viaje. Las dos

horas largas hasta la frontera se convirtieron en una eternidad. Los guardias alemanes en la aduana apenas miraron el paquete de pasaportes que les habían entregado los ocupantes. El cónsul había firmado un visado al acompañante durante el trayecto. Le puso fecha de la víspera.

Aristides de Sousa Mendes apenas volvió la vista atrás al cruzar a España. Dejaba muchos recuerdos que se le agolpaban en la cabeza: los sinsabores por la incomprensión de sus superiores, la tristeza que le invadía pensando que podía haber hecho más para salvar vidas y, sin saberlo, una amante embarazada de tres meses.

XXIV

Eduardo Propper de Callejón llegó a casa extenuado. Cuando estrechaba a la niña entre sus brazos, Hélène observó que sangraba por la mano derecha. Llevaba todo el día firmando y se había hecho una rozadura entre los dedos, que tenía en carne viva.

—Voy a curarte, Eduardo. No puedes estar así...

Mientras permanecía con la mano estirada y ella le colocaba una gasa empapada de alcohol, él recordó que tenía que ir por la mañana a la estación. A lo largo de la tarde había recibido un aviso de que llegaría un director general del ministerio en tránsito a Vichy y que debía acudir a recibirlo.

—¿Le conoces?

—Qué va. Creo que es nuevo —respondió, y cambió de tema en un intento por liberar de preocupaciones a su mujer—: ¿Has pintado hoy?

—Un poco. Una no tiene humor para nada. Me gustaría salir al campo, ahora que hay tanta luz. Pero no me atrevo. Cada vez da más miedo.

—Voy a acostarme pronto. Necesito dormir.

—Tienes que comer algo. No vas a irte a la cama sin cenar.

—No tengo hambre.

Alrededor de las tres de la madrugada llamaron a la puerta de la casa de los amigos donde se alojaban. Primero fue un timbrazo que se prolongó casi un minuto y luego unos golpes que les hicieron saltar de la cama sobresaltados.

Cuatro militares con sus botas altas y sus esvásticas en las solapas irrumpieron en el salón.

—¿Hay judíos dentro? —preguntó uno.

Hélène se estremeció. Estaba en camisón y se encerró en el cuarto para cambiarse. Propper de Callejón intentó explicarles cuál

era su cargo y que el piso estaba protegido por la inmunidad diplomática. Todo fue inútil: los cuatro energúmenos se movían impacientes mirando de un lado a otro. El que parecía ser el jefe del comando dio una orden y todos se pusieron a recorrer las habitaciones, a revisar las ventanas, abrir los armarios y alhacenas, a golpear el techo y las paredes.

Con las voces y el ruido, la niña se despertó y comenzó a llorar. Uno de los policías se conmovió y le hizo un gesto cariñoso. Los dueños de la casa asistían en pijama muertos de miedo.

No encontraron a nadie, por lo que el jefe ordenó abandonar la casa. Casi en la puerta, preguntó:

—¿Seguro que no han ocultado judíos? ¿Saben si se esconden en otros pisos del edificio?

Hélène sintió de pronto un estremecimiento. Instintivamente, se plantó delante de la vitrina del salón. Acababa de ver allí, entre otras figuras de artesanía, una reproducción de la menorá, el candelabro hebreo que, según la tradición, Dios entregó a Moisés.

—Volveremos a comprobarlo en otro momento —dijo el jefe del comando, y dio la orden de retirarse a sus compañeros. Se despidieron con un portazo que retumbó en todas las habitaciones. El cónsul español se quedó sin capacidad de reaccionar. En cuanto desapareció el último, corrió al dormitorio de la niña, que todavía lloraba sobresaltada. Aquella noche nadie en la casa consiguió dormir.

Al día siguiente, Propper de Callejón casi olvidó que tenía que ir a la estación a recoger al alto cargo que tenía anunciada su visita, pero cuando llegó aún tuvo que esperar cerca de media hora. Como era habitual, el tren llegó casi vacío y con retraso. El director general, que vestía el uniforme de la Falange, con la camisa azul y botas de media caña, se mostró frío en los saludos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Algo menos de cuatro horas.

—Es que traigo una carta de Serrano para su colega en el Gobierno de Pétain y antes tengo que visitar al general Von Hauser, de la Wehrmacht, que está al frente de la ocupación. Será una visita de cortesía. Me la recomendó el embajador en Madrid.

Creo que me recibirá a las doce.

—Estamos cerca y tengo el coche esperando. Hay tiempo para que tome un café. Estará cansado. El viaje es pesado. Y hasta Vichy aún le quedan unas horas.

—Bien. Luego puede usted acompañarme a la entrevista.

Mientras tomaban el café hablaron del tiempo, del vino de la tierra, que el director general consideraba muy inferior al Rioja, y sobre la mala costumbre de los franceses de comer la sopa al final del menú.

—Como en España, ni hablar —sentenció el director general —. Más arriba de los Pirineos todo es una mierda, lo han demostrado estos días los militares franchutes. ¡Si Napoleón levantara la cabeza...! ¡Qué vergüenza de unos y qué poder de los otros!

Propper de Callejón siguió en silencio su perorata y luego preguntó:

—¿Cómo van las cosas en España? Aquí no se entera uno de nada. Está aquí un periodista de Madrid, pero un periodista que informe de lo que está pasando en España, no hay. Todo lo que se escucha es contra el caudillo y la represión. Deberían preocuparse más de la prensa extranjera.

—Da igual. Lo importante es que las cosas van bien. Los problemas se van resolviendo. Aquí tenéis bastantes rojos exilados. ¿Os dan mucho la lata? A ver si los alemanes los meten en cintura. Se lo comentaré al general.

La entrevista posterior con el general alemán fue breve y aséptica. Muchos taconazos y sonrisas frustradas entre dos personas que simulaban ser amigas y ni siquiera conocían sus nombres. El general se interesó por el Caudillo y se volcó en elogios ante la capacidad de liderazgo militar y civil del Führer. Ya al final, el español insinuó el problema de los rojos españoles y los inconvenientes que podrían causar, pero el alemán tenía prisa por terminar la audiencia y respondió con un comentario sobre sus verdaderas preocupaciones:

—Estamos —explicó el general— terminando de liquidar a los judíos que se nos acumularon aquí en la huida de sus países. Son

cobardes, pero astutos. Ya hemos sacado a varios millares en autobuses. Pero algunos se esconden y hay gente que los protege. Estamos esperando la llegada de doscientos agentes de las SS y la Gestapo para barrer la ciudad.

—En España —se envaneció el director general— casi no tenemos. Quiero decir, en libertad. Los que van llegando, porque se filtran por toda la frontera, son detenidos y, en espera, se les envía a campos de internamiento. Ellos saben que en España no tienen futuro y ambicionan salir hacia América desde Portugal o a Palestina desde el sur.

El director general secundó el gesto del general de levantarse para dar la audiencia por concluida, y ya de pie, sentenció:

—En la nueva España surgida de la purificación de la raza y la fe no hay cabida ni para los comunistas ni para los masones ni para los judíos. Ya hubo que expulsarlos hace más de cuatrocientos años y nada más lejos de la voluntad del Caudillo que vuelvan.

—Toda Europa necesita purificar su raza. Los judíos son la causa de la decadencia que el Führer quiere detener, mal que les pese a los ingleses, en su locura de bloquear el continente.

—Compartimos esta idea...

—Los militares españoles también la comparten. Hace unos días tuvimos una comida de fraternidad en Biarritz con los jefes de las guarniciones fronterizas y pudimos comprobar que nuestras coincidencias son totales.

El español asentía entusiasmado. La despedida fue rápida y concisa. Los dos se abrazaron y con el brazo extendido gritaron «*heil* Hitler». Luego, el director general, también en posición de firmes, añadió: «Siempre a sus órdenes, mi general».

Propper de Callejón no podía quitarse de la cabeza los incidentes de la noche. Tenía mareos y le dolía la mano. Pero sobre todo le preocupaban la niña y Hélène, que había soportado el asalto con una serenidad asombrosa. Aquella parafernalia que rodeó el encuentro le produjo asco.

Apenas había prestado atención a la conversación. Él estaba incumpliendo las normas expidiendo visados. No esperaba que eso le proporcionase nada bueno, pero al mismo tiempo le

reconfortaba estar haciendo una buena obra, sobre todo observando la bestialidad de los ocupantes y el desprecio que le merecían los alemanes, convertidos en dueños de vidas y haciendas.

Al abandonar la reunión, el enviado español estaba eufórico.

—Estás ocupando un puesto clave. Las buenas relaciones fronterizas son cruciales. Lo haré saber en Madrid —le dijo al cónsul.

Acompañó al director general a la estación y regresó al consulado, donde esperaban unas diez personas en demanda de visado para ir a España, o de uno de tránsito para llegar a Portugal. Recordó la conversación que acababa de escuchar y sintió pena ante la suerte que esperaba a aquellas personas.

—Hágalos pasar de uno en uno, Sebastián —ordenó al conserje—. Y vamos a agilizarlo. A ver si podemos atenderlos a todos.

Firmó los primeros visados y cuando les estrechaba las manos a los solicitantes, una llamada de Madrid le dejó con la palabra en la boca. Era un amigo íntimo con el que hablaba de vez en cuando, siempre en clave.

—Eduardo, ha estado por el ministerio el embajador alemán. Ya sabes que es un hombre con mucho predicamento. Pasa con mucha frecuencia y habla con el ministro y los otros grandes jefes. Me han contado que siguen tu trayectoria con interés. Así que estate preparado para recibir novedades sobre tu futuro inmediato. Parece que se exigirá a todos los jefes de legación en Europa menor condescendencia con los judíos. El Reich tiene su política muy clara, pide colaboración.

El cónsul escuchó en silencio. Sabía que tenía que interpretar la realidad del comentario de su compañero. Enseguida intuyó que se trataba de una alerta, y mientras se debatía mentalmente en cómo descifrarla, contemplaba a los siguientes refugiados que aguardaban de pie a la puerta para ser atendidos. Iba a ser una tarde agitada. Pasado un rato, le llamó otro colega amigo desde la embajada en Vichy.

—Esto es caótico, prepárate. Estamos todos perdidos. Esta

ciudad no reúne condiciones para alojar un Gobierno. Y no un Gobierno de paso, no, un Gobierno operativo al cien por cien que intenta situar la Francia Libre en la alianza del Reich con Italia...

—¿Por qué dices que me prepare? Yo ya estoy padeciendo lo mío aquí. Quizás alguno piense que esto es el paraíso del vino, cuando la realidad es que se ha convertido en un infierno. Te debates entre las instrucciones, la responsabilidad personal y la depresión que te causa el drama de tantas personas.

—Ya. Te vas a venir, ¿no? ¿No te han dicho nada? Creo entender que desde Madrid han llegado órdenes sobre tu traslado.

—¿A dónde?

—Aquí, ¿a dónde va a ser? Escuché al colega que te está sustituyendo como primer secretario quejarse de tener que abandonar el puesto después de tantas vicisitudes, y el embajador le prometió que continuaría y que ya pensaría en otra ocupación para ti.

—Al colega portugués, un buen tipo, le defenestraron ayer de una manera ultrajante. «Queda usted destituido», decía el aviso que le mandó su ministerio.

—No creo que contigo hagan algo igual. Yo no veo razones. Se comenta que te has excedido extendiendo visados, pero en eso el embajador no ha apreciado especial gravedad. Sospecho que la orden viene de Madrid. Los alemanes no quieren intrusos en sus decisiones. Su embajador en España creo que es un tocapelotas de cuidado, es el que mangonea todo en el palacio de Santa Cruz. Tiene chivatos en todos los despachos. Y el ministro, ya sabes...

—Pues conmigo —respondió el cónsul— que hagan lo que quieran. Ya abandoné cuando se implantó la República, que no me gustaba, y no dudaré en volver a hacerlo si el nazismo intenta decirme lo que tengo que hacer. Esto tampoco me gusta.

La llamada del embajador en Vichy llegó ya empezando a anochecer. Le saludó de forma cordial, se interesó por la familia y se disculpó por no haber mantenido con él una comunicación más frecuente.

—Imagino que lo estaréis pasando mal. Las circunstancias son complicadas para todos. Yo he estado atendiendo las obligaciones

como miembro de la Comisión del Armisticio, menudo embolado, y al tiempo tratando de instalarnos y organizarnos aquí, que tampoco es moco de pavo. Vichy es una ciudad estupenda, ya la conocerás, pero no tiene capacidad para alojar un Gobierno que tiene que atender la política nacional y las relaciones bilaterales con Alemania, que son prioritarias, como podrás entender, además de organizar las oficinas, los alojamientos... Un drama.

El cónsul escuchaba en silencio las lucubraciones del embajador, que delataban que estaba retrasando decirle algo que no sería de su agrado.

—Lo comprendo, embajador. Aquí vamos capeando la situación como se puede. El consulado ya funciona con normalidad y nosotros nos mantenemos en precario en un apartamento prestado. No estamos cómodos, pero nos sacrificamos conscientes de que son las circunstancias las que mandan.

—Es que..., es que... —titubeó el embajador—, para hablar de eso te llamaba. Madrid prefiere que el consulado permanezca inactivo. Quieren que las relaciones con los ocupantes se lleven con ellos directamente. No sé cómo querrán hacerlo, pero de momento... —El embajador carraspeó antes de ir al grano—. Hoy hemos recibido un comunicado en el que ordenan que regreses a la Embajada. El trabajo grueso ahora está aquí. Estoy estudiando qué actividades nuevas deberás realizar y cómo ubicarte en los escasos despachos de que disponemos. Tendrás que comprenderlo.

—¿La orden es de...?

—Del ministro en persona. La firma él. Ya sabes que Serrano Suñer es buena persona, pero un poco impulsivo. Él es consciente de que actualmente el centro del mundo es Alemania, y España, recién salida de una guerra civil, necesita de Alemania para recuperarse.

—Bueno —se permitió interrumpir el todavía cónsul—, como la necesitó el Gobierno para ganarla.

—Ya, pero el ministro procura una cooperación más estrecha. Dentro de unos días se entrevistará con Hitler y no quiere que las negociaciones encuentren obstáculos. Y uno son los judíos...

—Nosotros no tenemos nada contra los judíos.

—Eso te crees tú —replicó el embajador levantando la voz—. Precisamente las quejas que se han recibido contra ti son porque estás acogiendo a muchos judíos y proporcionándoles visados para huir a España o a Portugal a través de España.

—He hecho lo que usted me dijo: actuar según mi criterio. Y lo que hice fue eso, dejarme guiar por lo que me dictaba mi conciencia. Yo no tengo suficiente frialdad para no prestar ayuda a alguien que la necesita. —Entre los dos se produjo una pausa embarazosa—. Es que muchos son sefardíes —continuó el cónsul —. Y es muy duro escucharles reclamando el derecho a regresar a España. Recuerde que ya Primo de Rivera se lo reconoció hace poco más de diez años.

—Pero el ministro, ya te imaginarás, no opina lo mismo. En su mensaje nos critica de hecho a todos, y a ti te acusa de haberte entregado a los objetivos de la judería, dice textualmente. Considera que los representantes españoles no deben obstaculizar los objetivos del nacionalsocialismo.

El embajador, una vez dicho lo que tenía que comunicar a su subordinado, cortó educadamente la conversación.

—Organiza el regreso cuanto antes. Mejor que en Madrid sepan que sus órdenes se cumplen. Luego ya tendremos ocasión de hablar nosotros. Yo estoy preparando el viaje a Wiesbaden para la próxima reunión de la Comisión del Armisticio. Todos tenemos que contribuir al restablecimiento de la paz.

—Ya —concluyó el cónsul—, pero mientras tanto los Stukas continúan bombardeando Inglaterra.

Enseguida se arrepintió de su incontinencia verbal.

XXV

Había dormido mal dándole vueltas al viaje a Vichy. Me habían dicho que no iba a encontrar alojamiento, pero eso no me inquietaba: estaba decidido a dormir al raso. Lo que me preocupaba era el traslado. Era consciente de que había muchas posibilidades de que me detuviesen, y hasta lo deseaba creyendo que luego podría contar las bestialidades de las SS en carne propia. Poco a poco había ido concentrando verdadero odio hacia aquellos energúmenos, iluminados en su fanatismo y sádicos contra los demás.

Entre sueño y sueño hice mis cuentas: me quedaba dinero para liquidar el hotel y algo para pagarle al pasador por llevarme. Sabía que algunos eran verdaderos estafadores que te cobraban por adelantado y luego te dejaban abandonado a mitad de camino. Pero me creía preparado para una situación así. A la mínima tendría que vérmelas con mi capacidad desconocida de reacción.

Había quedado con el pasador. Estaba deseando hablar con él y ver si podíamos llegar a un acuerdo. Caminé un buen rato hasta el lugar de la cita esperando encontrármelo, sin éxito. Todavía no estaba allí. Empezaba a enfadarme por su falta de seriedad: me había prometido que estaría allí a primera hora de la mañana. Cuando apareció por una esquina Guillermo, vestido todavía de paisano, me abalancé a preguntarle.

—Vendrá —me dijo con mucha seguridad—. Tiene que guardar muchas precauciones. Yo le avisaré. Hoy donde tiene una buena crónica es en el consulado, ¿lo sabe?

—No, ¿qué pasa en el consulado?

—Vaya, vaya, y véalo usted mismo. Y luego, escriba, escriba... Eso seguro que interesará más en España que lo que haga Pétain, menudo cabrón. —Hablaba mientras miraba el reloj y caminaba a

buen paso hacia el hotel—. Perdone, pero llego tarde y aún tengo que cambiarme. El director no admite retrasos. Vaya al consulado y luego me cuenta.

Renuncié a desayunar y corrí hasta el consulado. Estaba rodeado de gente con banderas de la República, pancartas con eslóganes contra Franco, fotografías de La Pasionaria hablando en un mitin, y la hoz y el martillo en varios carteles y en insignias en las solapas.

Eran unas cuarenta personas, entre ellas solo cuatro mujeres. Era evidente que se manifestaban con miedo. Casi no se escuchaban gritos y todos parecían más preocupados de ver por dónde podían dispersarse si aparecía la Gestapo. El consulado estaba cerrado y la bandera española había sido arriada.

Alguien impartió una orden que no llegué a entender y cada uno salió caminando en diferentes direcciones. Fue en ese momento cuando me encontré de cara con uno de los enigmáticos compañeros de tren con los que había compartido el viaje desde Madrid. Llevaba una pequeña bandera de la República en la mano, que enseguida arrugó y guardó en el bolsillo.

Hice ademán de saludarle como había hecho en otros encuentros, pero esta vez agachó la cabeza, en apariencia avergonzado, y se perdió entre los compañeros. Quedé con la duda de si era, como suponía, un espía infiltrado entre los exiliados españoles o si efectivamente se trataba de uno de ellos. Recibí la impresión de que era un infiltrado para informar a Madrid.

Cuando se despejó la plazuela llamé a la puerta del consulado, que había estado cerrada todo el tiempo, y me abrió Sebastián, el conserje, que, me confesó, había pasado miedo oculto en el interior.

—Creía que iban a asaltar el consulado, romper las ventanas, tirar piedras..., pero se mostraron muy pacíficos. Fue lo que usted habrá visto.

—¿Y el cónsul?

—Don Eduardo salió esta mañana muy temprano con la familia. Al parecer, ayer ordenaron de Madrid que se reintegrase a la Embajada en Vichy. Es una pena, no se imagina lo que él ha

hecho por ayudar a la gente.

—¿No se despidió?

—Bueno, sí. A mí y a Enmanuel, el chico que le ayudaba, nos dio un abrazo muy fuerte. Le saltaban las lágrimas. Se fue en el coche, conducido por Martín, claro, y acompañado por la señora y la niña pequeña que tienen.

—¿El consulado seguirá funcionando?

—No lo sé. Don Eduardo me dijo que lo mantuviese cerrado en espera de instrucciones. Yo creo que no se abrirá. Los alemanes no quieren testigos de lo que están haciendo. Ayer mismo ordenaron regresar a Lisboa a don Aristides de Sousa, el cónsul general de Portugal. Excelente persona. Don Eduardo se sintió muy afectado cuando le llamó para decirle que le habían destituido.

—¿Le conocía usted?

—¡Claro! Mucho. Era una persona excelente, sencilla y muy cordial. Él y don Eduardo se habían hecho uña y carne. Algunas veces he escuchado que los españoles y los portugueses no se llevan bien, pero ellos demostraron lo contrario. Compartían la voluntad de ayudar... Fue admirable lo que hicieron. Y que nadie se lo reconozca...

Regresé al hotel dándole vueltas en la cabeza a lo que había visto, a la idea de trasladarme a Vichy y al tema de la crónica que debería escribir. No me planteaba, por supuesto, describir la manifestación de los exiliados españoles y la esclavitud que sufrían. Sabía que eso no se iba a publicar.

—¿Ha visto? —me preguntó Guillermo en cuanto me echó la vista encima—. Si no lo puede escribir, por lo menos cuéntelo a sus amigos. Que sepan que a los rojos españoles, como ustedes nos llaman, no nos van a silenciar ni los fascistas españoles ni los nazis alemanes.

—Ya —asentí—. Por cierto, ¿ha venido el pasador? No recuerdo cómo se llama. Había quedado aquí esta mañana.

—Mejor que no se acuerde del nombre. Aunque no creo que se lo haya dicho. Si le dice alguno, será falso. Nadie se fía de nadie. Esto está infectado de espías, nazis, de la resistencia, de los colaboracionistas, españoles, ingleses... El secreto es indispensable

para subsistir, no lo olvide.

Recluido en el inhóspito cuartucho en que me alojaba, continué un buen rato dándole vueltas a todo lo que me ocupaba. Necesitaba comunicar al periódico mis planes para continuar informando desde Vichy, y antes tendría que improvisar algo para cubrir la obligación de enviar una crónica diaria. Pero, como ya me ocurría muchas veces, no tenía ningún tema que no hubiese tocado. Recordé cómo había salvado una situación similar escribiendo de las famosas puertas de Burdeos y opté por un artículo sobre la región de Aquitania: su historia, sus paisajes, sus vinos y sus monumentos. Redactaría la crónica y cuando fuese a la oficina telefónica a dictarla, aprovecharía para anunciarles la redacción de mi proyecto de viaje a Vichy.

No había desayunado ni comido nada, y cruzando la plaza con los folios en las manos sufrí un ligero mareo que me aconsejó sentarme en un banco cerca de la fuente. Coincidí al lado de un matrimonio que, cogido de la mano, juntaban las cabezas para sollozar unidos. Me costó entablar conversación con ellos. Solo cuando les expliqué que era periodista extranjero, me contaron su drama: hacía siete días, su hijo de seis años se había extraviado. Lo llevaban buscando por todas partes desde entonces y habían perdido las esperanzas de encontrarlo.

Sentí el impulso de acompañarles a los albergues donde había muchachos recluidos.

—Ya los hemos recorrido todos —me dijeron—. Creemos que se lo llevaron en alguna redada. Tenemos un visado que nos dio hace tres días el cónsul de Portugal, pero sin él no nos vamos. Que nos detengan a nosotros si quieren.

Intenté darles ánimos. Miré el reloj y ya se hacía tarde para enviar la crónica. Sobre la marcha pensé en escribir aquella historia dramática al día siguiente.

Las colas ante la oficina telefónica habían disminuido drásticamente. Apenas aguardé diez minutos para conseguir la conferencia con Madrid. El taquígrafo descolgó y en cuanto se percató de quién llamaba, me dijo con su áspera voz de siempre:

—No empieces a dictar. Parece que hoy no quieren una

crónica tuya. Me han dicho que te pase con el redactor jefe.

Este no me dejó tiempo a explicarle:

—¿Qué pretendes, entrevistar a Pétain? Pregúntale si tiene ascendencia judía, no te jode. —Me quedé sin respiración. Continuó—: Así que a Vichy, ¿eh? No, nada de Vichy. ¿A qué quieres ir a Vichy? Allí no hay comunistas... No, vente a Madrid cagando leches. Has terminado ahí. Coge el primer tren y ven, que el director quiere ajustarte cuentas. Estarás satisfecho... No cumpliste lo que se te encargó. Has estado contando las cosas a tu aire. Todavía no has entendido para quién trabajas.

—Pero... —acerté a decir.

—Ni pero ni hostias. Te envía el periódico a informar de la invasión alemana a Francia y tú te dedicas a darle al pico todo el día con los rojos que tuvieron que abandonar España porque no tenían cojones para responder de sus fechorías.

—No entiendo nada, no sé a qué te refieres...

—¿No lo entiendes? Pues te lo explicaremos. ¿Qué te creías, que no íbamos a enterarnos? Esta mañana recibió el director un informe sobre tus andanzas, que no han sido las que esperábamos.

—Creo que estáis equivocados. Yo no mantuve contacto con los exiliados. Ninguno.

—Y ya sabrás que a tu amigo el cónsul lo han mandado de vuelta a su puesto en la Embajada. También iba por libre dando visados y gastando el dinero en adornar el consulado.

—Ya, me enteré hoy. Era un buen tipo.

—Algo habrá hecho mal. Bueno, que tengo que hacer el periódico. Mañana se lo explicas todo al director, que echa chispas desde que se enteró de que tu trabajo no gustaba al ministro. Así que, ya sabes...

Estaba muy excitado. No me estaba dejando explicarme. Hablaba sin pausas, quizás con un par de copas de coñac de más.

—¡Ah! Y despídete de tu amigo Guillermo.

—¿Guillermo? ¿El maletero del hotel? No es amigo mío. ¿Quién dijo eso?

—Sí, Guillermo Barreda, sí. Menudo hijo de puta. ¿Te contó lo que hizo cuando era comisario político anarquista en Castellón... o

en Alicante, no recuerdo, después de salir en barco de Asturias? Tendría que haber sido fusilado hace tiempo y estar criando malvas. Dile que lo suyo no se olvida ni va a librarse por mucho que se oculte tras un uniforme verde de subalterno.

Abandoné la cabina telefónica desolado. En el regreso me pasó por la cabeza desobedecer y quedarme. Cruzó a mucha velocidad un furgón de la Gestapo que estuvo a punto de arrollarme y el susto me hizo volver a la realidad. Para quedarme a merced del sadismo de los nazis, quizás mejor sería afrontar lo que me esperaba con los franquistas.

Me tumbé en la cama abrumado y divagué mentalmente sobre mi suerte y lo que podría hacer para salir de tantas adversidades que de pronto se habían juntado. No tenía a quién llamar ni con quién llorar. Fugazmente me pasó por la mente alguna forma de suicidio. Pensaba que sería la mejor manera de expresar mi indignación.

Aquellas cuatro paredes, aquella luz vacilante en aquel entorno maloliente me agobiaban. Di un salto, me puse, poseído por una fuerza especial, a meter mis pocos enseres en la maleta, y arrojé a una papelera de mimbre todos los folios que había escrito. De pronto me entraron unas ganas insólitas de pelear.

Salí a intentar comer algo y a decirle a Guillermo que regresaba a Madrid. Al final iba a tener razón el redactor jefe: era el único que me había ayudado de alguna forma y el único que justificaba perder unos minutos en la despedida. Le busqué y no lo encontré. Bueno, estará haciendo algún servicio; me despediré cuando vuelva de cenar, pensé. Pero cuando regresé tampoco lo vi en su puesto. En la recepción estaba el jefe atendiendo a otro huésped y el ayudante me preguntó qué deseaba:

—Quiero cerrar la cuenta. Termina mi estancia. Abandono la habitación.

—Eso tiene que hablarlo con el jefe. Espere un poco.

Fue muy breve. El recepcionista, persona amable, como había comprobado tantas veces, consultó el libro de cuentas.

—Entonces, ¿ya nos deja? ¿Cree usted que esto ya ha terminado? Por ahí hay quien piensa que esto se ha normalizado,

pero no es verdad.

—Ya. Por cierto, ¿dónde anda Guillermo? No le he visto en toda la tarde.

—¿Guillermo? ¿No lo sabe...?

—¿Qué ha pasado?

—Esta tarde llegó un blindado de la policía, se bajaron cinco guardias con metralletas, se abalanzaron sobre él, lo arrastraron hasta el furgón y lo encerraron sin explicación alguna. Todo en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

—¡Qué horror! —exclamé—. Y ¿no se ha vuelto a saber nada?

—Nada. Él era muy confiado. Guardaba muy mal su secreto. Y ahora, rodeado de espías como vivimos, es imposible ocultarse. Las delaciones están a la orden del día. No sabe usted nunca con quién está hablando.

—¿Espías alemanes?

—Alemanes y yo no sé de dónde más. Aquí en el hotel algunas personas siempre han sospechado que usted es un espía.

El ayudante de la recepción escuchaba en silencio. En ese momento no se contuvo e interrumpió a su jefe. Me miró de soslayo y me espetó:

—Algunas personas sospechan que fue usted el que le delató.

Se me cortó la respiración.

SEGUNDA PARTE

XXVI

La redacción estaba completamente desierta. Llegaba agotado del viaje, de una noche en el tren sin dormir, pero decidido a plantarme ante las acusaciones. Solo el conserje me salió al paso:

—Todavía no ha llegado nadie. Hasta las cuatro o así no vienen, después de animarse un poco con un lingotazo de sol y sobra.

En el tranvía, camino del periódico, le daba vueltas al probable enfrentamiento que me esperaba con los superiores. Mi decisión era clara: no podía dejarme avasallar con mentiras. Me parecía lógico haber mantenido incluso más contactos con otros exiliados, pero por cobardía no lo había hecho.

Me acordaba de Guillermo. Era afable y me había hecho favores. ¿Qué suerte le estaría esperando? ¿Quién le había detenido? Sería lógico que hubiera ocurrido en España, con la represión que existía, pero en Burdeos... no le encontraba explicación. Y me atormentaba que alguien pensara que había sido yo el que le denunció. Además, ¿de qué podría haberle denunciado? Si no había hecho más que defender sus ideas y, además, con mucha discreción. Los clientes del hotel admiraban su predisposición a ayudar.

Apenas pasaban cinco minutos de las cuatro cuando me crucé con el redactor jefe en el pasillo de la redacción. Caminaba a buen paso entre las mesas dando órdenes a gritos, y cuando intenté dirigirle la palabra ni me miró. Mi silla y mi máquina de escribir estaban ocupadas por un redactor rubio, para mí nuevo. Por más que intenté saludar y sonreí, todos los compañeros se mostraron taciturnos conmigo. Ninguno me hizo preguntas ni demostró interés en que le contara lo que había vivido.

La secretaria del director vino a avisarme de que ya podía

pasar. Reconozco que el ambiente me había deprimido y entré tembloroso en el despacho. El director estaba haciendo un solitario con las cartas desparramadas sobre la mesa y, tras mirarme de reojo, me increpó:

—Estarás contento, ¿verdad? Entre los rojos y las putas lo habrás pasado bien... ¡Tiene cojones!

Apenas acerté a interrumpirle con voz apagada, las ganas de pelear se habían esfumado.

—Es falso. Yo no tuve contacto con los *spanier*, solo hablaba algunas veces con el portero al salir y al entrar en el hotel. Y putas... Yo no tuve contacto con puta alguna. Ni siquiera las he visto.

—Y..., no te jode... —Rebuscó entre los papeles que tenía encima de la mesa y me mostró uno con aire triunfal—. Mira, aquí está todo. Te creías muy listo. Pero estabas bien vigilado.

—Si me vigilaban, sabrá que no hice más que...

—Más qué, más qué... —repitió—. Y yo que fui el que te escogí para esta oportunidad... Razón tenía el redactor jefe cuando decía que no eras de confianza política. Bueno, ahora ya no hay duda. Aclara las cosas con el administrador y espera a que te llamen de la Dirección General de Seguridad para que les expliques a ellos tal vez en el calabozo.

Salí del despacho desolado. El director no se molestó en despedirse. Se concentró de nuevo en las cartas y cuando salía le escuché gritarle a la secretaria:

—Déjalo todo ahora y ven, voy a dictarte el editorial.

Dudé un poco entre dar un portazo o guardar las formas como mi familia me había enseñado de pequeño. Era consciente de que mi trabajo en aquel periódico había terminado. Solo me quedaba pasar por el despacho del administrador para dejar cerradas correctamente las cuentas del viaje.

Apenas le conocía. Era el más odiado de la casa. Se pasaba la vida haciendo reconvenciones sobre los gastos. Era la primera vez que iba a hablar con él. Me recibió con su aire atrabiliario queriendo manejar la sorna, aunque no le cuadraba.

—Bien con las putas, ¿verdad? Creo que las francesas son las

mejores. Te habrás hecho un análisis, no vayas a haberte traído unas purgaciones...

—Mire usted —le dije tratando de serenarme—, todo eso es falso. No he estado con ninguna puta. ¡Con ninguna! —insistí levantando la voz.

Sonrió en tono de victoria, cogió el manojo de facturas del viaje que había mandado traducir y con tono triunfal me mostró una.

—Se coge antes a un mentiroso que a un cojo —comentó.

Era una factura de la lavandería del hotel. Estaba impresa y escrito a mano el número de piezas lavadas y planchadas. Enseguida me fijé en un círculo con lápiz rojo. Una raya apresurada estaba sobre los cuadrados donde constaba el número de unidades. El concepto era «camisas de caballero», pero a continuación había otro apunte que correspondía a «bragas de señora».

Quedé anonadado. Intenté señalar con el dedo el error, pero todo resultó inútil.

—Así que te la follabas en el hotel y pagabas con cargo al periódico los gastos. Será una judía, porque cuentan que te gustan, o una comunista. ¡Cara dura de los cojones! Por lo menos podrías haberla mandado a lavar las bragas a su casa.

—¡Mientes como un bellaco! Sabes que la factura la has adulterado. Eres un sujeto deleznable. Y si te encuentro en la calle, te arreo una hostia —me salió de la boca. Y me levanté.

—Y tú eres un hijo de puta, rojo como tus amigos. Pasa por caja mañana por la mañana, que ya habré dado orden para que descuenten esta factura y te abonen el finiquito.

Llegué caminando a la pensión donde me alojaba desde los años en la universidad. La rabia que sentía, la frustración por no haberle pegado la hostia que se merecía en el acto, derivaron en una abulia que me dejó paralizado y caí rendido en la cama. Solo al atardecer reaccioné. Iba a ducharme, pero el agua estaba cortada por la «pertinaz sequía» que servía de excusa a la propaganda del régimen para explicar la falta de abastecimiento. Llamé a un amigo que, al sentirme tan angustiado, vino a

recogerme.

Estuvimos hablando hasta cerca de la una de la madrugada. Le relaté toda la peripecia que venía protagonizando; entre tantas miserias le conté también la valentía de los dos cónsules de España y Portugal, que habían arriesgado sus puestos para salvar a refugiados, y él me dijo que los que llegaban a España, particularmente si eran judíos, eran detenidos e internados en campos en Miranda de Ebro, Zaragoza y Lérida.

—Mañana —le comenté al despedirnos—, tendré que ponerme a buscar trabajo. No va a ser fácil, lo sé. Si se te ocurre algo, avísame.

Robustiano, el sereno, estaba con su manojo de llaves al cinto a la puerta de la pensión, acompañado por dos sujetos que enseguida me dieron mala espina. Uno era alto, flaco y desgarbado, y el otro bajito y calvo. Cuando los vi de lejos recordé la imagen de Don Quijote y Sancho Panza.

Iba a saludar con la cordialidad de todas las noches a Robustiano, un hombre mayor, afable y parlanchín, siempre a la espera de la propina por adelantarse a abrir la puerta, pero en esta ocasión permaneció quieto y, dirigiéndose a los dos acompañantes, le escuché decir:

—Este es.

—¿Qué pasa, Robustiano? ¿Ya no me conoce?

—Estos señores quieren verle... —respondió escuetamente.

—Somos funcionarios de la Dirección General de Seguridad. ¿Es usted...? Está alojado aquí, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Tenemos que registrar su habitación. Es necesario hacerlo con dos testigos. Elija a dos personas de su confianza para que estén presentes.

—Y ¿dónde quieren que busque a dos personas? —pregunté mirando a mi alrededor, con la calle vacía y apenas luces.

Los dos se encogieron de hombros.

—Uno podría ser el señor sereno, si a usted le parece bien. Pero tiene que buscar a otro. Quizás algún residente en la pensión. Conocerá a alguno.

Me quedé pensando unos instantes.

—No conozco a nadie ni me importa que registren sin testigos. Si quieren, busquen ustedes a alguien...

Uno de ellos torció el gesto y el otro miró el reloj.

—Vamos —dijo este último empujándome hacia la puerta que Robustiano ya tenía entreabierta.

En la habitación empezaron por mirar los cajones de la mesilla de noche, revisaron todos los papeles que había dentro, abrieron el armario, manosearon la ropa de invierno colgada y se abalanzaron sobre la maleta que aún estaba cerrada. La volcaron sobre la cama y cogieron tres libros que había dentro sin mirar su contenido. El bajito preguntó dónde estaba el baño.

—En el pasillo, a la izquierda —le indiqué.

Regresó abrochándose la bragueta y me dijo:

—Vamos. Hablamos en la Dirección General.

Se despidieron del sereno, que parecía más atemorizado que yo, y me flanquearon hasta la esquina, donde esperaba un coche bastante destartalado. Cruzamos la Puerta del Sol y por una calle perpendicular entramos en el edificio de la Dirección General de Seguridad. Caminamos por varios pasillos hasta que me adentraron de un empellón en un cuarto minúsculo, con las paredes desnudas y un banco de madera como único mobiliario. Cerraron la puerta detrás de sí sin decir ni una palabra.

En el reloj exterior marcaban las nueve menos cuarto de la noche cuando salí a la plaza al final del día siguiente. Había estado encerrado, sin comer ni beber, más de veinte horas. En aquel tiempo me interrogaron ásperamente en dos ocasiones. En la primera lo hizo un joven muy agresivo que más que interrogar, acusaba, y unas horas después se encargaron dos hombres ya de cierta edad que permanentemente intercambiaban miradas entre sí y hacían gestos de desprecio.

Las preguntas se repitieron varias veces en las dos ocasiones. Querían saber datos sobre los rojos que había conocido en Burdeos. Cuando les dije que no había tenido contacto con ninguno, me preguntaron por Guillermo. Les interesaban detalles nimios que yo no podía darles. Me prometieron que si les contaba algunos

pormenores, podría marcharme. Prácticamente nada supe responder de tanto como me preguntaron. En algún momento me amenazaron con mandarme a la cárcel por complicidad si no colaboraba.

Al final me hicieron firmar un documento con mis datos personales, dejando constancia de los libros que me habían incautado, y me advirtieron que volvería a ser llamado en cualquier momento para continuar el interrogatorio.

Cuando llegué a la pensión me esperaba enfurecida la dueña. Nada más verme, preguntó a gritos:

—¿Qué has hecho? Nunca la policía había deshonrado esta casa. ¿En qué lío nos has metido?

Traté infructuosamente de explicarle lo ocurrido. Pero no escuchaba razones. Otro cliente había dejado la pensión esa mañana en cuanto se enteró del incidente.

—Yo no quiero más jaleos. Nunca he dejado que entrase ningún sospechoso y resulta que viene la policía, registra la habitación, ¡qué vergüenza!, y te lleva detenido —gritaba la mujer.

—No han encontrado nada y ya me liberaron —insistí.

—Me da igual. Coges la maleta y te vas ahora mismo. Aquí la policía no vuelve.

XXVII

Madrid distaba mucho del cielo que pregonaban los castizos. Los desastres de la guerra mostraban una imagen asolada de la capital, que intentaba renacer de su pasado. Desde los tranvías amarillos que renqueaban por algunos barrios hasta los escasos coches destartalados que circulaban entre los escombros, pasando por la cabeza baja del caminar de los peatones, todo reflejaba desolación y miedo.

Apenas algún organillo repitiendo su música monótona en las esquinas recordaba que, en medio de tanto desastre, aún quedaban destellos de esperanza en la recuperación de la alegría perdida. Y lo peor no era la impronta de destrucción que producía el aspecto exterior: el drama estaba en los hogares sumidos en la miseria, el dolor de las víctimas y el pánico que suscitaban los rumores sobre detenciones, juicios sumarísimos y fusilamientos al amanecer.

Los espías de todos los Gobiernos, que pululaban en busca de información, eran los principales clientes de los bares y cafés que estaban abiertos. Pocos madrileños podían permitirse el lujo de sentarse ante una barra a tomar el clásico vermú del mediodía sin mirar antes alrededor y cuidar sus palabras: el miedo a hablar entre el común de la gente contrastaba con la verborrea patriótica de los falangistas vencedores de la contienda.

Las noticias del exterior llegaban con cuentagotas, previamente seleccionadas y retocadas por la censura, pero todas coincidían en la amenaza de que el Caudillo, en pago de los favores debidos a Hitler, incorporase España al eje nazi-fascista y entrase en la guerra que se extendía por la mayor parte de Europa. El Gobierno extremaba la cautela en torno a sus propósitos y la falta de información incrementaba la incertidumbre.

La creencia más generalizada era que Ramón Serrano Suñer,

cuñado de Franco, había viajado a Berlín para negociar las condiciones. Se aseguraba que España pondría a disposición de la Kriegsmarine las islas Canarias y recibiría a cambio la recuperación de Gibraltar, uno de los grandes objetivos militares del régimen para redondear la victoria. Esto mantenía muy tensas las relaciones con el Reino Unido.

El embajador británico, Samuel Hoare, y el alemán, Eberhard von Stoher, rivalizaban en sus esfuerzos por influir en la decisión que se debatía en el palacio de El Pardo, donde Franco había instalado su residencia. Obviamente, los dos diplomáticos de países enfrentados no se saludaban, aunque la comidilla popular hacía chascarrillos con la vecindad que compartían en sus residencias.

Los escasos residentes extranjeros eran sin duda la mejor fuente de información y origen de chismorreos. Una buena parte eran periodistas y otra, espías. Las crónicas e informes que pasaban a las redacciones o a los centros de inteligencia en el exterior eran de un realismo patético. La vida en España, y especialmente en Madrid, se había vuelto insostenible. Detrás del triunfalismo oficial, la sociedad sobrevivía entre el hambre y el miedo.

Miedo a hablar, por supuesto, a expresarse y a relacionarse. Muchas personas permanecían escondidas por temor a ser detenidas y otras se hallaban estigmatizadas por su pasado. Lejos de defender la reconciliación entre los dos bandos, el Gobierno continuaba sembrando el odio hacia los derrotados. La inquina contra los enemigos se fijaba continuamente en comunistas, masones y judíos.

Ser parte de cualquiera de estos grupos era motivo de persecución, tortura y del paredón. Miles de personas encarceladas y sometidas a consejos de guerra acababan condenadas a cadena perpetua o a la ejecución al amanecer. Las condiciones de vida eran muy duras, pero nadie osaba expresar su descontento. La situación explicaba el ambiente de tristeza que se respiraba.

No había trabajo y los productos básicos estaban racionados. La alternativa era el estraperlo. El comercio clandestino, desde el tabaco hasta los antibióticos recién descubiertos, se había convertido en una actividad muy rentable. La corrupción

empezaba a instalarse en la vida cotidiana. Y las perspectivas que se vislumbraban no eran alentadoras.

Cuando escuchaba que España acabaría sumándose al Reich, recordaba las calles de Burdeos atiborradas de refugiados huyendo de los nazis y el pelo se me ponía de punta. La heroicidad de Eduardo Propper de Callejón y Aristides de Sousa Mendes intentando salvar vidas se me había quedado grabada en la mente mientras daba vueltas a mi propia suerte en aquel ambiente cerrado a todas las perspectivas de futuro.

XXVIII

Tenía que buscar trabajo y no parecía fácil. El director del vespertino *Madrid*, Juan Pujol, me atendió con mucha amabilidad, pero enseguida me anticipó que estaban empezando y que la situación era angustiosa. Me mostró el ejemplar que tenía sobre la mesa, aún con la tinta pringando las manos.

—Mira, estamos recortando el papel. Una de las páginas la tenemos que reducir a la mitad. Es ridículo, pero no hay alternativa.

Camino de la sede tradicional del *ABC*, en la calle Serrano, me crucé con un colega veterano con el que estuve conversando unos minutos.

—¿Qué tal por Burdeos? —me preguntó después de darnos la mano.

—Te lo puedes imaginar. Sale uno con el corazón oprimido.

—Me lo imagino, sí. Te he leído y no lo has hecho mal. Ya sé que en tu periódico no les gustaban tus crónicas. Sabes cómo son... Estamos todos en la misma. Solo valen elogios al régimen. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

—Estoy buscando trabajo. Voy a ver en *ABC*.

Sopló con fuerza y movió la cabeza.

—No sé. Hace poco que ha vuelto a manos de los Luca de Tena, sus dueños. Creo que están recuperando a sus antiguos redactores. Y es lógico. —Hizo una pausa con un gesto pensativo —. Me estoy acordando de que va a salir un periódico de la tarde nuevo. Creo que se llamará *Pueblo*. Es de los sindicados, los oficiales, claro, y están montando la redacción. Escuché que quieren salir el 18 de julio, ya sabes...

—Lo tendré en cuenta. Iré mañana mismo.

—Por cierto, por cierto, ¿conociste en Burdeos a Eduardo

Propper de Callejón, el diplomático? Estuvo destinado allí unos días de cónsul y cabreó en el ministerio que no veas. Es una persona excelente. Al parecer concedió visados a muchos refugiados judíos, y no se lo perdonan.

—Claro. Estaba yo allí. Tuvo que enfrentar mil problemas, y se dejó media vida por ayudar a aquella gente. Yo apenas hablé con él. Siempre estaba atareado. Atendió a todos los que acudían en busca de visados. Colaboró de forma directa con De Sousa Mendes, el cónsul portugués, validando los visados para que sus beneficiarios pudieran transitar por España. Y él también concedió muchos para quienes querían quedarse en España. Estuvo pocos días en el consulado. Enseguida le ordenaron regresar a Vichy, donde está la Embajada. Goza de mucho prestigio en la carrera.

—¡Qué va! Algunos diplomáticos que le odiaban, porque su valía profesional y su seriedad despertaban muchas envidias, aprovecharon para sembrar cizaña. El embajador alemán debió intoxicar lo suyo, es quien manda en el ministerio, y Serrano puso el resto.

—Pues algunos creíamos que sería el nuevo embajador en Vichy...

—Los cojones. Con Serrano Suñer parece que lo tiene crudo. Ayudar a judíos ya sabes que es delito. Condiciones para ser embajador las reúne todas, pero va a tener que esperar.

En *ABC* me atendió un empleado de la administración. Mientras hablábamos, se escuchaba de fondo el ruido de la rotativa en pruebas. El hombre quería ser amable y se empeñó en convencerme de lo más lógico: que a la hora de contratar se estaba dando prioridad a los antiguos trabajadores en todas las áreas. Lo habían pasado mal aquellos años y alguno ya no podía contarlo. Haber trabajado para *ABC* era suficiente motivo para que los rojos te dieran un paseo por los alrededores del cementerio. Escuchaba y contemplaba extasiado el interior del edificio. ¡Qué maravilla trabajar entre esas paredes!, pensaba. Le agradecí su atención y me acerqué a la que sería la sede de *Pueblo*.

Seguramente no conseguí hablar con la persona adecuada, porque el que me recibió fue muy tajante.

—¿Es falangista? ¿Tiene el carné? —me preguntó a bocajarro.

—No, no. Soy periodista y tengo ya casi dos años de experiencia.

—¡Ah! ¿Usted es el que estaba en Burdeos y le echaron? Pues, mal negocio: se le pasó el arroz. Las oportunidades pasan y hay que aprovecharlas.

—Bueno, yo lo hice lo mejor que pude.

—Ya, pero eso no es todo. Parece que usted es más bien de la acera de enfrente.

—¿Maricón? —exclamé indignado.

—No, hombre, no. De la política.

Acababa de regresar mi tío José de Cuba después de varios años. Había sido militar en la guerra de la independencia y, ya desmovilizado tras la derrota, se casó y se dedicó a los negocios con éxito. Pasé a verle al hotel de la Gran Vía donde se hospedaba. Me esperaba en el *lobby*, con los desconchados rastros de la Guerra Civil visibles por todas partes.

—Estoy muerto de hambre, carajo. Vamos a comer. Tú conocerás algún buen restaurante —me dijo al verme.

Me encogí de hombros. Apenas conocía lugares de medio menú sin opción a elegir.

—Me han dicho que es bueno el Embassy, en la calle Ayala. ¿Sabes por dónde está? —continuó.

—Sí. Pero nunca estuve. Es muy caro. Se dice que allí es donde recalan los espías, que están por todas partes.

—Pues entonces será bueno; vamos para allá, chico. Siempre es bueno conocer esos sitios. Y más un periodista como tú. ¿Cómo te va? Te noto preocupado.

—Mal, me va mal. Estuve en Burdeos como enviado y... Me he quedado sin trabajo.

—No te preocupes, chico. Regreso a la Habana en septiembre. Te vienes conmigo y allí no tendrás esos problemas. Aquí, con este «Franquito» que se ha quedado con el poder, no lo veo nada claro.

—Parece que va a entrevistarse con Hitler y a ver qué

acuerdan. Nada bueno, me temo.

—Mándalos al carajo. Vente a Cuba, allí hace falta gente como tú. Tengo una bodega en Matanzas, la pondré a tu nombre para que la gestiones.

—Yo quisiera seguir como periodista. No sé hacer otra cosa.

—Pues de periodista. Allí ahora hay libertad y buena prensa. Yo soy amigo del director del *Diario de la Marina* y seguro que te contrata inmediatamente. O si prefieres, en la revista *Bohemia*, ¿la conoces? Es magnífica. Aquí no existe nada parecido.

La comida fue muy agradable. Cuando estábamos con el café, lo probó y comentó:

—¡Qué malo, chico! Esto no es café. —Enseguida continuó—: El encargado de negocios de la embajada cubana también es amigo mío. Estuve cenando en su casa anoche. Vete a verle de mi parte; esta tarde yo le llamo y él te lo arregla todo. Tiene mucha influencia. Y muy buena información. Me contó detalles de la represión que existe aquí. Con el cuento de que son salvadores de la patria, parece que su entretenimiento es fusilar a todos los que no les adulan.

—En Cuba las cosas tampoco parece que estén bien...

—Cuba es un mundo aparte. Allí la vida es distinta, y la política, un pasatiempo de algunos. El Gobierno es un juego de títeres. El presidente es un sargento mulato que no pinta nada. Pero no hay que preocuparse mucho: allí los que manejan el cotarro son los gringos. Y los gringos serán lo que sean, pero dejan trabajar y ganar dinero, que es lo que interesa.

Aquella oferta me dejó pensando.

XXIX

—Ha estado un señor de la embajada de Portugal preguntando por usted —me anticipó el dueño de la nueva pensión que había encontrado en Chamberí.

Apenas tuve tiempo de preguntar qué quería cuando apareció por la puerta. Era un hombre mayor, grueso y con un generoso bigote. Enseguida recordé haberle visto durante la comida en Embassy. Estaba sentado en la barra, de vez en cuando se giraba en el taburete y me miraba fijamente.

—Jaime Silva, para servirle —se presentó.

—Usted me dirá.

Titubeó un poco. Tuve la sensación de que ocultaba algo.

—Soy el agregado de la Embajada de Portugal. Usted ha sido el que ha escrito estos días desde Burdeos, ¿verdad?

—Sí, sí. Soy yo.

—He leído sus artículos y quería que me contase alguna cosa. ¿Sería tan amable?

—No sé qué quiere saber. Tengo entendido que su embajador estuvo también por allí.

—No sé. —Y se encogió de hombros.

En ese momento, el portero de la finca se acercó y me susurró al oído:

—Será mejor que vayan a hablar fuera. El dueño no quiere a personas desconocidas en la pensión.

Camino del café más próximo, bajo un calor de justicia, apenas cruzamos una docena de palabras. Éramos los únicos clientes en el local.

—¿Qué desean tomar los señores? —preguntó un somnoliento camarero que dormitaba al fondo sobre la barra.

—Yo, un refresco. ¿De qué hay?

—De nada —respondió señalando las botellas medio vacías—. Ya sabe cómo están las cosas. No puedo ofrecerle ni agua fresca. La tenemos cortada hasta las ocho. ¿Y el señor? —preguntó dirigiéndose al portugués.

—Yo quiero un café solo.

El portugués llevaba la camisa mal abotonada y su abultada barriga no dejaba espacio entre él y la mesa.

—Pues usted me dirá —dije cuando se retiró el camarero.

—¿Mucho calor en Burdeos?

—Sí, mucho —respondí sin pensar.

Era evidente que no sabía cómo empezar. Yo no tenía ganas de dar facilidades.

—Y ¿cómo están allí las cosas? Muy revueltas, me imagino.

—Mucho, sí. Desde que entraron los nazis aquello es un caos. Un caos y un drama.

—Los alemanes son gente de orden. Pronto se restablecerá la normalidad. Francia es un país echado a perder. Basta ver cómo los militares salieron corriendo con el rabo entre las piernas. ¡Qué vergüenza! ¿Usted no escribió nada de eso?

—Algo habré escrito. Ya no me acuerdo. Me preocupaban más los refugiados. ¡Pobre gente! Llegaban huyendo de sus países y allí ya no tenían por dónde escapar. Era muy duro verles angustiados ante la amenaza de los nazis.

—Algo habrían hecho cuando escapaban de la autoridad.

—¿Usted cree? ¿Ser judío es algo delictivo? Son seres humanos, tienen derecho a vivir, aunque no sean rubios ni lleven botas de cuero. ¿Usted es nazi? ¿Le parece bien su sadismo?

—Yo soy portugués, de Ribatejo. El Estado Novo creado por el doctor Salazar garantiza la paz y el bienestar del pueblo. En Portugal la anarquía y el comunismo no caben.

La conversación se dilataba en ambigüedades.

—¿Conoció en Burdeos al cónsul portugués, el doctor De Sousa Mendes?

—Sí, sí. Buen tipo. Hizo un trabajo de caridad extraordinario.

—¿Le trató mucho?

—No, apenas. Se pasaba el día trabajando. Me asombró su

sentido humanitario y su capacidad de trabajo. Estoy seguro de que si no llega a ser por él y por el señor Propper de Callejón, a estas horas muchos inocentes estarían muertos y otros, torturados en algún campo nazi. Conocí algo más a sus hijos, Nuno y José António. No he podido despedirme de ellos y me gustaría mantener el contacto.

—Siempre ha sido un diplomático poco disciplinado. Incumplió unas órdenes muy sensatas. Portugal tiene que mantener las buenas relaciones tradicionales con los ingleses, que son nuestra protección, y evitar cualquier roce con los alemanes. De Sousa Mendes ha puesto en peligro nuestra seguridad y hasta nuestra independencia. El embajador del Reich está indignado. Creo que está loco. Se volvió loco creyendo que los alemanes querían matarle. ¡Pobre hombre!

—No tuve esa impresión en ningún momento.

—Engañaba mucho. Al parecer se empeñó en salvar a todos los refugiados. Menudo problema armó en las fronteras. Y en Lisboa. Toda aquella gente desarrapada deambulando por el *Terreiro do Paço* a la espera de un barco que les sacase rumbo a otro país. En Portugal no cabe tanto indeseable.

—Desde lejos todo se ve distinto. Muchos admiran la parafernalia nazi y no quieren enterarse de su crueldad. Creo que el señor De Sousa Mendes es una persona sensible, buen católico y...

—¿Buen católico, con trece hijos y una amante? ¿O eso no lo sabe usted? Era muy amigo del cónsul español, lo estaban haciendo juntos, desobedeciendo a los Gobiernos... Al señor Propper de Callejón ya lo han retirado de allí y seguro que será sancionado. De Sousa Mendes fue destituido y tiene abierto un expediente por falta muy grave.

—Cumplió con su conciencia —rebatí.

—Incumpliendo las órdenes de sus superiores, poniendo a Portugal en peligro frente a los alemanes. ¿Cree usted que es admisible en un funcionario público? No es tonto: parece que, al abandonar Francia, se quedó dos o tres días en Salamanca. Tendría miedo a lo que le esperaba en Lisboa. Yo creo que acabará en la

prisión de Caxias.

Cada minuto la conversación resultaba más extraña y... aburrida. Mientras escuchaba, me preguntaba qué pretendía aquel personaje con más aspecto de inquisidor que de funcionario.

—Parece que sus hijos colaboraban con él buscando refugiados para que el padre les extendiese un visado. ¿No le parece extraño?

—No me parece extraño, me parece absurdo lo que comenta: las colas de aquella pobre gente esperando a pie firme ante el consulado no desaparecieron ni un solo día. Iban ellos en su desesperación, no hacía falta que nadie los reclutase por la calle —le respondí conteniendo cierto malhumor.

—Habría dinero de por medio. Muchos son ricos y pagan a quienes les ayudan a escapar. Hay pocos judíos pobres. Tengo entendido que se está investigando porque eso podría ser un delito.

—Imagino —le interrumpí bruscamente— que eso hacían los agentes de la PVDE que rondaban por allí camuflados.

—¿Agentes de la PVDE? ¿Quién le dijo a usted eso? La PVDE no existe. Existe la policía, como en todos los países. Pero esas cosas que se le atribuyen, asesinatos, secuestros, todo es mentira. Son los enemigos del Estado Novo y del doctor Salazar los que difunden esas difamaciones.

—En Burdeos los he visto yo. Lo mismo que he visto a agentes de la policía secreta española vigilando a los exiliados y a mí mismo, como estoy comprobando.

Llegaron dos personas al establecimiento. Él, al percatarse, se giró para evitar que le vieran la cara.

—Por cierto, ¿quién le proporcionó a usted mi dirección? Llevo en esta residencia menos de cuarenta y ocho horas. Y todavía no he conseguido saber qué quiere de mí.

—Perdone, perdone si le he incomodado. Como es usted periodista...

—En el paro —le interrumpí—, me han echado. Pero eso quizás usted lo sabe mejor que yo.

Encendió un cigarrillo, creo que el tercero, y me invitó con la pitillera de plata abierta.

—Gracias, no fumo... De Sousa Mendes tendrá la conciencia tranquila, es lo que intentaba. No sé si a los que opinan lo contrario les ocurrirá lo mismo. Salazar, por ejemplo.

—El doctor Salazar salvó a Portugal del desastre y lo protege con su inteligencia y su firmeza entre tantos enemigos como nos asedian. Los comunistas, los primeros. Hitler es la mejor garantía de que los comunistas no se adueñarán de la Península Ibérica.

—¿Usted prefiere a los nazis?

—Soy portugués, y no me gustan ni los comunistas ni los judíos. Nosotros tenemos la suerte de tener al doctor Salazar y ustedes al generalísimo Franco. De Sousa Mendes fue un traidor. Aunque no lo reconozca.

Se levantó de forma abrupta. Nos despedimos con un seco «buenas tardes». Ni siquiera hizo ademán de pagar la consumición.

XXX

Pasé la noche atormentado por las pesadillas. Había estado escuchando noticias en onda corta de la guerra y las entremezclaba con lo que me había dicho el «diplomático» portugués por la tarde. Estaba seguro de que se trataba de un agente encubierto de la PVDE. Recordaba al campechano Aristides de Sousa Mendes y me angustiaba imaginarlo en la terrible prisión de Caxias vigilado por sujetos como el que acababa de conocer.

Fue muy de madrugada cuando conseguí replantearme mi vida. La decisión la tomé en la ducha: abandonaría, seguiría el consejo de mi tío, marcharía a Cuba. En realidad es lo que habían hecho casi todos mis familiares, los dos abuelos, los dos tíos, dos primos...

Me vestí con la mejor ropa que tenía, a duras penas hice el nudo de la corbata y, sin apenas desayunar, caminé hasta la Embajada de Cuba. La recepcionista era la primera mulata que veía y me pareció muy atractiva. Apenas me hizo esperar unos minutos. El encargado de negocios era un hombre de edad mediana, pulcramente vestido con un traje de lino blanco. Tenía sobre la mesa un sombrero de paja y un pintoresco reloj de arena que tumbó en señal de que no habría límite de tiempo.

Le había hablado mi tío y me dijo que me esperaba desde la víspera.

—Emigra a Cuba. Allí encontrarás un buen trabajo. Ya habló tu tío con el director del *Diario de la Marina* y tienes un puesto esperando. Es un buen periódico, ya verás.

De repente se detuvo y me preguntó:

—Tienes pasaporte, ¿verdad?

—No. El que tenía era provisional para un mes. Ya está a punto de caducar.

—Pues pídelo hoy mismo. Creo que tardan bastante. El resto lo arreglo yo. Tu tío quiere llevarte con él cuando regrese.

Conforme le escuchaba me iba animando. Antes de despedirme me dijo:

—El próximo día me cuentas algo de Burdeos. Tengo unos amigos judíos que llegaron gracias a un visado que les dieron en el consulado, y aquí los detuvieron. Creo que los mandaron a un campo para refugiados en Miranda de Ebro. Voy a ir a visitarlos y a llevarles algunas cosas.

—¡Qué desgracia! Con todo lo que sufrieron allí, consiguen el visado, vienen y les detienen.

—Escuché en el ministerio que fue el cónsul español, un tal Propper de Callejón, una buena persona, quien se apiadó de muchos y les concedió visados. Ahora le acusan de haberse saltado las reglas porque su mujer es judía, de una familia muy prestigiosa.

—Ya. Hizo una labor humanitaria excelente. Y ahora parece que se lo están criticando y le han relegado en la embajada. La vida es así. El ministerio funciona bajo la influencia alemana. Los judíos son contemplados como enemigos.

Abandoné eufórico la entrevista. El encargado de negocios, que hacía las funciones de embajador, era una persona optimista y muy convincente. Enseguida me hizo concebir ilusiones. Era media mañana y fui corriendo a la comisaría de policía de Cuatro Caminos, donde sabía que expedían los pasaportes. La cola se extendía media manzana y a la una y media el funcionario cerró abruptamente la ventanilla.

Al día siguiente madrugué y conseguí colocarme entre los primeros de la cola. Cuando le expuse al encargado mis deseos, me contempló con cara de pocos amigos y se apresuró a recitarme los documentos necesarios. Iba tan deprisa que, a pesar de la costumbre que tenía de tomar notas, no era capaz de seguirle.

—Rellene este impreso con todos los datos y letra muy clara. Tiene que exponer para qué quiere el pasaporte y presentar la carta de reclamación. Necesita una póliza de dos pesetas; certificados de penales y de buena conducta, este puede ser del alcalde o del párroco; una declaración de adhesión a los principios del

Movimiento, y cartilla militar con todas las revistas pasadas. ¡Ah! Y certificados de estar vacunado contra la viruela, el tifus y el dengue.

Empecé por el juzgado, pasé por la Secretaría General del Movimiento, la Dirección General de Seguridad y por el Gobierno Militar con la cartilla en la mano. Tragué todas las colas imaginables. En el Gobierno Militar me atendió un capitán en uniforme, flaco y con cara de sufrir úlcera de estómago.

—Tiene usted una revista atrasada —me dijo en plan acusatorio nada más echar una ojeada a la cartilla militar—. La última revista era este marzo y estamos en julio. Tendrá que pagar una multa.

—Bueno. —Me encogí de hombros y me apresuré a sacar mi exigua cartera.

—No, no. Nada de dinero. El primero de abril, en conmemoración de la victoria, se ha concedido una amnistía. Así que no tendrá que pagar nada.

—Muchas gracias.

—Pero la amnistía tiene que solicitarla y, cuando se le conceda, ya se le pasa la revista gratis.

—Si hay que esperar, estoy dispuesto a pagar la multa. Me urge mucho.

El capitán movió la cabeza expresando desaprobación.

—No, eso no puede ser. Tiene usted que solicitar la amnistía y esperar una semana, dos y hasta tres. Son las órdenes superiores. Ahora tiene que rellenar este impreso solicitando ser amnistiado. Y lo traerá mañana.

En la desesperación burocrática, de ventanilla en ventanilla, escuchando continuamente el «venga usted mañana» que tanto me recordaba a Larra, todas mis ilusiones se fueron desmoronando. Cuando conseguí juntar todos los certificados, corrí a entregarlos en el negociado de pasaportes, pero el policía de guardia me advirtió:

—Hoy no se trabaja. Es el día de la Ascensión. ¿No se enteró usted? Es fiesta de guardar. Es jueves y mañana el personal tiene vacaciones. Vuelva usted el lunes.

Tuve verdaderas ganas de romper todos aquellos papeles y arrojarlos al Manzanares, que con la sequía apenas llevaba agua para arrastrarlos corriente abajo. Un colega con el que mantenía relación de amistad había hecho algunas averiguaciones sobre la suerte de los judíos que habían entrado en España en las últimas semanas. Además de los que cruzaron la frontera gracias al visado que les había proporcionado Eduardo Propper de Callejón jugándose su carrera diplomática, habían entrado otros de manera clandestina: algunos a través de los Pirineos guiados por los pasadores, que les habían esquilmado; los demás, en trenes de mercancías o valiéndose de ayudas humanitarias o argucias propiciadas por el miedo y las ansias de escapar.

—Y ¿por qué no aprovechamos el puente este y vamos a Miranda a ver ese campo de concentración? Será una buena experiencia —sugirió mi colega.

Apenas lo dudamos. Hicimos el viaje en tren. Pero cuando nos acercamos al campo, la guardia civil no nos permitió acercarnos a la valla que lo enmarcaba. Desde la distancia observamos mucha agitación. Vimos salir dos ambulancias. Enseguida nos enteramos de que habían muerto dos personas en un intento desesperado de fuga a través del río.

Los dos regresamos por la noche tristes al no poder publicar nada de lo ocurrido.

El lunes entregué por fin la documentación. El funcionario revisó uno por uno todos los certificados sin levantar las gafas de la punta de la nariz y los dio por buenos a regañadientes. «Tardarán unos días en procesarlo. Arriba —miró hacia la escalera que llevaba al piso superior, donde estaban las oficinas— tienen mucho trabajo».

Pasó una semana y luego otra y otra. Yo iba todas las mañanas a preguntar y la respuesta siempre era la misma: «Estas cosas no admiten prisas. Se le avisará».

Nunca me avisaron. Un día el funcionario de guardia enarboló el expediente al verme entrar y me lo entregó con una sonrisa. Lo abrí nervioso, pero feliz. En la primera página leí sin dar crédito:

«Denegado». Sin ninguna explicación.

Media hora más tarde me llamó mi tío:

—¿Qué pasa con tu pasaporte? Te tengo reservada plaza en el mismo trasatlántico en el que regreso yo. Esta tarde voy a pasar por allí a pagar el pasaje.

Me eché a llorar.

XXXI

Me estaba quedando sin dinero. Llevaba dos meses intentando reducir los gastos, comiendo medio menú al día, moviéndome en tranvía y sin pisar un bar ni mucho menos una sala de fiestas. Salí fugazmente con una joven que me gustaba, pero ella se aburrió de tener que pasar las tardes a la sombra en el Retiro sin la alternativa de tomar una copa o ir a bailar, y un mal día se despidió diciéndome que sus padres estimaban que no le convenía una amistad con tan poco futuro.

Aquella mañana me levanté muy temprano: el calor seguía siendo abrasador a pesar de estar ya en septiembre y las preocupaciones me habían impedido dormir. Con el sonido muy bajo, sintonicé la radio en onda corta que me había regalado mi abuelo y moví el dial entre ruidos en busca de alguna emisora extranjera que ofreciese alguna de tantas noticias como estaban ocurriendo en el mundo, y de las que la censura nos estaba privando a los españoles.

El Gobierno de Vichy, que se enorgullecía de ser la Francia libre, continuaba ejerciendo la represión contra los que no mostraban simpatías expresas por el régimen impuesto por el mariscal Pétain, y de manera especial contra los judíos que permanecían refugiados de la furia nazi, que se estaba ensañando contra ellos en el resto del país.

Escuché que el periódico oficial de Vichy publicaba ese día el *Statut des Juifs*, el estatuto que a partir de ese momento limitaba la libertad de los judíos. Establecía cláusulas similares a las que ya regían en Alemania y en la práctica totalidad de los territorios ocupados por el Tercer Reich. Entre las limitaciones de movimientos y libertades, se les prohibía ejercer las profesiones de médico, abogado o profesor. En síntesis, se les apartaba de la vida

pública y eran sometidos a una estrecha vigilancia que llevaría a muchos a la ejecución sumaria y a la deportación a los campos de exterminio que empezaban a funcionar en los países limítrofes.

Salí a la calle dispuesto a gastar unos céntimos de mi escaso patrimonio en la compra de un periódico para conocer más detalles. Pero al cruzar delante del café Cock, conocido como el principal nido de espías, recordé que por el precio del café que tanto necesitaba para recuperar el ánimo, con un poco de suerte podría hacerme con uno de los periódicos que siempre tenían al lado de la caja. Había pocos clientes y pude alcanzar a tiempo el último *ABC* que quedaba.

Pasé las páginas de información internacional, y no publicaban esa noticia ni ninguna otra de especial interés. Enseguida observé que el titular que centraba la atención era el que daba cuenta de la visita a España de Heinrich Himmler, el Reichsführer alemán, que en la víspera se había entrevistado con Franco y que iba a desarrollar durante esa jornada una intensa actividad, guiado siempre por Ramón Serrano Suñer, el principal valedor del Reich en el Gobierno.

Estaba leyendo con escaso interés el programa de actos que protagonizaría y la imaginación me devolvió a Burdeos, a los millares de judíos atemorizados que imploraban ayuda por las calles y a la conmovedora actitud de los cónsules de España y Portugal, representantes de dos regímenes pronazis arriesgando sus puestos de trabajo e incluso su vida para intentar socorrer a algunos. ¿Qué suerte estarán corriendo Eduardo Propper de Callejón y Aristides de Sousa Mendes?, me preguntaba mientras veía las fotos de Serrano y Himmler sonrientes.

—Cuando termine con el periódico, ¿me lo pasa, por favor? —me dijo el vecino de barra.

—Por supuesto. Tenga, lo doy por visto. Tiene poco que leer. Este no es el *ABC* al que estaba suscrito mi padre antes de la guerra. La censura asoma las orejas en cada página.

Inmediatamente sentí preocupación. No sabía con quién estaba hablando, pero sí sabía por experiencia que había que controlar mucho las opiniones. El desconocido sonrió, cogió el

periódico y se puso a pasar las páginas deprisa, deteniéndose apenas a leer los titulares y a ojear las que estaban impresas en fotograbado con las imágenes de mayor actualidad.

Movió la cabeza al reparar en la foto estilizada del ministro español enfundado en el uniforme negro de la Falange y las botas altas, que con el termómetro marcando treinta y dos grados producían agobio ajeno.

—¿Toma otro café? —me preguntó cortés.

—Muchas gracias. Acabo de tomarlo. No entiendo mucho de café, pero creo que es bastante flojo.

—Bastante, no, pésimo. Agua de chirle. Pero, en fin, es lo que hay. Estoy de acuerdo con la referencia que hizo antes a la censura a la que está sometida la prensa. Es irrespirable. Todo sobra, todo molesta, todo les parece poco cuando se trata de recordar la victoria y la grandiosidad del Caudillo. —Hizo una pausa para tomar un sorbo del café que acababa de servirle el camarero—. Por lo menos está caliente, seguramente es que lo pusieron al sol. Esto de la canícula en Madrid es insoportable. ¿Es usted madrileño? No sé cómo aguantan. Yo he venido a hacer unas gestiones y cuento los minutos para salir corriendo. En el norte se está mejor.

—¿Es usted del norte? Allí estará lloviendo.

—No tanto, pero es otra cosa. Aquí se ahoga uno. ¿Usted pasó aquí todo el verano? Ya estará habituado, porque si no...

—Sí. Soy periodista y he estado unas semanas en Burdeos como enviado especial. Allí también hacía mucho calor, pero el ambiente era peor. Además, a veces caían bombas y se escuchaban tiroteos.

—¿Es periodista? ¡Qué casualidad, yo también! Bueno, para ser preciso, soy propietario de un periódico y sé muy bien el trabajo que hacen los periodistas en estas circunstancias. Uno nuestro lleva limitado dos semanas por falta de papel, y ayer estuve haciendo gestiones para intentar un mayor suministro. Todo son problemas.

—A ver si tiene suerte. Mi solidaridad con los colegas. Lo estarán pasando fatal.

—Y usted, ¿dónde trabaja?

—Ahora en ningún medio. Después de lo de Burdeos me he quedado sin empleo. Quería emigrar a Cuba, donde tengo familia y trabajo en el *Diario de la Marina*, ¿lo conoce?

—No. Pero he oído que es muy bueno.

—Pues no he conseguido el pasaporte. Así que aquí estoy, viendo pasar los días...

—Imagino que lo suyo es la información internacional, ¿verdad?

—Me gusta, sí, pero no necesariamente. Desde que empecé a trabajar he hecho de todo. Menos de toros, que no entiendo ni me gustan, he escrito de todo. Envidio a los colegas extranjeros que están especializados. Aquí eso aún no ha llegado. En el periódico era uno de los más jóvenes y me tocaba lo mismo un suceso que una carrera ciclista.

—Menos suicidios, de todo, ¿verdad?

—Pues no, suicidios no me han tocado, ahora que lo menciona.

—Es que está prohibido publicar nada sobre ese tema. ¿No lo sabía? Por eso sus superiores no se lo habrán encargado. Si acaso los funerales, pero sin decir la causa de la muerte. Se lo cuento porque algún problema hemos tenido.

Pensé que la improvisada conversación se estaba alargando y él tendría ocupaciones. Intenté pagar el café y despedirme cortésmente, pero él me lo impidió. Me dio la mano y me deseó suerte.

La calle estaba prácticamente desierta. Apenas pasaban coches y los peatones se cubrían del sol abrasador bajo las cornisas. Caminaba recordando la conversación. Era un hombre de unos cincuenta años, bien vestido y muy cordial. Ensimismado, tardé en percatarme de que me seguía a buen paso y me hacía señas para que le esperase.

—Perdone. Se me ha ocurrido algo que deseo comentarle —me dijo jadeante.

El estruendo de un camión movido por gasógeno que pasó al lado nos dejó mirándonos en silencio a los dos y tapándonos los ojos por el humo.

—Algunas veces hemos pensado en la necesidad de tener a alguien en Madrid, un colaborador que nos envíe crónicas. Nada de política, por supuesto, de eso ya nos abastece la agencia EFE. De otro tipo de temas que interesen a los lectores y nos diferencien de la competencia.

—Podemos hablar de ello. Me interesa. Lo que ocurre es que no sé si estaré en condiciones para cumplir lo que desea. Tendríamos que hablar con detalle. Yo no tengo las ideas muy claras sin ver el periódico. Un diario cualquiera.

—Se lo mando hoy mismo por correo. Y hablar, sí, me parece que es lo que hay que hacer. Pero para eso será mejor que lo haga con el director. Le digo que le llame y que él le explique lo que quiere. Creo que entre periodistas serán capaces de ponerse de acuerdo.

Se detuvo en seco, miró el reloj y se sobresaltó:

—¡Joder! Tengo que coger el tren de la una y veinte. Voy a la estación del Norte. Podemos seguir hablando, pero caminando a buen paso.

—Ningún problema. Le acompaño.

—Conoce bien Madrid, claro. Yo a veces tengo muchas dudas con las calles. Además, les están cambiando el nombre a todas y es un lío. Por cierto, tengo que anticiparle que podemos pagar muy poco. Somos un periódico de provincias, como dicen aquí, con una economía de posguerra.

—¿Será una cantidad por crónica?

—Sí, sí. La que estipulemos puede ser por cada trabajo publicado. Podemos establecer un contrato verbal de tres meses de prueba. Luego vemos. Somos pobres, pero honrados. Pagamos puntualmente, eso sí.

Aquella misma tarde me llamó el director.

—No necesitamos política —repitió lo mismo que el propietario—. De eso estamos cubiertos. Queremos temas sociales, de las noticias que se produzcan y de aquellos reportajes que se te ocurran a ti. Se trata de que cuentes cosas, que es lo que le interesa a la gente.

—¿Sucesos también?

—Sí. Lo que ocurre es que la censura nos limita mucho, sobre todo si son sucesos que dan imagen de falta de autoridad. Ya sabes, todo está bien: noticias positivas..., constructivas... Las malas noticias han dejado de ser noticia —agregó con sorna—. Es una tortura cada noche. El nuevo delegado de Información y Turismo no nos deja respirar. Anoche nos hizo cambiar la primera página porque no habíamos incluido una fotografía del Caudillo dándole la mano al general Muñoz Grandes.

Acepté la propuesta de colaboración sin mayores explicaciones.

—Mañana te mando algo. Tú verás si os interesa y si acerté en el tratamiento. Si no, arrojas los folios a la papelera. No pasa nada. En el periódico donde trabajaba casi todo les parecía subversivo.

Una alegría, como hacía mucho tiempo que no sentía, me invadió todo el cuerpo. Pensé en celebrarlo comiendo en un restaurante que ofreciese carne, pero me frenó recordar que apenas me quedaban veinte pesetas en la cartera y que tardaría semanas en volver a cobrar algo.

De inmediato empecé a pensar sobre qué podría escribir aquella misma tarde. Entendía que debía ser algo original, que causase buena impresión y no generase problemas con el censor de guardia. Y, por más que me devanaba los sesos, no encontraba tema.

Pasé delante de un hombre joven mutilado, sin las dos piernas por una explosión durante la guerra, y me entraron tentaciones de hablar con él y conocer las circunstancias de su desgracia y su perspectiva ante la vida que tenía por delante. Claro que enseguida rechacé la idea por razones obvias. No gustaba interesarse por los mutilados.

En realidad, en Madrid uno solo se podía lamentar del calor que hacía. En mi barrio, al atardecer, las familias sacaban bancos y sillas a las aceras y se pasaban las horas disfrutando del vientecillo que soplaba después de la caída del sol. Algunas personas se jactaban de subir sus colchones a los tejados para dormir a la intemperie.

Escuché en Radio Nacional un discurso del ministro de

Agricultura hablando de la pertinaz sequía que estaba destrozando las cosechas. El Gobierno estudiaba la ampliación de los regadíos para evitar situaciones semejantes en el futuro. Mientras tanto, la escasez de alimentos se paliaría en cuanto llegase un barco cargado de cereales que enviaba el general Perón desde Argentina.

Al fin me decidí a contar la historia de una niña de siete años que caminaba hasta una fuente pública que había en una placita próxima para llenar una regadera de hoja de lata con la que rociar a sus abuelos, que soportaban estoicamente los más de treinta grados de calor seco y abrasador a las puertas de su vivienda. La sequía agravaba las secuelas de la guerra y proporcionaba anécdotas entre dramáticas y pintorescas, especialmente en los barrios más pobres.

No estaba seguro de que aquello pudiese interesar, pero en la redacción les pareció bien. Lo publicaron con una fotografía de un río seco y me animaron a continuar enviando crónicas humanas, aparte del seguimiento de la actualidad, que, dicho sea de paso, era poco variada.

La presencia de algún extranjero por la Gran Vía me animó a escribir después una noticia, sin duda inflada, en la que contaba que los extranjeros empezaban a llegar a Madrid.

Las colaboraciones que siguieron fueron bien recibidas, pero muy mal pagadas. Me sentía agobiado cada final de mes esperando el giro postal del periódico para pagar la pensión y quedarme con unas pesetas con las que poder comer. Algunos días caminaba hasta la plaza Mayor a comer un bocadillo de anchoas que me quitaba el hambre, pero me multiplicaba la sed.

Vivía mal, aunque me sentía realizado. Tenía un trabajo, modesto y con resultado ignorado en Madrid, pero que me permitía estar activo, restablecer relaciones con otros colegas y de vez en cuando poder adentrarme en los centros políticos y del poder para saciar la curiosidad.

Recordaba con mucha frecuencia los días de Burdeos. A través de las emisoras extranjeras en onda corta me enteraba por las noches de la marcha de la guerra.

XXXII

Una tarde, después de tomar un café con tres colegas, uno de ellos me susurró:

—Hay una agencia de noticias extranjera que necesita algún periodista español de confianza, que hable idiomas y quiera colaborar con ellos. Quizás te podría interesar.

—Por supuesto —respondí sin dudarlo.

Al día siguiente me encontré con el delegado de la agencia y llegamos a un acuerdo. No tendría que ir a trabajar a la redacción, que se mantenía en un despacho muy discreto de Las Ventas. Necesitaban noticias de las que la censura se encargaba de vetar en España. Incluso podría viajar a algún lugar cuando se produjese algo de interés para el exterior.

Aquella propuesta me devolvió a la plena actividad periodística que tanto añoraba.

Cerca de la pensión donde me alojaba crearon una escuela para aprender inglés y comprendí que era una oportunidad excelente para mejorar el poco que sabía. Me tocó una profesora australiana, Mary, una mujer de treinta y dos años con la cual enseguida coincidí en el interés por la evolución de la guerra. Estaba muy bien informada, seguía emisoras extranjeras y odiaba a los nazis, aunque lo disimulaba.

Algunas veces era llamada para hacer de intérprete en ámbitos oficiales, lo cual le permitía acceder a información confidencial interesante, aunque estaba obligada a guardar el secreto de las personalidades con las que trabajaba y de las cuestiones que abordaban. Pero le costaba callárselo. A Mary la censura que existía en España le parecía una atrocidad. Le gustaba España, donde llevaba viviendo casi un año, pero odiaba el régimen político y la preponderancia de los militares en la vida

pública. Cuando fuimos cogiendo un poco de confianza, me preguntaba desconcertada cómo podía trabajar un periodista en semejantes condiciones.

Enseguida nos hicimos amigos. Un atardecer quedamos para tomar unas cañas y aquella experiencia quedó ya implantada como costumbre. Pasado un mes nos fuimos a vivir juntos a un piso compartido con otra pareja de estudiantes en el barrio de la Concepción. Nuestra relación era de amistad fundamentada en el bien común y disfrazada de amor.

Paseábamos, tomábamos la cerveza cotidiana y hablábamos de lo que estábamos viendo a nuestro alrededor. Yo le aclaraba cosas que ella no entendía y procuraba tirarle de la lengua cuando me dejaba entrever que había asistido a una entrevista importante. Creía que algunos alumnos de su clase, de diferentes nacionalidades, eran espías. Pero poco a poco se convenció de que yo era discreto y que no utilizaría la información que me proporcionaba sin consultárselo.

Manteníamos una buena relación como pareja, cuidábamos de que no se nos viese juntos en actos públicos y acabó manteniéndome al tanto de los secretos que iba acumulando. Aquellas confidencias, bien administradas y tamizadas para evitar delatarla, se convirtieron en mi consolidación en la agencia. Cuando conseguía hilvanar una noticia, llamaba por teléfono al enlace que teníamos y le ponía al tanto. Nunca firmaba ni aparecía mi nombre.

Algunas noticias filtradas por esta vía acabaron convirtiéndose en verdaderas primicias recogidas por periódicos extranjeros. Al mismo tiempo continuaba con mis reportajes, generalmente de carácter pintoresco, para el periódico.

Algunas veces a Mary le encargaban traducciones farragosas de las cuales yo extraía algún dato curioso. Fuera interesaban mucho los detalles de las condiciones de vida que se mantenían en la posguerra. El estraperlo de productos de primera necesidad, empezando por el tabaco, que estaba racionado, mantenía un mercado paralelo al que recurrían las familias con medios económicos. La gente del campo practicaba el trueque con sus

productos, pero los controles eran estrechos, las denuncias estaban a la orden del día y la corrupción impregnaba la vida cotidiana. Sus fielatos eran el terror en el paso de las fronteras locales.

También querían saber sobre las actividades de las guerrillas antifranquistas que se movían por algunas montañas, como en los Picos de Europa, los Ancares o la serranía de Cuenca. Llegaban rumores de asaltos, atentados terroristas y matanzas en pleno campo. Algunos enlaces enviaban información, pero era difícil de comprobar.

En el mes de octubre recibí el encargo de ir a Asturias y moverme por las cuencas mineras del Nalón y el Caudal para conocer directamente la tensión que se rumoreaba que existía entre los mineros. En dos emplazamientos, La Felguera y Caborana, me detuvo la guardia civil y tuve que improvisar los motivos de mi visita. Alegué que estaba preparando un trabajo sobre mineralogía, y por si volvían a pararme, luego fui recogiendo pedruscos sin tener ni idea de qué eran y guardándolos en la mochila, lo cual me hacía caminar con la espalda encorvada. Ningún guardia descubrió que eran de granito.

En los contactos con los líderes mineros conseguí algunas informaciones que la agencia supo utilizar. Las quejas eran variadas: salarios de hambre, horarios agotadores, persecución constante y perspectivas desoladoras. Tenían miedo de hablar y evitaban ir a las sidrerías, porque sabían que había chivatos por todas partes y la guardia civil siempre estaba al quite para una redada.

En Madrid, Mary conoció algunos detalles sobre la situación de los judíos que se hallaban en España. Una parte estaba en los campos de concentración; otros habían escapado por el sur a Palestina o al norte de África, donde, sorprendentemente, eran bien acogidos por los militares españoles. A través de enlaces ingleses, supo de un médico gallego que los sacaba clandestinamente por el Miño hacia Portugal, aunque las noticias que llegaban de Lisboa hablaban de las penurias que estaban pasando los que habían llegado desde Burdeos.

Un día me estuvo buscando varias horas para contarme lo

último que había captado de algunas conversaciones en inglés en la cafetería Embassy: en Portugal había tensiones militares contra la dictadura de Salazar. El régimen las había reprimido. Algunos oficiales de fidelidad dudosa al régimen habían sido enviados a las colonias africanas, a las islas Azores y a Timor y Goa.

El delegado de la agencia para la que trabajaba se puso nervioso cuando le conté lo que sabía, que era poco y sin fuentes. Intentó él hablar con el Gobierno portugués, pero las comunicaciones, siempre deficientes, estaban cortadas.

«Tenemos que encontrar un colaborador en Portugal —me comentó—. Vete a la embajada y pregunta. No te dirán nada. Pero es un trámite obligado».

No conseguí que nadie con autoridad me atendiera. Cuando estaba hablando con el conserje, se bajó del coche oficial el embajador, Teutónio Pereira. Intenté abordarlo, pero enseguida se interpuso un funcionario que se apresuró a quitarle la gabardina al tiempo que le empujaba hacia su lujoso despacho.

XXXIII

La reunión de Franco y Hitler en Hendaya fue sin duda el acontecimiento más importante que propició la actualidad en el comienzo del otoño. En los círculos donde traficaba el espionaje de todos los colores era el tema exclusivo. En el ambiente estaba la curiosidad, que en la calle se volvía terror, sobre la posible entrada de España en la guerra.

Oficialmente era imposible conocer la decisión del Gobierno. Entre los rumores se insistía mucho en la división existente entre los generales que habían ganado la Guerra Civil. Incluso circulaban, siempre en voz baja, algunos nombres que negociaban en secreto con los británicos y norteamericanos el mantenimiento de la neutralidad.

Con la cortada de la corresponsalía del periódico de provincias, empecé a inmiscuirme en los ambientes políticos y diplomáticos del régimen. Tenía especial interés en mantener contactos en Exteriores. Era difícil: la diplomacia se sentía relegada por los falangistas de la cuerda de Serrano Suñer. La política exterior solo sabía decir «amén» a lo que llegara de Berlín.

El malestar era visible. Los ascensos a puestos relevantes, empezando por los nombramientos de embajadores, estaban restringidos a afines al régimen. La influencia y la intromisión de la embajada alemana era constante y los funcionarios estaban divididos. Los críticos con la situación hablaban con miedo, en voz baja y con expresiones en clave que había que interpretar.

En una conversación con dos diplomáticos que se interesaron por mi experiencia en Burdeos pregunté la suerte que había corrido Eduardo Propper de Callejón.

—¡Ah! ¿No te has enterado? Le hicieron una gran putada. Le han acusado de estar protegiendo a los judíos que se habían

refugiado en Burdeos, de darles visados ilegalmente para entrar en España, y Serrano Suñer, que es más racista que Hitler, fue a por él. La capacidad de odio de este sujeto es inimaginable.

—Y de memoria. No olvida. Circulan muchas historias en contra de Eduardo por el ministerio —añadió el otro—. Se sacó que está casado con una judía de la familia Rothschild e incluso aseguran que él es de origen judío; su padre era hijo de banqueros de no recuerdo bien dónde. Al parecer colaboró muy estrechamente con el cónsul portugués para salvar judíos de la deportación y... la muerte. Su futuro está sentenciado.

—Las noticias que llegan de lo que se está haciendo con ellos en los campos de concentración son terribles. Yo les entiendo: hay que tener mucha frialdad para no ayudar a quienes lo necesitan, y más cuando lo que necesitan es salvar sus vidas —repuso el primero.

—Por cierto, que al portugués, De Sousa Mendes, Salazar le está martirizando. Hasta se habló de que iba a ser encarcelado.

—¿Y Callejón? —pregunté—. ¿Sigue en Vichy?

—¡Qué va! En Vichy le rebajaron de categoría. Era el segundo de la embajada en París, pero en Vichy le arrinconaron a un puesto secundario, y eso que el embajador se portó bien y trató de protegerle. Pero al final llegó la orden de Madrid para trasladarle a Larache, en Marruecos. Como cónsul. Es donde está la Legión. Allí todo está bajo jurisdicción militar. No hay casi residentes españoles. No tendrá nada que hacer más que aburrirse. Es uno de los destinos peores de la carrera. Y mira que es brillante y serio.

—Menos mal que se aclaró que tanto él como su mujer son católicos. Si no... A Serrano tampoco le debe de gustar mucho que sea monárquico.

—¿Ya se ha incorporado en Larache? —indagué.

—Sí, sí. No le dieron ni una semana para estar en Madrid. Y lo más grave fue lo que le hicieron al poco de llegar. El mariscal Pétain le concedió unos días después una medalla en reconocimiento a sus servicios en Francia, algo que le hizo mucha ilusión. Y cuando estaba haciendo los preparativos para regresar a Vichy a recogerla en un acto con otros diplomáticos, Serrano se

enteró y le prohibió hacerlo. Incluso se permitió criticar morbosamente a Pétain diciendo poco menos que si no tenía más de qué ocuparse que de premiar a los defensores de la judería. La judería es una palabra despectiva que no se quita de la boca cuando se refiere a los judíos. Que, por cierto, a los que no consiguieron ponerse a salvo parece que los están masacrando en los campos de concentración y exterminio alemanes.

—Escuché —intervine— que los meten en camiones herméticos y cuando están en marcha inyectan un veneno que los asfixia.

—No pararán hasta exterminarlos a todos. Aquí en España se les persigue, pero por ahora no se les mata. Ganas a algunos no les faltan —comentó uno de mis interlocutores.

—Basta oír al Caudillo. Todavía anteayer le escuché yo en Radio Nacional hablando de los enemigos: el comunismo, la masonería y los judíos. Se considera heredero de los Reyes Católicos.

XXXIV

Llevaba varios días dándole vueltas a un viaje a Portugal, pero tropezaba de nuevo con la falta de pasaporte. En el servicio militar había conocido a un soldado de Zamora que me contó cómo se ganaba la vida haciendo contrabando a través de la frontera. Cruzaba a pie de noche por los prados, a veces tenía que vadear algún pequeño arroyo, e intercambiaba tabaco y café, dos productos ligeros de peso que se comercializaban bien a un lado y a otro.

Estaba intentando localizarlo para acompañarle en uno de sus viajes y cruzar clandestinamente. Entre tanto, mi compañera australiana, muy religiosa, se enteró de que en la parroquia preparaban una peregrinación a Fátima con motivo del día de la Inmaculada Concepción. Enseguida intuí que podía ser mi oportunidad. Sabía que en los viajes en autocar organizados por religiosos apenas se comprobaban los documentos.

Salimos en dos viejos autocares poco después de las seis de la madrugada. Muchos viajeros llevaban cruces y rosarios en los brazos. La mayor parte de los peregrinos dormitaba y, cuando se despertaban, abrían los bolsos y sacaban las fiambreras para tomar el desayuno. Predominaban las personas mayores, más de la mitad eran mujeres vestidas de negro, pañuelos en la cabeza y, en algunos casos, rosarios entre las manos que rezaban compulsivamente en voz baja.

En Salamanca hicimos una parada para ir al baño y en Fuentes de Oñoro otra para comer. Fueron los momentos más preocupantes. Mientras los demás hablaban y visitaban las tiendas de baratijas, yo me atormentaba pensando lo que podría decir si me detenían por indocumentado. Pero hubo suerte: el guardia republicano que controlaba el paso del lado portugués accedió al

autobús con aspecto que se me antojó hostil. Echó un vistazo a izquierda y derecha, habló unos minutos con los dos sacerdotes que nos acompañaban, impartió unas indicaciones al conductor mientras le ofrecía un cigarrillo y, mirándonos de nuevo, ya con el pasador de la puerta en la mano, dijo en voz alta: «*Boa viagem*». Y cerró abruptamente. Respiré.

En la tercera parada, para visitar el monasterio de Batalha, el guía se esforzó en recordar que había sido construido en recuerdo de la derrota infligida en la batalla de Aljubarrota, en 1385, a las tropas castellanas. En un aparte con el guía le pregunté si estábamos muy lejos de Cabanas de Viriato.

—¡Ah! Quiere usted ver dónde nació Viriato, el que ustedes llaman «pastor lusitano», que luchó contra los romanos.

—Desde luego —le respondí—, pero también me gustaría visitar a un amigo, Aristides de Sousa Mendes, al que conocí en Burdeos, donde era cónsul general. Creo que es de allí.

—¡Oh, don Aristides! —exclamó el guía—. ¡*Coitadinho*! —Y bajando la voz, continuó—: Está castigado por desobedecer las órdenes de Salazar. Es muy buena persona, como toda su familia. Al parecer le dio pena de los refugiados que se ocultaban de los nazis y les dio documentos para que pudieran venir a vivir a Portugal. Y el Gobierno no se lo perdonó.

—Y ¿qué le hicieron?

—No sé. Ya se puede imaginar. Al parecer, cuando regresó con la familia, con catorce hijos, hágase una idea, el doctor Salazar no le recibió y nadie del ministerio quiso hacerlo tampoco. Cuentan que todos sus compañeros y antiguos amigos le negaron el saludo. Regresó al pueblo llorando, el hombre.

—Todo lo que hizo fue con fines humanitarios. Yo lo he visto.

—Ya. Pero ya sabe usted lo que es esto. Entre los alemanes por un lado y los ingleses por otro, aquí nunca sabemos a qué atenernos.

Llegamos a Fátima poco después. La explanada que se extiende alrededor de la basílica rebosaba por los cuatro costados. Los devotos caminaban de rodillas en dirección al lugar exacto de las apariciones. Desde lo alto del templo, sacerdotes y seminaristas

se iban turnando en el rezo ininterrumpido del rosario. A los pocos no creyentes también nos emocionaba aquella manifestación de fe que chocaba con la violencia que imperaba en la Europa subsumida en el Reich.

Decenas de curas, frailes y monjas completaban la demostración de esperanza que habían generado las apariciones de la Virgen a los tres pastorcitos, Lucía, Jacinta y Francisco. Algunos familiares y vecinos de los videntes eran abrazados en medio de aquel derroche de emociones.

Preguntando a varios sacerdotes, localicé al párroco de Cabanas de Viriato. Era un hombre mayor, arropado en una sotana que le llegaba hasta los pies. Sonrió beatíficamente cuando me presenté como peregrino español, pero cuando mencioné el nombre de Aristides de Sousa Mendes torció el gesto y me preguntó instintivamente:

—¿Es usted judío?

—¡Nooo! —respondí.

—Es que todos los que le visitan o preguntan por él son judíos. Antes era un buen cristiano, pero desde que regresó de Francia apenas se le ve por la iglesia.

—Le conocí en Burdeos, donde desarrolló una acción humanitaria admirable. Gracias a él fueron muchos los judíos que se salvaron de la barbarie nazi.

—Eso dicen. Pero algo mal habrá hecho cuando el doctor Salazar le apartó del servicio y le tiene confinado en la casa familiar de Cabanas. Cada vez se le ve menos por la calle. La gente se aparta de él porque saben que incumplió las órdenes para ayudar a los que crucificaron a Cristo.

—Eran seres humanos. Él actuó impulsado por la caridad y la conciencia.

—Desacató las órdenes de un Gobierno temeroso de Dios. Y mientras, fue un gran pecador. Está casado con Gigi, una santa, tienen catorce hijos y él la engañaba con una pelandusca que se dedicaba a tocar el piano por los bares en Francia. Menudo escándalo cuando se presentó de improviso en Lisboa a dar a luz. Además de puta, sinvergüenza.

Viendo mi cara de extrañeza, el sacerdote se santiguó.

—Que Dios me perdone por contar estas cosas. Quisieron mantenerlo en secreto, pero enseguida se corrió la voz. Un día se presentó en Lisboa, embarazada, preguntando por él, y como nadie supo darle razón y se ve que el parto apremiaba, se internó en la maternidad Alfredo da Costa, la más cara de Portugal, y tuvo una niña. Luego vino el problema: los familiares y amigos de Aristides juntaron el dinero para pagar los gastos y el viaje de regreso a Francia. Consiguieron que Angelina, la pobre, no se enterase. Con lo enferma que está, seguro que habría muerto del disgusto.

El viaje de madrugada a Lisboa fue bastante accidentado. La carretera era intransitable, cada pocos kilómetros tropezábamos con camiones cargados de corteza de corcho, algunos con las luces apagadas. Cerca ya de la ciudad, a la altura de Vila Franca de Xira, el autocar pinchó una rueda y tuvimos que desalojarlo durante hora y media, bajo un frío húmedo que calaba hasta los huesos. Los más jóvenes de la expedición, que éramos pocos, contribuimos con nuestras fuerzas a levantar el vehículo unos centímetros para colocar la rueda de repuesto.

En Lisboa nos esperaban unas horas de visitas turísticas al monasterio de los Jerónimos, la Torre de Belén y los palacios de Sintra. Fue el tiempo que aproveché para escaquearme y realizar algunas indagaciones por mi cuenta.

Lo primero fue visitar un periódico que estaba en la avenida de la Liberdade. Hablé con los dos redactores que estaban de mañana y mi frustración fue enorme. No sabían nada de Aristides de Sousa Mendes. En Portugal no se había publicado nada ni estaba trascendiendo el calvario por el que estaba pasando. Uno de ellos me aconsejó: «Vete al Ministerio de Negocios Extranjeros. Pídele a un taxista que te lleve al palacio de las Necesidades; a pie es un poco enrevesado. Lo más probable es que nadie te atienda. El propio Salazar lleva la cartera y es quien lo decide todo. Los demás no pintan nada, están muertos de miedo».

El histórico palacio parecía dormido. Nada más asomarse a la puerta, se observaba su deterioro. Las tablas del piso crujían y las ventanas mostraban algunos cristales rotos. El conserje, con

uniforme negro y galones en la bocamanga, me atendió amable, pero sobrio. El secretario general estaba participando en el Consejo de Ministros, reunido en el palacio de Sao Bento, residencia de Salazar, y nadie tenía autoridad para hablar con la prensa extranjera.

—¿Aristides de Sousa Mendes? Sí, le conozco. Pero está de baja. No sé dónde estará. Podrá darle alguna información su hermano, el embajador César de Sousa.

—¿Está en el ministerio? —pregunté.

—No lo sé. Viene poco. No tiene funciones asignadas. Comprobaré si se halla en su despacho.

El conserje se levantó y al caminar vi que cojeaba un poco de la pierna derecha. Mientras, me quedé observando en el entorno de la recepción. Una fotografía de Óscar Carmona, el presidente de la república, aparecía enmarcada en la bandera portuguesa.

—Está y va a recibirle —me dijo el conserje desde la puerta —. Pase.

César de Sousa Mendes hacía poco que había regresado de Varsovia, donde permaneció como embajador durante los primeros meses de la ocupación alemana de Polonia.

—Mi hermano está en Cabanas. Tiene incoado un expediente de sanción por causa grave y está esperando que se resuelva. Preparó una respuesta extensa y bien argumentada de las razones que le impulsaron en Burdeos a conceder visados a refugiados amenazados por los nazis, y aquí —señaló con los brazos alrededor — no lo entienden. Todavía no le han confirmado ni siquiera la recepción. Aquí todo va muy lento. Estamos sin ministro. El doctor Salazar ha asumido la cartera y lo controla todo.

—¿Habló con él Aristides?

—¡Qué va! No quiso recibirle. Estuvo muy ocupado con su viaje a Londres para entrevistarse con Winston Churchill.

—¿Ya ha ido?

—Sí. A finales de septiembre. Regresó muy contento. Al parecer, el *premier* elogió la postura de Portugal en la guerra. Pero por el ministerio no ha vuelto. Despacha en Sao Bento todos los días con el secretario general.

—Y usted, ¿espera volver de embajador?

—Lo veo difícil. Salazar nunca nos demostró simpatía. Ya en Coímbra nos tenía señalados. Y ahora, después de lo de mi hermano, es peor.

—¿Le está afectando a usted?

—Por supuesto, hay colegas en el ministerio que me rehúyen por los pasillos. Cuando mi hermano aparece por aquí, algunos se apartan para no saludarle. Todo el mundo sabe que Aristides está pagando un duro castigo y nadie desea que Salazar sepa que tiene contacto con él. Toda la familia estamos estigmatizados porque, dicen, nos ha llenado el país de judíos e indeseables.

—¿A tanto llega su sombra?

—Este es un país pequeño y nos conocemos todos. Salazar inspira miedo. La PVDE cuenta con muchos miles de confidentes hasta en los rincones más apartados de Tras os Montes. Los hijos de Aristides, que son chicos bien formados, no han conseguido trabajo. Y al padre, entre tanto, le han recortado el sueldo a la mitad. Con catorce hijos, muchos aún en edad escolar.

—Me gustaría verle, porque soy testigo de lo que hizo en Burdeos por salvar vidas.

—Está muy encerrado en el pueblo. Cuando le vea no le conocerá: le cayeron veinte años encima. Hay quien dice que está un poco loco porque la humanidad le puede. No soporta ver sufrir a nadie. En la Casa do Passal ningún mendigo llamó nunca a la puerta que se marcharse sin comer o sin llevarse una limosna. Nos contagiaba a todos.

Antes de despedirnos, me recomendó:

—Vaya a verle cuando pueda. A él le encantará recibirle y contarle. Por supuesto, a título particular. Mientras esté bajo expediente no debe hacer declaraciones a la prensa.

XXXV

Tras más de cinco años de conflicto, la guerra seguía cobrándose víctimas por millones, pero el paseo triunfal que las tropas nazis habían dado por Europa llegaba a su fin. Por el oeste, el desembarco de Normandía había abierto el camino a que la resistencia francesa expulsara a los últimos alemanes que ocupaban París. Pétain y su Gobierno salieron al exilio y el país recuperó su soberanía.

Por el este, los soviéticos supieron aprovecharse del frío y la falta de provisiones en la retaguardia alemana para obligar a la Wehrmacht a retroceder e ir abandonando los países que había ocupado durante esos años. La obsesión del Führer, que se negaba a aceptar que se avecinaba la derrota, era completar su misión de exterminar a los judíos.

El 27 de enero de 1945, un pelotón soviético que avanzaba por el territorio ocupado de Polonia, en Auschwitz y Birkenau, se encontró inesperadamente con un gigantesco complejo de campos de exterminio recién abandonado por los alemanes, en el que apenas sobrevivían unos centenares de prisioneros. Un millón largo de personas no pudieron contar sus horrores.

La noticia ya no sorprendió a nadie. El exterminio de los judíos, considerados una raza inferior en medio de la exaltación constante de la raza aria, era bien conocido y nadie había movido un dedo para frenarlo. Apenas algunas personas solidarias, entre ellas varios diplomáticos como el sueco Raoul Wallenberg, los españoles Ángel Sanz Briz y Propper de Callejón, junto al portugués Aristides de Sousa Mendes, habían emprendido iniciativas personales para salvar a algunos.

Aquella matanza indiscriminada, que tuvo su exponente máximo en las cámaras de gas, fue un holocausto como no se

recuerda otro a lo largo de la historia. Todos los sistemas de tortura y asesinato, desde dejarlos morir de hambre hasta lanzarlos amarrados en grupos a las aguas heladas del Danubio, dejaron un balance de víctimas que superaba con creces los seis millones.

El escalofriante recuerdo de lo ocurrido unió a los países democráticos para crear una organización mundial, las Naciones Unidas, que debería velar por el mantenimiento de la paz y evitar que hechos como los recién acaecidos volvieran a repetirse. La España de Franco, estigmatizada por ser el último reducto del fascismo que quedaba en Europa, no fue admitida en la organización durante los primeros años.

El Gobierno, integrado sobre todo por militares, falangistas y tradicionalistas, intentaba sobrevivir en medio de una Europa democrática que se volvía en su contra. Durante una larga etapa, la mayor parte de los embajadores acreditados en Madrid fueron retirados. España, dividida y empobrecida, sumó a los rescoldos de la guerra el aislamiento internacional.

El odio a los judíos, heredado de la amistad con la Alemania nazi, continuó manifestándose en público por los más exaltados defensores del régimen. El Gobierno se negó rotundamente a reconocer la independencia del Estado de Israel, pero la influencia de los judíos en el ámbito económico mundial rebajó, al menos oficialmente, la alusión al judaísmo como una de las causas de los problemas nacionales.

En cuanto Serrano Suñer cayó en desgracia y su cuñado le apartó del poder, su sucesor, el ministro Francisco Gómez-Jordana, descubrió la valía del diplomático Propper de Callejón; le reincorporaron a la normalidad de la carrera diplomática y enseguida obtuvo otros destinos, también como embajador. Personalmente, seguía colaborando y publicando en medios, pero siempre con el recuerdo en mente de aquellos días que hacían interminable la posguerra.

Aristides de Sousa Mendes, mientras tanto, continuaba recluido en su pueblo natal esperando de manera infructuosa que el expediente disciplinario al que había sido sometido se resolviese. Echó mano de todos los resortes a su alcance. Recurrió al

presidente de la república. Y Angelina escribió al cardenal Cerejeira, el hombre de máxima confianza de Salazar.

Pero todo fue inútil. La respuesta del cardenal fue escueta, apenas se limitó a acusar recibo. El sueldo de Aristides como funcionario fue reducido en un principio a la mitad, luego a un cuarto: insuficiente para mantener a una familia numerosa. La situación precipitó su envejecimiento y la salud de Angelina se convirtió enseguida en una nueva preocupación.

XXXVI

Cumplir una condena o una sanción grave es mejor que pasarse una vida esperando a ser juzgado y condenado. Lo escuché de boca de Aristides de Sousa Mendes en su retiro casi carcelario de la Casa do Passal, en Cabanas de Viriato. Era 1952. El hombre había perdido toda la frescura y vitalidad que había exhibido doce años atrás, en aquel verano de 1940, en medio de la tragedia humanitaria que se vivió en un Burdeos atemorizado por las hordas nazis que se habían enseñoreado de la ciudad.

Regresó de aquella peripecia inolvidable reconociendo haber incumplido las normas estrictas del Gobierno sobre la concesión de visados a refugiados que aspiraban a ponerse a salvo en Portugal. Pero también con la conciencia tranquila por haber hecho lo que todo bien nacido debería hacer en circunstancias similares. Varios miles de personas, en su mayor parte judíos, habían escapado del encierro en los campos de concentración alemanes, donde les hubiera esperado su final por inanición, frío o asfixiados en una cámara de gas.

Aunque nunca había tenido ni buen concepto ni buena relación con Oliveira Salazar, el dictador que gobernaba con mano dura sumido en el misticismo de una fe que no contemplaba la compasión ni el perdón, Aristides regresó a Portugal rodeado por su numerosa familia y convencido de que sus razones para desacatar las reglas eran tan contundentes, tan indiscutibles tratándose de personas amenazadas, que su actuación sería aceptada y la violación administrativa, sobreseída. Estaba equivocado.

Nada más pisar el ministerio, donde creía tener tantos amigos, se encontró con un vacío que no había podido imaginar. El único despacho que se le abrió fue el de un funcionario de segunda fila,

quien sin concesión alguna a la cordialidad, le comunicó que se le había abierto un expediente disciplinario por causa grave y que debería esperar su resolución prácticamente confinado, sin poder abandonar el país. La familia regresó a su pueblo natal y se refugió en la casa con la esperanza de que fuera por breve tiempo.

Mientras se volcaba en redactar la respuesta al expediente, tanto él como su esposa, Angelina, comenzaron también a percibir el rechazo de sus vecinos de siempre. Nadie acudió a darles la bienvenida ni accedía a conversar con ellos más allá del buenos días o buenas tardes cuando se encontraban en la calle. Los hijos mayores intentaban buscar trabajo sin éxito y los medianos tropezaban con mil obstáculos para matricularse en la Universidad de Coímbra.

La salud de Angelina, una mujer admirada y querida hasta entonces, empezó a resentirse al sumirse en la depresión. Entre tanto, le llegó la noticia a Aristides de que Andrée, su amante, de la que no había tenido noticias de que estuviera embarazada, se había presentado en Lisboa para dar a luz. Era una mujer enérgica, no se resignaba a ser una madre soltera, y quería que su hija fuese portuguesa. Ingresó en la clínica de maternidad más cara de la capital y la noticia puso en pánico a Aristides.

Logró que entre sus familiares y allegados le pagasen la factura de la clínica y el viaje de regreso de la madre y la niña a Burdeos, cumpliendo una orden de expulsión del país de la PVDE. Angelina, que vivía su depresión encerrada en la casa, no se enteró de lo que habría sido un disgusto mortal. Murió en abril de 1949. Había tenido catorce hijos en diferentes países y nunca había dudado de la fidelidad de su marido, al que siempre cuidó y protegió.

Aristides sumaba una desgracia tras otra. De vez en cuando viajaba a Lisboa a interesarse por la marcha de su expediente, y en el ministerio siempre se encontraba con la misma frialdad y la escueta respuesta de que no había nada nuevo al respecto. El sueldo se le había reducido a la cuarta parte. Las reservas personales empezaban a flaquear, pero por encima de todo le agobiaba saber que tenía una nueva hija y no la conocía.

Bajo la disculpa de que tenía que viajar a Burdeos para recoger algunos enseres personales, consiguió un breve permiso para salir del país. Regresó aún más atormentado con la imagen de la niña grabada en su mente. No volvió a quitársela de la cabeza. El rostro risueño de su hija se entremezclaba con el remordimiento que le proporcionaba ver a su mujer siempre tan cariñosa, sufriendo su enfermedad, ignorante de una aventura inexplicable.

De vez en cuando se cruzaba cartas con su amigo y colega Eduardo Propper de Callejón. Así supo de su rehabilitación en la carrera diplomática, lo que le llevaría a las embajadas en Washington, Ottawa y Oslo. Aristides se alegraba y le felicitaba, seguramente sintiendo un poco de envidia por la diferencia con que les trataban la suerte y sus Gobiernos.

Aristides decidió buscar trabajo para mejorar sus ingresos, cada vez más precarios. Exhumó su título de abogado e intentó asociarse a algún bufete de la zona. Confiaba en que algunos colegas, buenos amigos en el pasado, lo acogerían con los brazos abiertos. Era consciente de su escasa experiencia y sus pretensiones económicas eran limitadas. Pero todo fue inútil. Incluso algún familiar bien instalado también como abogado le confesó que no podía admitirle.

—Si necesitas dinero, puedo hacerte un préstamo. Pero trabajo, no. Perderíamos la mitad de los clientes y la totalidad de los pleitos —le explicó.

—Pero...

—No olvides que Salazar nació cerca, en Santa Comba, donde es Dios. ¿Quién se va a arriesgar a que seas tú quien le defienda en un pleito? Y ¿qué juez va a darte la razón?

La muerte de Angelina, su primera novia y única esposa, había sumido a Aristides en una fuerte depresión. Y el dolor se agravaba por la impotencia para salir de su situación angustiosa, en espera de un expediente del que nada se sabía y bajo el remordimiento del recuerdo de otra mujer angustiada en Francia y de una hija secreta a la que no conocía.

En un arranque de valentía, un día violó el confinamiento a que estaba sometido en la práctica y viajó a Burdeos a ver su hija,

Marie Rose. Fue tal el impacto que le produjo que se comprometió con Andrée, la madre, a casarse en cuanto trascurriese un tiempo razonable de viudedad.

Ella metía prisa y año y medio después se casaron por poderes en Salamanca. Andrée y la niña se trasladaron a Cabanas para vivir con Aristides. La noticia causó un fuerte impacto en el pueblo y su comarca. Los más indignados fueron sus familiares y los de Angelina. Todos dejaron de hablarle. Los hijos que aún quedaban en la casa familiar se marcharon y fueron acogidos por sus hermanos y parientes próximos.

Tampoco los vecinos recibieron bien a la nueva inquilina de la Casa do Passal, un palacete restaurado al estilo francés que enseguida se convirtió en una prisión para la pareja y la niña. Andrée, una mujer de temperamento fuerte y habituada a moverse entre la alta sociedad de Burdeos, no se adaptaba, ni lo intentaba, a vivir prácticamente en una aldea perdida sin más distracción que un bar modesto donde los hombres se reunían a jugar a las cartas.

No hablaba portugués y su actitud orgullosa y a menudo despectiva hacia los demás enseguida le granjeó la antipatía de los vecinos. Algunas veces exhibía sus ataques de rabia insultando desde lo alto de las ventanas a las personas que pasaban por la calle. Y apenas salía de casa para vender, por lo que quisieran pagarle, los objetos de valor que encontraba en el palacio.

El dinero cada vez era más escaso. El sueldo de Aristides había sido reducido al mínimo: sin explicación alguna habían dejado de contabilizarle los trienios acumulados a lo largo de sus años de servicio. Las reservas familiares se agotaban, aunque habían reducido drásticamente los gastos. El excónsul continuamente recibía visitas de personas que viajaban a darle las gracias por haberles salvado. Algunas se quedaban a dormir y ellos se veían en dificultades para darles de comer.

Habían puesto a producir una huerta que estaba detrás de la casa y sus verduras, frutas y legumbres les permitían salvar los momentos más duros. Y Aristides conservaba como oro en paño las últimas botellas de vino de Oporto que le quedaban en la bodega.

Andrée, lejos de mantener una actitud comprensiva, se pasaba

el día quejándose y acusando a su marido de las dificultades. Era propensa al derroche y en poco tiempo la casa quedó desvalijada de piezas de plata y cerámica, y hasta del mobiliario antiguo que se había conservado generación tras generación, que fue vendiendo. Con las visitas era hosca y criticaba a su marido delante de los invitados.

—Pobre Aristides... Tan simpático y sencillo como era... —me decía la dueña del bar cuando recalé en Cabanas para entrevistarle —. Cuando venía de vacaciones visitaba a los vecinos uno por uno, alternaba con todos en el bar. Pero algo malo debió hacer por ahí afuera porque el Gobierno le tiene castigado.

—¿Y ella? —pregunté.

—Hombre, calle, por Dios. Acostumbrados a Gigi, que era una santa, querida por todos, de muy buena familia, esta... Mejor no hablar. Es soberbia, engreída... Como viene de la ciudad, cree que todos somos unos paletos y pasa a tu lado y ni te saluda.

—¿Él también ha cambiado?

—No, él sigue siendo el mismo. Pero la gente lo rehúye porque sabe que es peligroso. Hay espías por todas partes. A algunos los conocemos, pero a otros... Y cualquier cosa que oyen o ven tardan minutos en transmitirlo a Lisboa. Aparte de que ella le tiene amargado, se le nota. Ya no se les ve juntos ni en misa. Cuando son las fiestas, se queja del ruido con el primero que encuentra.

Sobre las once y media llamé a la puerta del caserón. Me abrió el propio Aristides. Y me recordó en el acto.

—Usted estaba en Burdeos, me acuerdo. —Pero enseguida se detuvo—. Tendrá que perdonarme. Ahora no le puedo recibir. Tengo a un antiguo ministro belga con su mujer y debo atenderles.

—Yo quería hacerle una entrevista. Hay muchas personas que le están agradecidas.

—¿Una entrevista? ¿Para publicarla? Me temo que no podrá ser. Hasta que se resuelva el expediente disciplinario que me incoaron, no puedo hacer declaraciones. Pero si quiere hablar informalmente un rato, venga por la tarde. A las cuatro, ¿le vendría bien?

Cuando ya me marchaba, me cogió del brazo:

—Por cierto, ¿qué sabe de mi amigo Eduardo Propper de Callejón? Solemos escribirnos y estuvo aquí con su mujer a visitarme cuando murió Angelina. Es un hombre excelente. Parece que sus cosas se han arreglado.

—Sí. Estuvo desterrado en Marruecos, pero cuando cambió el ministro...

—¿Serrano Suñer?

—El mismo. Más nazi que Hitler. Pero ya no está, y a Callejón le reintegraron en la carrera y ya ha pasado por algunos puestos relevantes.

—Me alegro. Es un diplomático muy valioso y con buenos sentimientos. Era curioso: cuando nos veíamos en Burdeos siempre acabábamos hablando de lo mismo, de Salazar y Franco, y sobre todo de nuestros reyes. Los dos somos monárquicos. Soñábamos que un día la Península Ibérica volvería a estar gobernada por monarquías. Mejor nos iría.

Eran las cuatro en punto cuando llamé de nuevo a la puerta. Volvió a abrirme él mismo. Al darnos la mano, escuché una voz femenina al fondo preguntando quién era. No volvería a escucharla en la hora larga que estuvimos reunidos. Me pasó a una sala bastante destartalada con algunas fotografías antiguas en las paredes y huellas de otras que habían sido descolgadas.

Si llego a encontrármelo en la calle, no le habría reconocido. El pelo blanco y los ojos caídos. Era un anciano decrépito con dificultad de movimientos: tenía paralizado el brazo izquierdo.

—Lo tengo inutilizado desde hace algunos meses, sufrí un infarto vascular y me operaron en Oporto. Debo la vida a unos amigos que, cuando se enteraron, acudieron a hacerse cargo de todos los gastos.

—Le veo bien —dije por salir del paso cortésmente.

—Los años no pasan en balde cuando las circunstancias ayudan, incluso van más deprisa. —Hizo una pausa para preguntarme—: ¿Puedo ofrecerle algo? La verdad es que no tengo mucho donde escoger. ¿Una copa de oporto? Aún tengo amigos que me traen botellas cuando vienen a verme. Pero yo ya no bebo

alcohol, lo tengo para las visitas.

—Muchas gracias. Yo tampoco bebo alcohol. ¿Recibe muchas visitas?

—Bastantes. Algunos de la época de Burdeos. Yo no los reconozco casi, pero ellos se muestran muy agradecidos. Yo siempre les digo lo mismo: era mi obligación. Me formaron para ayudar. Mi padre era juez y lo pasaba fatal cuando tenía que imponer una sentencia muy dura. Si no nos ayudamos unos a otros, estamos perdidos.

—A usted el Gobierno de Salazar no le ayudó...

—No, al contrario, me persigue. En las dificultades es cuando uno mejor aprecia quién le quiere. Fernandina, la empleada que teníamos en el consulado, es una persona maravillosa, su colaboración fue esencial en aquellos días difíciles. Pues resulta que se casó y su marido es ahora quien me hace de chófer en mis desplazamientos. De forma gratuita, por supuesto, y el dinero no le sobra.

—¿Cómo se explica la actitud de Salazar, un hombre tan religioso?

—Yo creo que no me entendió. Es una persona muy soberbia, no admite que haya otros que tengan razón. Mantiene una convicción sobre el poder que anula su capacidad caritativa.

—¿Habló con él? ¿Tuvo ocasión de explicarle?

—No. Ahora, no. Le conocí antes. Nunca tuvimos una relación estrecha. Y cuando me expedientaron no quiso escucharme.

—Pagó usted muy caro su gesto...

—Bueno, la vida te ofrece oportunidades de cumplir con tu deber y hay que afrontarlas. Usted estuvo allí y vio el drama que estaba viviendo aquella pobre gente. Enseguida supe que tenía que ayudarles. Y poco pude hacer.

—Se enfrentaba usted a un dilema difícil: o cumplir con las normas administrativas o atender a su obligación de actuar con caridad.

—Nunca he tenido dudas. Entre la famosa circular catorce, que me ha condenado sin juicio, y mi conciencia no tuve dudas.

—Y ¿se arrepintió en algún momento?

—¡No! ¡Nunca! Volvería a hacer lo mismo sin dudar. La conciencia la tengo tranquila, aunque muchas veces pienso y sueño que podía haber hecho mucho más. Yo no he podido llevar la cuenta de los visados que extendí, eso era cosa del canciller. Ahora dicen que fueron más de treinta mil. No sé. ¿Qué eran treinta mil frente a medio millón de desamparados que demandaban ayuda humanitaria frente a la bestialidad de los nazis?

—Ya. Ahora nos estamos dando cuenta de verdad de lo que ocurría con todos los que detenían y se llevaban en camiones y trenes a los campos de concentración.

—Pues mi Gobierno todavía no lo ha entendido. Unos creían que los judíos iban a invadirnos y que Portugal no tenía capacidad para acoger a tanta gente. Mentira. ¿Cuántos se quedaron? Y Salazar obsesionado con seguir siendo amigo de los ingleses, que no acogían a ninguno, y de los alemanes, que si algo querían de nosotros, era invadirnos. Franco tuvo la habilidad de evitarlo en la reunión que mantuvo con el Führer en Hendaya.

—¿Ve usted diferencias entre Franco y Salazar?

—Buena, ninguna. Franco propició una guerra terrible y Salazar, un régimen autoritario y cruel impregnado de sangre inocente. Ahora sus métodos como dictadores son similares.

—Portugal ha ingresado en la OTAN...

—Incomprensible, sí. Si es una alianza para la defensa de la democracia, ¿qué pinta ahí una dictadura como la portuguesa? Demuestra, eso así, la astucia de Salazar. Ha implantado un régimen que engaña: mantiene un sistema electoral, y en realidad el único portugués que vota y decide es él.

Empezaba a notarle cansado y decidí despedirme. Le costó mucho levantarse de la butaca y sostenerse de pie.

—Si tiene oportunidad, mándele muchos saludos a Eduardo Propper de Callejón. Lo que se hizo en Burdeos aquellos días se debe en buena medida a su decisión valiente. Me alegra mucho que haya podido volver al servicio activo. Lo merece. Era una pena que España mantuviera a una persona así desaprovechada.

Caminamos despacio hacia la gruesa puerta de madera. Cuando se abrió, los dos perros que ofrecían compañía permanente

a Aristides de Sousa Mendes se lanzaron jubilosos a abrazarle.

—Es maravillosa la fidelidad de los perros. Yo la disfruto mucho.

—¿Más que la de las personas?

—Depende. Yo he vivido estos años gracias a la gratitud de algunos amigos. Ha sido admirable la atención que me vienen prestando los miembros de la comunidad judía. Siempre están pendientes de mi situación, primero jurídica y ahora física. Como no me sobra el dinero, en Lisboa siempre voy a almorzar a su comedor social.

Después de mi visita de aquel día, la salud de Aristides de Sousa Mendes no dejó de empeorar. Unos meses más tarde, un familiar, fraile de la Orden Tercera, consiguió ingresarlo en el sanatorio de San Francisco de Dios. Convivió unos días con los religiosos, que le prestaron todas las atenciones. Pero los médicos ya habían pronosticado lo peor.

Murió envuelto en el hábito de un monje fallecido unos días antes. Era sábado, 3 de abril de 1954. Su fallecimiento apenas tuvo repercusión fuera del ámbito familiar y de sus vecinos, que después de tanto tiempo manteniendo las distancias por miedo a las represalias acudieron en masa a las exequias.

Fue sepultado con la mayor sencillez en el panteón familiar del cementerio de Cabanas de Viriato, cerca del busto que recordaba al mítico guerrillero, junto a su mujer, Angelina, sus padres y los dos hijos que le habían precedido en la muerte. La reacción oficial fue mínima. Solo unos días después la familia recibió un escueto telegrama firmado por Oliveira Salazar expresando el dolor por su fallecimiento.

Por aquellos días, Eduardo Propper de Callejón se jubiló y se quedó a vivir con su mujer e hijos en Londres. Murió en 1972 con ochenta y siete años. Centenares de agradecidos por su ayuda expresaron su dolor. En España su actuación valiente y generosa apenas tuvo repercusión. Los mejores momentos de su retiro los pasó jugando con su nieta preferida, una niña inteligente, guapa y extrovertida. No sospechaba en aquellos años que con el tiempo la pequeña Helena Bonham Carter se convertiría en una estrella

mundial del cine.

Epílogo

Aristides de Sousa Mendes y Eduardo Propper de Callejón no volvieron a verse desde aquellos momentos aciagos de junio de 1940 en Burdeos, cuando tanto les unió el sentimiento de humanidad en favor de los millares de personas que se enfrentaban a la amenaza de los nazis que acababan de invadir Francia. A lo largo de los años, en los que ambos vivieron con diferente suerte el recuerdo de su iniciativa humanitaria, mantuvieron un contacto frecuente por correspondencia y mensajes a través de personas amigas, conocidas y, de manera especial, de los judíos por ellos salvados, que no regateaban el agradecimiento obligado a quienes los habían protegido.

Entre tanto, los dos sufrieron las represalias de sus respectivos Gobiernos por haber actuado al margen de las normas que establecían las limitaciones para proporcionar visados a tantas personas desesperadas. Propper de Callejón, pasada la amenaza constante que sufrió por parte del ministro Ramón Serrano Suñer, tuvo más suerte: su valía profesional facilitó su reincorporación a la actividad diplomática y que pudiera seguir escalando puestos de responsabilidad en diversos países importantes, como Noruega o Canadá, para concluir su trayectoria oficial en los Estados Unidos.

De Sousa Mendes, por el contrario, no desarrolló una carrera diplomática similar; el Gobierno portugués de Oliveira Salazar nunca reconoció las razones que lo llevaron a actuar como lo hizo en el consulado en Burdeos y lo condenó de por vida a afrontar un expediente disciplinario que, lejos de resolverse, le fue sumiendo en el desprestigio personal que lo llevó a la ruina económica hasta caer en la miseria más extrema, por lo que tuvo que vivir algún tiempo de la caridad. En su muerte, el tres de abril de 1954, estuvo acompañado por los miembros de una comunidad religiosa que

incluso le proporcionó un hábito para sus últimas horas. Fue enterrado sin ningún tipo de honores en el modesto cementerio de su pueblo natal, Cabanas de Viriato.

Su maltratada memoria entre sus paisanos se mantuvo viva desde entonces gracias a los continuos recuerdos expresados en escritos y declaraciones de algunos de los millares de personas a las que había salvado. Ni la muerte del dictador ni la actitud de su sucesor, Marcelo Caetano, acabaron con el olvido oficial al que se hallaba condenado. Paradójicamente, fue durante el proceso convulso que siguió a la Revolución de los Claveles —el golpe militar que puso fin al llamado «Estado Novo» salazarista— cuando su recuerdo comenzó a recuperarse.

El primer ministro socialista Mario Soares reivindicó su memoria y ordenó el traslado de sus restos mortales al Panteón de Personas Ilustres del cementerio de Los Placeres, en Lisboa. La ceremonia se desarrolló con gran solemnidad. Las principales autoridades políticas olvidaron por unas horas sus discrepancias para unirse en aquel homenaje póstumo —al que tuve la fortuna de asistir— junto a algunos familiares de los que su matrimonio con Andrée Cibial le había alejado. Fue el comienzo de una nueva etapa en su memoria.

Recibió varias condecoraciones nacionales y extranjeras, su tumba se convirtió en visita obligada para decenas de personas desperdigadas por el mundo —que viajaron a Lisboa para rendirle homenaje—. Asimismo, una fotografía gigantesca de su etapa consular cubre desde entonces la fachada del palacio donde nació, colocada por iniciativa del municipio de Alcacer de Sal, al que pertenecía y en el que previamente había sido víctima del temor de autoridades y vecinos a las represalias del régimen si se le trataba con simple cordialidad.

Consecuencia de las continuas muestras de gratitud expresadas por los miembros de la comunidad judía internacional, en 1996 fue inmortalizado al ser declarado «Justo entre las naciones», título exhibido en el Yad Washem de Jerusalén, cercano a un árbol plantado en su honor y la sentencia bíblica que afirma que: «Quien salva a una persona es como si salvase a la humanidad

entera».

En cuanto a Propper de Callejón, y fruto de su brillante actividad diplomática, recibió en vida varias condecoraciones internacionales. Los últimos años, ya jubilado, residió con su familia en Londres, donde falleció en 1972. Pasado el tiempo, volvería a estar cerca de De Sousa Mendes, cuando en el año 2007 también fue declarado «Justo entre las naciones» y su nombre, igualmente perpetuado en una placa y un árbol en el Yad Washem, el monumento universal para el recuerdo de los mártires y héroes del Holocausto.

Los dos cónsules, como se les conoce en la historia recuperada de las personas que salvaron a millares de judíos del genocidio nazi —aunque, a pesar de algunas actitudes heroicas para su protección, aún se saldaría con más de seis millones de víctimas del odio racial—, comparten desde entonces el honor del mismo reconocimiento. Ambos fallecieron compartiendo también la tranquilidad de sus conciencias. Para De Sousa Mendes fue muy triste tener a su numerosa familia desperdigada por los cinco continentes; para Propper de Callejón, no haber podido disfrutar del éxito de su nieta, la actriz Helena Bonham Carter, quien en sus frecuentes declaraciones públicas tantas veces lo recuerda y se enorgullece de que fuera su abuelo.

El mariscal Philippe Pétain se reunió con Adolf Hitler el 24 de octubre de 1940 en la estación de tren de Montoire-sur-le-Loir. El motivo: abordar el papel de Francia en la guerra. Pétain procuró no manifestar excesiva camaradería con el Führer, pero el apretón de manos indignó a los mandatarios británicos, que se alinearon con la Francia Libre de Charles de Gaulle. © Universal History Archive/Getty Images.

Decenas de miles de refugiados se amontonaban en los caminos en dirección al sur de Francia. Muchos de ellos —judíos y no judíos— trataban desesperadamente de cruzar la frontera con España con la esperanza de alcanzar un destino lejos de los invasores nazis. © LAPI / Getty images.

El cónsul portugués, Aristides de Sousa Mendes, junto a su esposa, María Angelina Coelho. Recaló en Burdeos tras ejercer su actividad diplomática en distintos destinos, como la Guyana británica, Zanzíbar, Brasil, Estados Unidos, Luxemburgo, Bélgica y también en España, en la ciudad de Vigo. © AESA.

Aristides y María Angelina tuvieron 14 hijos, a los que dedicaron todos sus cuidados y dieron una exquisita educación con especial hincapié en las clases de pintura, diseño y música. Uno de sus hijos afirmaba: «Teníamos una auténtica orquesta de cámara en nuestra casa e invitábamos a personas con regularidad para asistir a nuestros conciertos. Tocábamos Chopin, Mozart, Bach, Beethoven, entre otros». © Colección particular. Derechos reservados.

14

Válido por trinta dias

Visto neste Consulado de Portugal em Bordéus, aos 24 de Maio 1940

Válido para uma só viagem para Portugal

O Cônsul,

CONSULADO DA REPUBLICA PORTUGUESA EM BORDEUS

ARISTIDES DE SOUSA MENDES

Pagou no câmbio de 1,66 a quantia de Esc. 120,00 segundo o número 12 § 2 da Tabela, mandou esta importância lançada no livro de receita sob o número 956

Consulado de Portugal em Bordéus, aos 24 de Maio de 1940

Ver pag. 24

SELLO CONSULADO

Portugal —aliado en la sombra de Reino Unido pero proveedor de wolframio al Reich—, se había declarado neutral en septiembre de 1939 y en noviembre el Ministerio de Asuntos Exteriores emitió una circular que prohibía la concesión de visados y obligaba a consultar con Lisboa, de forma preventiva, la emisión de cualquiera de ellos. Aristides de Sousa, cónsul en Burdeos, se rebeló contra ello y en pocos días se llegaron a emitir más de 30.000 visados para entrar en Portugal; todos los trabajadores del consulado, los integrantes de su familia que se encontraban allí y un grupo de voluntarios, se dedicaron día y noche a cumplimentar los documentos de visa para los refugiados que llegaban al consulado. Esos días el cónsul no hizo otra cosa que firmar uno tras otro los visados que le ponían delante, algunos en papel de carta, donde figuraba solo su firma y el sello del consulado. Unos diez mil fueron para ciudadanos judíos. © 2022 Aristides de Sousa Mendes Foundation - US

Una escena habitual en la Francia ocupada de 1940: soldados alemanes pertenecientes al Ejército del III Reich desfilando por la ciudad de Burdeos. © Photo12/Archives Snark.

Cuando los nazis invadieron Francia, Eduardo Propper de Callejón trabajaba en la legación española en París. El gobierno francés abandonó la capital y con él las representaciones diplomáticas. Propper y su familia se dirigieron a Burdeos, donde estaba el consulado clausurado, mientras miles de refugiados aguardaban un visado para huir. Propper abrió la embajada y entre el 18 y el 22 de junio de 1940 firmó visas sin respiro, contraviniendo las directrices del Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo mismo hizo cuando se trasladó a Vichy. Por ello, en 1941 el ministro Serrano Suñer ordenó su traslado a la legación en Marruecos para ocupar un cargo de menor relevancia, como escarmiento. © Colección particular. Derechos reservados

Eduardo Propper de Callejón, tras licenciarse en Derecho, se dedicó a la diplomacia. Con 23 años empezó su carrera como primer secretario de la Embajada española en Bruselas. A mediados de los años '20 se trasladó a Viena, donde conocería a Hélène Fould-Springer, «Bubbles», con quien contrajo matrimonio en 1929. Ella era pintora y aristócrata, hija del barón Eugène Fould, banquero francés, y de Mary («Mitzi») Springer, hermana de la baronesa Liliane de Rothschild, filántropa y coleccionista de arte. © AP.

En octubre de 1940, Serrano Suñer, ministro español de Asuntos Exteriores, se reunió con el líder nazi, Adolf Hitler, en Hendaya,

para discutir acerca de la participación de España en la Segunda Guerra Mundial. © Ann Ronan Picture Library / AFP / Contactophoto.

Ciudadanos franceses que huyen del avance nazi; en la imagen, refugiados provenientes de Burdeos, en la línea fronteriza al suroeste de España, en los alrededores del río Bidasoa. © Roman Nerud / Alamy Foto de stock.

Refugiados franceses consultando el horario de trenes en la Gare de l'Est en París, en julio de 1940, para volver a sus hogares, tras el armisticio del 22 de junio de 1940, que señala el cese de hostilidades entre el III Reich y el gobierno del mariscal Pétain. © World History Archive / Alamy /ACI.

Los dos cónsules
Diego Carcedo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita areproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Agustín Escudero

© Diego Carcedo, 2022

© Fotos de interior: Universal History Archive/Getty Images; LAPI/Getty Images; AESA; Colección particular. Derechos reservados; 2022 Aristides de Sousa Mendes Foundation – US; Photo12/Archives Snark; Colección particular. Derechos reservados; AP; Ann Ronan Picture Library/AFP/ Contactophoto; Roman Nerud/Alamy Foto de stock y World History Archive/Alamy/ACI.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-670-6698-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!